EL SÍNDROME DE BLANCANIEVES



ALEXANDER COPPERWHITE

EL SÍNDROME DE BLANCANIEVES

Alexander Copperwhite

Mi mayor deseo… el final de las desgracias…

Título: El síndrome de Blancanieves

Idea original: Alexander Copperwhite

Portada: Alejandro A. Blanco

Colaboraciones: José Antonio Flores Yepes, Charlène Rigaudy, María del Pilar Meseguer García, Jesús Boluda del Toro

Primera edición: 2024

+
I – Asesinato
II – Asesino
III - El Inspector
IV – La obra del asesino
V - Lago Achensee
VI - Hogar triste hogar
VII - Cuando la tormenta acaba
VIII - Depósito
IX - Vigilando
X - De vuelta al lago
XI - Obsesión
XII - Princesa
XIII - Informes y más informes
XIV - Bolas de cristal
XV - Excusas
XVI - Te veo
XVII - En casa
XVIII - Secuestro
XIX – El cuarto de los secretos
XX - La manzana envenenada
XXI - Transformación
XXII - Desaparecidas
XXIII - De vuelta al lago
XXIV - Buzos y batidas
XXV - Thomas
XXVI - Fuga
XXVII - Perdido en la nieve
XXVIII - Dos vidas
XXIX - El fondo de las dormidas
XXX - Prensa
XXXI - Leonard Weiss
XXXII - No puedo parar
XXXIII - La sala fría
XXXIV - Venganza
XXXV - Dos casos
XXXVI - Precipitarse

XXXVII - Ira
XXXVIII - Obsesión
XXXIX - Alerta
XXXX - Alterado
XXXXI - Dos direcciones
XXXXII - El apartamento
XXXXIII - La casa
XXXXIV - Meyer
XXXXV - Mayrhofen
XXXXVI - Un punto sin final

+

El infierno está en la tierra

O puede que nosotros somos

Los creadores del infierno

En nuestra mente

O en el mundo real

I – Asesinato

«No temas la oscuridad de la noche… teme la oscuridad del alma humana».

*

—¿Cómo demonios habéis encontrado este lugar?

El inspector de policía Martín Klaus de Salzburgo, Austria, luchaba con sus intestinos para no mostrar debilidad ante sus hombres.

—Señor, nos llegó un aviso de una pareja de ancianos que vive a unos pocos kilómetros de aquí.

—¿Un aviso? Dudo mucho que aquí arriba haya cobertura para un móvil, y mucho menos que dispongan de línea telefónica. Esta casa, si se puede llamar así, está perdida en las montañas —aseguró el inspector mientras trasteaba su iPhone.

El policía sacó de su bolsillo un blog de notas y lo abrió.

—Nos dijeron que una vez al mes bajan al pueblo a por provisiones.

—¿Al pueblo?

—A Mayrhofen.

—¿En serio?

—Sí, señor.

—Mi cuñada vive en Mayrhofen. ¡Qué pequeño es el mundo!

—Como le decía, bajaron al pueblo a por provisiones y le comentaron al dependiente que hacía mucho que no hablaban con la familia Weiss.

—La familia Weiss…

—Sí, señor. Al menos dos de sus miembros.

—Los que han asesinado —añadió el inspector tragando saliva a disgusto.

—En efecto. Gunter y Ann Weiss. De sesenta y cincuenta siete años. Padres de Leonard Weiss.

—¿Sabemos dónde está Leonard?

—Según parece vive en los Estados Unidos desde hace varios años. Estamos intentando localizarle para informarle de lo sucedido.

—¿Algo más?

—A esta altura hace mucho frío y los cadáveres llevan bastante tiempo expuestos. Va a resultar difícil llegar a conclusiones fiables. Esperemos que los de la científica y el forense nos faciliten más datos.

—Muy bien. Gracias.

Martín no apartaba la mirada de la cabeza decapitada de la mujer. *¡¿Quién en su sano juicio podría hacer algo así?!* —pensó—. No se trataba de un robo con violencia, ni de un crimen pasional. Una sensación enfermiza flotaba en el ambiente. La nieve en el exterior no cesaba en su empeño a entrar en la casa. Si es que era posible llamar casa aquella cabaña abandonada a su suerte desde hacía demasiados años. Los enormes abetos dominaban la zona, convirtiéndola en un paraje pintoresco para unos, o en un lugar rudo e inhóspito para otros.

¿Por qué vivían aquí? —se preguntaba el inspector.

En cierto sentido tenía suerte. Las condiciones climatológicas eran buenas, no como durante las últimas semanas. Ahora el viento soplaba con suavidad y apenas caía nieve. Hasta lograba distinguir el sol entre las nubes del oscurecido cielo.

Miró a su alrededor. La naturaleza no estaba esperando en silencio como cabría esperar en

una de las grandes producciones cinematográficas. Los relojes seguían su curso, marcando el tiempo para el resto de los mortales, pero algo en el interior del inspector se había paralizado. No era capaz de apartar la mirada de los dos cadáveres que, a primera vista, fueron mancillados por un minucioso ritual.

Esperaba. Segundos de ansiedad e impaciencia. No examinaría el lugar del crimen sin que los agentes de la científica terminasen su trabajo. Un trabajo que interfería con el suyo, pero debía seguir el procedimiento y confiar en la labor de sus compañeros. *¡Y una mierda!* —meditaba en su mente—. La escena del crimen había sido alterada y la información que iba a recibir sería de segunda mano.

Por fin terminaron. Recogieron con cuidado sus instrumentos, medidores, productos químicos y demás trastos, y se despidieron del inspector con una escuálida y vacía frase:

—En cuanto tengamos los resultados le avisaremos.

Sin apartar la mirada de la cercenada cabeza de la mujer, les dedicó una amarga sonrisa y un forzado «gracias» surgió de entre sus labios. Al menos no tardaría en ponerse manos a la obra. Ahora tocaba descubrir al autor o autores de esta atrocidad.

II – Asesino

Su respiración era profunda. El aire, viciado por la droga, mantenía a la chica dormida. No iba a sufrir. Él jamás permitiría tal cosa. Jamás dejaría que su obra fuese estropeada por gestos de dolor o de desesperación. Todo debía suceder como si estuvieran flotando en un plácido sueño. Al menos ella. Ella era la princesa que ocupaba en ese momento la totalidad de sus pensamientos. Le debía una devoción religiosa, rozando el fanatismo. De vez en cuando acariciaba su rostro y un inmenso placer recorría su cuerpo, erizándole la piel y estimulando su centro de placer. Su sexo también delataba lo excitado que estaba. Temblaba mientras escrutaba los ojos de la bella chica. Alta, morena, de piel blanca como la nieve y mejillas de porcelana. Tal y como le gustaban.

Caminó hasta la cocina, donde había dejado su macuto negro, y decidió detenerse frente al gran espejo del recibidor. La luz era muy débil, aún así no quiso evitar el tétrico aspecto que mostraba con aquella máscara de gas cubriéndole el rostro. Ladeó la cabeza para cerciorarse que era él y no un fantasma o un producto de su imaginación, alzó la mano lentamente hasta tocar el filtro que sobresalía a la altura de la boca, e inspiró con fuerza mientras cerraba los ojos. Eso no pudo verlo. Los redondos cristales negros se lo impedían.

—No te detengas —dijo hablando a su reflejo en el espejo.

Quiso tocarse. Deseó tocarse. Acarició su hombro y giró el cuello para aceptar el gesto, como si una amante invisible le estuviera incitando a enamorarse. Continuó con el juego hasta que alcanzó su cintura, luego la pelvis y poco a poco deslizaba sus dedos por el interior del pantalón.

—¡Alto! —exclamó antes de abofetearse.

Le dolió. Le dolió mucho. Pero más que un dolor físico era emocional. Torturado por sus propios impulsos fue imprudente y levantó la máscara de gas. Ahora se veía tal como era. Tal y como le veían los demás cuando paseaba por la calle, cuando malgastaba las insufribles horas en un trabajo que no le ofrecía nada, cuando la gente que le rodeaba le ignoraba. Otro ser humano sufriendo la soledad entre la multitud.

—Ella te está esperando —susurró y cubrió de nuevo su rostro.

Ahora volvía a ser poderoso. Volvía a provocar el temor que tanto deseaba inyectar en lo demás. Lástima que ella ya no disfrutaría de ese horror. No quería desfigurarla, ni que sus músculos perdieran la serenidad que reflejaba su rostro. Todo debía transcurrir en un placentero sueño, como si estuvieran viviendo en un cuento de hadas.

Cogió el macuto para dirigirse al salón donde tenía montado su espacio de trabajo. En las cuatro esquinas, ocho potentes focos iluminaban el centro de aquel ordenado e impoluto lugar. Las ventanas estaban tapadas con placas blancas de pladur, con las cortinas echadas en la parte que daba al exterior para no levantar sospechas a los escasos peatones que levantarían la mirada. El suelo estaba cubierto con plástico, al igual que los escasos muebles que no utilizaba casi nunca.

—Ahora vamos a hacer que los cuentos formen parte de la realidad —musitó excitado.

Apartó otra cubierta de plástico y se introdujo en una cápsula alargada de seis metros por cuatro, donde una mesa negra destacaba en aquel entorno de blancura y serenidad.

La chica, inmovilizada a causa de las drogas, perecía flotar en un placentero sueño del que jamás despertaría.

—Duerme mi niña. Duerme.

De su macuto sacó una caja metálica. Dentro guardaba en perfecto orden material quirúrgico. Primero cogió unas tijeras y empezó a cortarle la blusa. Era de azul cobalto con lunares blancos,

pero más que el color, lo que le llamaba la atención era lo fina que era la tela. Caía sobre sus pechos marcándolos de una forma sensible y sensual. Primero cortó los tirantes, luego los laterales para dividir la prenda en dos partes; la superior, que retiró con muchísimo cuidado, y la inferior, con la que tuvo que esforzarse un poco más levantando el cuerpo primero de un lado y después del otro.

El vientre de la chica se movía al compás de sus respiraciones. Tan suave, tan dulce, tan perfecto. Mientras lo observaba de cerca, acarició su superficie y vio como la piel se erizaba por donde pasaba sus dedos. Quería dibujar sus más profundos sentimientos en aquella piel, pero su labor era más importante. La necesitaba impoluta, una pieza única que permanecería inmortal. Aunque el precio a pagar fuese la muerte.

—Si supieras el regalo que estoy a punto de hacerte, me suplicarías por ello, pero eres demasiado inocente para saber lo que quieres. Por eso es mejor tenerte dormida —le susurró al oído mientras su mirada no lograba alejarse de sus pechos.

Cerró los ojos y volvió a concentrarse en su labor. Con sumo cuidado, cortó la tela del sujetador bajo la axila derecha, luego la de la izquierda y terminó con los finísimos hilos que recorrían sus hombros. Entonces retiró la tela de encaje dejando al descubierto los jóvenes y sonrosados senos de la chica. Eran perfectos. O al menos él los veía así. Con el corazón de los pezones arrugados, alzándose cual oasis en mitad de un desierto. La fruta prohibida que enloquece a los hombres.

Empezó a suspirar, a parpadear, a temblar incapaz de controlar sus emociones. Su corazón golpeaba con fuerza su pecho y su pene se retorcía en el interior de sus pantalones, apretujado en la venda que rodaba aquella parte de su cuerpo para mantener sus impulsos bajo control. Aunque a veces no era capaz de hacerlo. Dejó caer las tijeras al suelo y se lanzó a los pechos, acariciándolos, apretándolos con ansia, deseando quitarse la máscara para lamerlos, y los guantes para disfrutar del sedoso tacto.

—¡No, no, no!

Un movimiento impulsivo le hizo morderse la mano antes de tirarse al suelo. En posición fetal inició un canto de cuna que, entre murmullos, intentaba acallar lo que su propia mente le dictaba. Una batalla enfermiza entre un bien inexistente y un mal más vivo que nunca. Lloraba. Pero no deseaba detener su trabajo. No quería dejar pasar la oportunidad de entregar a otra preciosa joven a los brazos de la perfecta inmortalidad. Otro trofeo que añadir a su ya extensa lista de logros.

Respiró profundamente a pesar de la dificultad que le suponía la máscara y volvió a levantarse. Las lágrimas empezaban a secarse en sus labios, dejándole un sabor salado en el paladar. Necesitaba ese sabor. Esa mezcla de emociones entre dulces y amargas.

—Perdóname —dijo a la vez que acariciaba el pelo de la chica.

Recogió las tijeras y continuó. La tarea sería un poco más difícil que antes. Los ajustados vaqueros era una prenda complicada de cortar, aunque fuese de diseño fino. No llevaba cinturón. *Un problema menos* —pensó—. La cremallera tampoco se resistió demasiado. Ahora tocaba bajar por la entrepierna, liberar los muslos y apartar la dichosa tela de aquel cuerpo perfecto. No tenía prisa. Nadie iba a molestarle. Sus impulsos alimentaban su debilidad que reprimía con todas sus fuerzas. Se relamía, ladeaba la cabeza, deseaba olisquear su sexo sin la maldita máscara, deseaba degustar el sabor de su piel. Igual que antes, cuando dejó rienda suelta a su ser más mezquino y degustó el calor de sus pechos.

—Soy un artista. Me debo a mi meta.

Apretó los puños y se mordió la lengua. Un gemido, que mezclaba el dolor con el placer, resonó del interior de la máscara. Denso, pesado, bronco. No era capaz de controlarse. Decidió

poner fin a la demencia de su mente y se abofeteó con la mano derecha. No surtió efecto. Otra bofetada, y otra, y otra, y otra. Hasta que el cansancio y el daño por fin hicieron su trabajo.

—Ya estoy listo.

Comprobó el pulso de la joven y suspiró aliviado. Nada había cambiado. Seguía disfrutando de un plácido sueño inducido. En realidad, más cerca del coma que del sueño, pero era lo que necesitaba. Con sumo cuidado deslizó las tijeras por los pantalones, cortando la tela y liberando sus muslos, sus rodillas, sus preciosos y finos tobillos. El olor femenino que desprendía aquella parte del cuerpo le obligaba a viajar en su memoria. A recordar días de gozo. Momentos que atesoraba en su mente, incapaz de borrarlos o ignorarlos.

Los calcetines fueron los más fáciles de quitar. Eran de tela fina. Rosa. Tan delicados como la chica y a juego con el pintauñas que usaba. *¡Magnífico!* —pensó todavía más excitado—. Ahora sólo faltaba un detalle. Un sedoso y precioso detalle. Las bragas, también de color rosa, era lo único que le impedía terminar la primera fase del ritual. Era una parte complicada. La más complicada quizás. En ese instante debía mantener la concentración para no estropearlo como otras veces. No quería manchar la impoluta piel de la chica con su sucio sudor, con sus asquerosas babas, o con su despreciable semen.

—¡Ya está!

Temblaba. Todo su ser temblaba. Retiró la prenda con mucho cuidado y la acarició con religiosidad. Como si su vida dependiera de ello. Con un movimiento brusco inclinó la cabeza y comenzó a olisquearlas a través de la máscara. No lograba disfrutar de la esencia de su trofeo y eso le enfurecía. La levantó unos centímetros e introdujo las bragas en el interior, donde nada le estorbaría. La adrenalina recorrió su cuerpo, estimulando su cerebro, provocándole un estallido de felicidad. Lagrimó como cuando era niño y cayó de rodillas. Rendido por su evidente debilidad.

III - El Inspector

La comisaría principal de Salzburgo, un edificio funcional de gruesas paredes y ventanales estrechos, era un refugio contra el frío implacable del invierno. Dentro, el inspector Martín Klaus se encontraba en su despacho, un espacio austero pero organizado al milímetro. Las paredes estaban decoradas con mapas detallados de la región y un par de diplomas que acreditaban sus años de servicio, mientras que una estantería junto al escritorio albergaba expedientes ordenados cronológicamente.

El escritorio de madera oscura era el corazón del despacho, y sobre él descansaban varias carpetas abiertas con fotografías del crimen, un bloc de notas con su letra apretada y una lámpara de escritorio que proyectaba una luz cálida en contraste con la frialdad del ambiente. Una vieja cafetera en una esquina emitía un suave aroma a café rancio, mientras un reloj de pared marcaba el tiempo con un tic-tac que parecía resonar más fuerte en los momentos de silencio. Entre todos estos elementos fríos y funcionales, destacaba una fotografía enmarcada de su esposa y su hijo. El retrato, capturado en un día soleado junto al río Salzach, transmitía una calidez que contrastaba con las imágenes grotescas que revisaba en ese momento.

Martín, con su rostro convertido en una máscara de concentración, alternaba su mirada entre las pruebas del caso y la fotografía familiar. Era como si aquella imagen le recordara por qué continuaba enfrentándose a la oscuridad de su trabajo. Cada vez que analizaba un caso de esta naturaleza, le invadía una sensación de desaliento que nunca lograba disipar por completo, pero el pensamiento de su familia, aunque fugaz, le daba un anclaje a algo más humano.

Sobre la mesa descansaban varios sobres amarillos llenos de pruebas, un bloc de notas con su letra apretada y unos informes preliminares entregados por los forenses. Las imágenes que había capturado su equipo mostraban detalles grotescos: una habitación desordenada, el cuerpo decapitado, sangre seca en el suelo y, entre todo aquello, un mueble repleto de bolas de cristal con agua y nieve. Cada una de ellas contenía escenas de cuentos infantiles: Caperucita Roja, Cenicienta, El Lago de los Cisnes, y otras historias que evocaban la niñez de generaciones enteras. Eran objetos tan banales y a la vez tan cargados de simbolismo que parecían reclamar su atención de manera inquietante. *Chorradas, Vaya aficiones tienen algunos…* —pensó—. Martín levantó una de las fotografías y fijó la mirada en esas figuras congeladas en su mundo idílico.

El sonido de pasos firmes interrumpió sus pensamientos. Su compañero, el subinspector Eberhart, entró en el despacho con una carpeta bajo el brazo. Él, más joven y menos curtido en los horrores que acompañaban a este trabajo, siempre parecía un poco fuera de lugar en los casos especialmente macabros.

—Inspector, ¿cómo está? —preguntó con cautela, inclinando ligeramente la cabeza como si esperara ser reprendido.

Martín respondió sin levantar la vista:

—Bien.

Eberhart le observó durante un momento, intentando descifrar las emociones del inspector. De complexión delgada y con un rostro que parecía demasiado joven para la dureza de su trabajo, Eberhart finalmente optó por cambiar de tema, consciente de que forzar una conversación con Martín Klaus rara vez llevaba a algo productivo.

—Hemos logrado contactar con el consulado en Estados Unidos. Nos ayudarán a localizar a Leonard Weiss, el hijo de las víctimas. Parece que lleva años viviendo en Nueva York.

Martín asintió, como si la información no fuera más que una pieza más del rompecabezas. Luego levantó la mirada, sus ojos azules brillando con determinación.

—Primero debemos entender qué sabe de sus padres y cuándo fue la última vez que tuvo contacto con ellos. Solo después le informaremos de su muerte. Si algo no encaja en esta historia, podríamos encontrar las claves necesarias en su versión.

—Entendido —respondió Eberhart, con un tono contenido, pero firme, antes de retirarse para continuar con la investigación.

El silencio llenó el despacho, solo interrumpido por el leve tic-tac de un reloj de pared. Martín, por su parte, se quedó un momento inmóvil. El mueble de las bolas de cristal seguía apareciendo en su mente, como un eco visual que no podía ignorar. Había algo perturbador en cómo las escenas de cuentos parecían observar la brutalidad que las rodeaba, ajenas y eternas. Las preguntas se agolpaban en su mente: ¿qué clase de persona colecciona estos objetos?

Se levantó, recogiendo los documentos para llevarlos consigo a la sala de interrogatorios. Aunque todavía no había sospechosos formales, necesitaba reconstruir la vida de Gunter y Ann Weiss: sus hábitos, sus secretos, sus obsesiones. Cada detalle podría ser importante. La metodología de Martín Klaus era meticulosa, casi obsesiva, y en casos como este, no dejaba espacio para errores. O puede que nada tuviera sentido. Es posible que sólo fuera mala suerte. Estar en el lugar equivocado en el momento equivocado.

Antes de salir del despacho, Martín se detuvo frente a la ventana. La nieve caía sobre Salzburgo, cubriendo la ciudad con una capa de blancura que, a sus ojos, no podía disimular las sombras que se escondían debajo. *Qué le pasará a la gente por la cabeza para hacer estas cosas* —pensó.

Mientras bajaba por el pasillo hacia la sala de interrogatorios, se cruzó con varios agentes. Algunos le saludaron con respeto; otros apartaron la mirada, conscientes de su reputación de ser exigente y poco dado a las charlas informales. Cuando llegó a la sala, colocó los documentos sobre la mesa y encendió la grabadora, un gesto automático que reflejaba años de experiencia.

La reconstrucción del caso no iba a ser sencilla. Gunter y Ann Weiss eran, aparentemente, una pareja normal. Jubilados, sin antecedentes, ni conexiones evidentes con actividades delictivas. Pero algo en esa cabaña apartada y en los macabros detalles del crimen sugería que había más de lo que los informes iniciales dejaban entrever. El ritualismo de la escena del crimen, la disposición de los cuerpos, e incluso el hecho de que la nieve no hubiera borrado ciertas huellas alrededor de la casa eran piezas que Martín no podía ignorar.

—¿Qué me estás ocultando? —murmuró mientras hojeaba los informes.

Volvió a centrarse en las bolas de cristal, pero estas le descentraban, le desconcertaban. Había algo profundamente perturbador en esas pequeñas escenas. No parecían contener una pista, sino una burla, como si el asesino y los asesinados hubieran creado ese escenario no para ser comprendido, sino para sembrar confusión. Quizás eran un reflejo de una mente retorcida, o tal vez un guiño macabro que escapaba a cualquier intento de racionalidad. O nada.

IV – La obra del asesino

El aire pesado llenaba el espacio, cargado de tensión y silencio. La adoración hacia el cuerpo de la chica era enfermiza, casi reverencial. Una obsesiva necesidad de preservar su belleza intocable le consumía desde dentro. Sabía que debía matarla, pero no podía permitir que el acto dejara una sola mella en aquella piel perfecta.

Tomó una jeringuilla de acero brillante, fría al tacto, y con movimientos precisos llenó el cilindro con el veneno que había preparado con vehemencia. Se acercó al pie derecho de la joven, inmóvil y ajena a la macabra realidad que la envolvía. Sujetó con suavidad los diminutos dedos, blanquísimos y delicados, y buscó una vena lo suficientemente discreta. Era importante que no hubiera marcas visibles. La belleza no debía ser profanada.

—Perdóname —susurró con un tono que oscilaba entre el remordimiento y el éxtasis—. Esto es por tu inmortalidad.

Insertó la aguja en la fina piel entre los dedos del pie, y presionó el émbolo. Sus manos no temblaron. Su respiración era constante. El líquido letal fluyó hacia el torrente sanguíneo de la chica. La observó con devoción mientras los espasmos empezaban a recorrer su cuerpo.

Eran movimientos breves, casi imperceptibles al principio, como si la vida estuviera intentando aferrarse a su anfitrión. En esos instantes, su respiración se aceleró, aunque intentaba mantenerla bajo control. Sus manos se crisparon, apretando los bordes de su traje con una fuerza que casi rompía la tela. Un brillo perturbador iluminó sus ojos tras la máscara, reflejo de una mezcla de fascinación y euforia. El sonido de los espasmos le provocó un escalofrío que recorrió toda su columna vertebral, un placer morboso que intentaba reprimir, pero que era más fuerte que su voluntad. Observó cómo los dedos de la joven se contrajeron en un gesto casi suplicante, y ese movimiento fugaz lo llenó de una satisfacción inexplicable. Era la culminación de su poder, el momento en que todo estaba bajo su control. Su lengua se deslizó inconscientemente por sus labios al ver los músculos temblar en aquella danza final de la vida.

Se inclinó hacia adelante, como un espectador fascinado, hasta que el gemido bajo de la chica escapó de su garganta y se apagó en el silencio. El pecho de la joven subía y bajaba con rapidez; luego, más lento, hasta detenerse por completo. Una estela de saliva resbaló desde la comisura de sus labios. Muerta. Un rastro transparente que él limpió con rapidez usando un pañuelo blanco impoluto, deteniéndose un instante para contemplar la forma en que la luz se reflejaba en aquel rastro de vida que se desvanecía. Cada detalle debía ser perfecto.

Se ajustó la máscara de gas y dio unos pasos hacia atrás, inclinó la cabeza mientras observaba cómo el cuerpo quedaba inerte. La expresión de paz en su rostro le llenó de una satisfacción casi divina. Este era su arte: la transformación de la vida en un monumento eterno.

—El sufrimiento es innecesario. Sólo la belleza importa.

El espacio, preparado con esmero, parecía un santuario. Las luces blancas envolvían la escena en un resplandor etéreo que intensificaba cada sombra y cada detalle. Se giró lentamente hacia el espejo que colgaba en la pared, con movimientos precisos que reflejaban tanto control como incertidumbre. Sus ojos, ocultos tras los lentes oscuros de la máscara, eran pozos insondables de emoción contenida. La máscara parecía ser una extensión de su propio ser, un escudo contra la vulnerabilidad. Al contemplar su reflejo, alzó una mano temblorosa hacia el filtro que sobresalía a la altura de su boca, como si al tocarlo pudiera encontrar algo de verdad o consuelo. Inspiró con ansia, llenando sus pulmones con el aire atrapado tras el filtro, y susurró para sí mismo: —¿Eres tú quien hace esto, o soy yo quien lo necesita?— La pregunta flotó en el aire, sin respuesta, mientras sus dedos trazaban lentos círculos sobre la superficie del filtro, casi como si acariciara

su propio rostro tras la máscara.. El reflejo le devolvía a la realidad. Su realidad: un artista incomprendido, un visionario. Tocó el filtro de la máscara, dejando que sus dedos trazaran líneas imaginarias mientras se sumergía en un soliloquio.

—Ellos no entienden. Nadie entiende. Pero tú, princesa, ahora eres eterna.

Su voz reverberaba en la habitación, en un eco solitario que parecía responderle. Recordó cómo había planeado cada momento, desde los materiales que usaría hasta la música que llenaba el aire: una melodía clásica que resonaba como un susurro de consuelo.

Volvió al cuerpo, inclinándose con una reverencia casi ceremonial. Acarició una vez más su mejilla helada antes de cubrirla con un paño fino, sellando su obra maestra. Su corazón latía con fuerza; una mezcla de excitación, miedo y algo que sólo él podría describir como plenitud.

Los focos en las esquinas del espacio iluminaban la escena con una intensidad quirúrgica. Todo estaba exactamente como lo había planeado. La pureza, la simetría, la paz absoluta que emanaba de la joven eran la culminación de su diseño. Se arrodilló junto al cuerpo y dejó escapar un suspiro profundo, casi como si estuviera rezando.

—La perfección no se encuentra, se crea.

Guardó sus instrumentos en el macuto negro, con el mismo cuidado con el que un cirujano limpia sus herramientas tras una operación exitosa. Su mirada se posó en los frascos vacíos, en las luces todavía encendidas, en las pequeñas huellas de su meticulosa preparación. Cada paso había sido ejecutado sin error.

Se levantó sin prisas, sintiendo el peso del cansancio mezclado con el éxtasis de su logro. Luego, con un ademán casi ceremonial, se dirigó hacia un rincón del taller donde reposaba un estuche de madera oscura. Era su tesoro más preciado, pulido hasta el brillo y adornado con intrincados grabados que parecían contar historias mágicas. Pasó los dedos sobre la superficie, acariciando los grabados como si fueran runas sagradas. Al abrirlo, un delicado crujido llenó el aire, revelando su contenido: un conjunto de maquillaje dispuesto con precisión, cada paleta y pincel en su lugar exacto. Los colores brillaban bajo la luz de los focos, como si contuvieran una esencia sobrenatural.

—Ahora toca terminar la obra —murmuró, con una mezcla de devoción y frenesí en la voz.

Sacó un pincel fino, casi temblando por la anticipación, y lo sostuvo frente al rostro de la joven. Cada trazo que imaginaba era un paso hacia la inmortalidad de su arte. Este no era sólo maquillaje, era la culminación de su ritual, una firma que convertía el cuerpo en un lienzo perfecto. Los colores comenzaron a deslizarse sobre su piel, transformándola en algo que trascendía la vida y la muerte. Ahora sí, la obra estaba casi completa.

El cuerpo era ahora una obra sublime: el rostro, blanco como la nieve y liso como la porcelana, irradiaba una calma etérea. Los labios, pintados de un rojo intenso, parecían contener un susurro eterno, mientras que las pestañas marcadas enmarcaban unos ojos que nunca volverían a ver la luz. Como toque final, colocó con cuidado una delicada diadema adornada con un lazo rojo vibrante, que descansaba sobre el cabello de la joven como la firma final de un maestro en su lienzo. Era la guinda de un pastel creado con devoción y meticuloso esmero.

Por un instante, cerró los ojos. El sonido del viento contra las ventanas le recordaba que el mundo seguía girando, ajeno a su obra. Un mundo que nunca comprendería su grandeza, su sacrificio. Volvió a abrirlos, decidido a inmortalizar este momento. Sacó una pequeña cámara y tomó fotografías desde diferentes ángulos, capturando cada detalle, cada sombra, cada centímetro de aquella perfección.

Se tomó su tiempo para revisar las imágenes. Satisfecho, apagó la cámara y la guardó en el macuto. Luego se dirigió al lavabo para lavarse las manos, observando cómo el agua arrastraba

las pequeñas partículas de polvo y piel que habían quedado adheridas a sus guantes. Finalmente, apagó los focos uno por uno, dejando que la oscuridad llenara la habitación.

—Es hora de descansar —murmuró, sabiendo que pronto comenzaría a planear su próxima obra.

V - Lago Achensee

A medida que la noche avanzaba y la nieve comenzaba a caer con más intensidad, el asesino cargó con cuidado el cuerpo, ahora meticulosamente envuelto en una bolsa para cadáveres y asegurado con cadenas pesadas. Subió el paquete al maletero de su vehículo, una vieja furgoneta que había modificado para estas ocasiones. Cada movimiento estaba calculado; incluso los más pequeños detalles habían sido ensayados. La nieve, afirmó, era una aliada perfecta. Sus gruesos copos cubrirían cualquier rastro dejado por él.

El viaje hacia el Lago Achensee era largo, unos 50 kilómetros que atravesaban carreteras sinuosas y desoladas. A medida que avanzaba por las curvas resbaladizas, sus manos firmes sujetaban el volante con una calma inquietante. Ajustó la calefacción del vehículo, más por rutina que por necesidad, mientras una melodía clásica resonaba en el interior, contrastando con el aullido del viento fuera. La nieve caía con fuerza, formando un velo blanco que apenas dejaba ver más allá de unos metros. La visibilidad era escasa, pero no le importaba. Sabía exactamente a dónde se dirigía, como si cada curva y recta estuvieran tatuadas en su memoria.

Este lago era especial para él. No solo un lugar apartado, sino un santuario, un refugio donde sus «obras» descansaban en la eternidad. Pensaba en ello como su galería sumergida, un espacio donde su arte permanecía oculto pero inviolable. Este pensamiento lo reconfortaba y lo llenaba de un extraño orgullo.

Cuando llegó al lago, el aire helado lo golpeó con fuerza al abrir la puerta del vehículo. Salió, ajustándose la chaqueta para protegerse del frío, y miró a su alrededor. Todo estaba en calma, salvo por el susurro del viento que agitaba las ramas de los árboles cercanos. El paisaje era majestuoso y cruel: el agua oscura del lago estaba algo cubierta por una fina capa de hielo, reflejando la luz tenue de la luna oculta tras las nubes. Era un lugar de belleza desoladora, el escenario perfecto para su ritual.

Sacó la barca que tenía escondida entre los árboles y la arrastró con esfuerzo hasta la orilla, dejando marcas en la nieve que pronto desaparecerían bajo la tormenta. La embarcación, vieja pero funcional, tenía un aire de abandono que encajaba con su propósito. Colocó la bolsa sobre la barca, asegurándola con cadenas adicionales. Cada movimiento estaba impregnado de una devoción casi religiosa. Esto no era sólo deshacerse de un cuerpo; era la culminación de un proceso, un acto final que cerraba el ciclo de su creación.

Remar hacia el centro del lago fue una lucha contra los elementos. El viento soplaba con fuerza, haciendo que cada golpe de remo fuera más pesado y desafiante. *Puede que hoy no haya sido el mejor día para salir* —pensó—. Sin embargo, sus brazos no se detenían. Cada golpe de remo, aunque pesado, lo empujaba un poco más hacia adelante. Su cuerpo parecía ignorar el cansancio que se acumulaba en sus músculos, mientras su mente permanecía fija en el objetivo. Los ojos, ocultos tras la sombra de su capucha, se concentraban en un punto invisible en el agua, como si allí estuviera marcada la culminación de su misión. Cada metro recorrido era una afirmación de su control, de su poder sobre lo inevitable. El crujido del hielo cercano y el chapoteo rítmico de los remos eran los únicos sonidos que lo acompañaban en su travesía. Cuando por fin llegó al lugar que consideró adecuado, guardó los remos: un punto donde el agua parecía más profunda, un lugar que él conocía bien.

—Aquí descansas, junto a tus hermanas —murmuró, casi con ternura, mientras acariciaba la superficie de la bolsa con una mano enguantada.

Se inclinó con esfuerzo, levantando la bolsa envuelta en cadenas. A pesar del frío que entumecía sus músculos, lo hizo con cuidado, asegurándose de que cayera de la forma que él

quería. La lanzó al agua con un sonido sordo, observando cómo las cadenas la arrastraban hacia las profundidades. Por un instante, el agua volvió a la calma, como si nada hubiera pasado. Sin embargo, lo que no notó fue el leve tirón que sintió la barca: un clavo oxidado en la madera había rasgado la bolsa. El viento fuerte y las olas generadas por la tormenta también contribuyeron, sacudiendo la barca con violencia y aumentando el desgarro. Los copos de nieve, que caían como una cortina densa, impedían que el asesino pudiera percibir cómo el contenido de la bolsa comenzaba a asomarse por la abertura. Un brazo pálido quedó expuesto, agitándose por un instante en el agua antes de desaparecer junto con el resto del cuerpo.

El asesino, ajeno a este detalle crucial, se permitió un momento de satisfacción. Había cumplido su tarea una vez más. Comenzó a remar de regreso a la orilla, mientras el viento y la nieve borraban cualquier rastro de su presencia. Sus pensamientos vagaban, planificando lo que vendría después. El próximo cuerpo, la próxima obra.

Pero mientras él se alejaba, el lago guardaba su secreto. La bolsa, desgarrada por el clavo y sacudida por las olas provocadas por el mal tiempo, había dejado una evidencia tangible de su presencia. Un trozo de tela desgarrada flotaba bajo el agua, atrapado en el hielo. Y aunque esa noche nadie lo sabría, el error sembraría las semillas de su eventual descubrimiento.

Al llegar a la orilla, volvió a arrastrar la barca hacia los árboles, asegurándose de que quedara oculta una vez más. La tarea fue más ardua de lo habitual, con el viento helado empujando su cuerpo y la nieve acumulándose con desmesurada rapidez bajo sus botas, dificultando cada paso. El peso de la barca, combinado con su cansancio, le arrancó varios jadeos entrecortados. Por fin ocultó la barca entre la maleza, cubriéndola con ramas y una gruesa capa de nieve que camuflaba su presencia a la perfección.

Regresó al vehículo, sintiendo cómo el frío calaba en sus huesos, haciéndole temblar a pesar de sus capas de ropa. Se detuvo un momento junto a la furgoneta, mirando hacia el lago, donde la tormenta rugía con más fuerza, levantando remolinos de nieve que borraban cualquier rastro del ritual recién completado. *Una menos —calculó.* Su mente seguía enfocada, incapaz de desconectarse del acto que había ejecutado. Este no era el final; siempre habría otro cuerpo, otra obra.

Subió a la furgoneta con movimientos rígidos, encendió el motor y dejó que el ruido mecánico rompiera la quietud opresiva de la noche. La calefacción tardó en activarse, y sus dedos entumecidos luchaban por mantener un agarre firme en el volante. A medida que avanzaba por la carretera nevada, los faros iluminaban un paisaje transformado por el temporal, donde los árboles y los montículos de nieve parecían fantasmas vigilantes.

VI - Hogar triste hogar

El inspector Klaus llegó a casa cuando la noche ya se había cerrado por completo. Su abrigo, pesado y empapado por la nieve, dejó un rastro de agua en el suelo al colgarlo junto a la puerta. El aroma familiar de una cena caliente flotaba en el aire, un contraste reconfortante con el frío opresivo que había sentido durante el día. En la mesa, su esposa había dispuesto un guiso de carne humeante, acompañado de puré de patatas grumoso, con una textura suave como la seda. Junto al plato principal, una ensalada con hojas verdes brillantes y trozos de manzana aportaba un toque fresco. Una botella de vino tinto medio vacía se encontraba al centro de la mesa, con dos copas servidas que esperaban ser levantadas.

La televisión, encendida en el rincón de la sala, transmitía un noticiero. Las imágenes eran una sucesión de tragedias: inundaciones en el sur, accidentes de tráfico provocados por la nieve, un asesinato en la ciudad vecina. El volumen estaba bajo, pero suficiente para que las palabras «pérdida» y «tragedia» resonaran como un eco constante en el ambiente. La mujer de Klaus, sentada ya en su lugar, le hizo un gesto invitándole a unirse.

El inspector se sentó con un suspiro largo. Sus movimientos eran lentos, cargados de un cansancio que iba más allá de lo físico. Tomó la copa de vino y la giró entre los dedos antes de llevarla a sus labios. Permanecieron en silencio durante varios minutos, siendo el tintineo de los cubiertos y el murmullo de las noticias lo único que llenaba el espacio entre ellos. El guiso estaba delicioso, como siempre, pero Klaus apenas lo notaba. Su mente seguía atrapada en los eventos del día.

—¿Qué tal el día hoy? —preguntó ella, buscando un poco de compañía.

—Largo —respondió Klaus, sin apartar la vista de su plato.

—El mal tiempo está causando muchos problemas. Parece que no va a parar pronto —comentó ella. Agregó una pizca de sal a su ensalada y le miró, esperando algo más que una respuesta lacónica.

Klaus levantó la vista hacia la ventana, donde los copos de nieve seguían cayendo con una persistencia casi hipnótica. Asintió, pero no dijo nada. Sus ojos parecían enfocados en un punto lejano, más allá de la tormenta.

—Me recuerda a aquel día en que fuimos con Thomas a esquiar —dijo ella tras un momento, con una sonrisa melancólica marcada en su semblante—. ¿Te acuerdas? No pudimos salir de la estación por el mal tiempo. Pasamos todo el día jugando a las cartas y bebiendo chocolate caliente.

El rostro de Klaus se tensó. Bajó la mirada hacia su plato, clavando el tenedor en el puré con más fuerza de la necesaria. El recuerdo no le traía consuelo; sólo un peso que siempre había tratado de evitar.

—Está muerto. No sirve de nada recordar —dijo con una frialdad que hizo que el ambiente de la sala se congelara más que el viento del exterior.

Ella apartó la mirada, volviendo su atención al televisor, pero ya no prestaba atención a las noticias. Las imágenes de tragedias en la pantalla se mezclaban con la pesada atmósfera del comedor. El silencio entre ellos se volvió insostenible, un eco constante de todo lo que no se decían. Como siempre.

El inspector terminó su copa de vino de un trago, se levantó sin decir nada y caminó hacia la ventana. Observó las sombras de los copos de nieve caer bajo la luz de las farolas. Por un instante, su reflejo en el cristal lo enfrentó, cansado y abatido. El sonido de los cubiertos al ser colocados en el plato le sacó de sus pensamientos, pero no se permitió el lujo de pensar más.

—Voy a acostarme —anunció sin girarse.

Ella no respondió. Sólo asintió con la cabeza, aunque él no pudiera verlo. Permaneció sentada frente a la mesa, mirando el guiso que había preparado con tanto cuidado, ahora frío. Su mente vagaba entre recuerdos felices y la cruda realidad que les separaba.

La casa se sumió en el mismo silencio que ambos llevaban dentro, un hogar atrapado entre la memoria y la soledad. La tormenta afuera seguía rugiendo, cubriendo todo con un manto blanco que no podía ocultar las heridas que se habían acumulado entre ellos.

VII - Cuando la tormenta acaba

Tres días después...

La tormenta había cesado, dejando que el sol, tímido al principio, se arrimara al horizonte, iluminando un paisaje cubierto por un manto de nieve recién caída. Las calles aún estaban cubiertas de hielo, y los tejados de las casas escurrían gotas que caían a un ritmo desordenado, anunciando el deshielo. El aire tenía un aroma fresco, casi puro, pero debajo de esa calma aparente se escondía la sombra de algo perturbador.

En la comisaría, el inspector Klaus estaba en su despacho. El caos organizado de su escritorio reflejaba su estado mental. Carpetas apiladas, notas garabateadas en papeles dispersos y una taza de café frío al borde de la mesa eran testigos de las largas horas que había pasado revisando los casos abiertos. Demasiados. La lista parecía no terminar nunca, y cada nombre en esos documentos pesaba sobre sus hombros como una losa.

Un golpe en la puerta le sacó de sus pensamientos. Era el subinspector Eberhart, quien entró con una expresión que mezclaba curiosidad y preocupación. Llevaba un informe en la mano, sostenido como si fuera un objeto frágil y peligroso al mismo tiempo.

—Inspector, hay algo que debe ver —dijo, entregándole el informe.

Klaus lo tomó con desinterés al principio, pero sus ojos se afilaron al leer las primeras líneas. Su mandíbula se tensó de inmediato. Un gesto que Eberhart reconoció de inmediato.

—Una pareja encontró un cadáver en el Lago Achensee. Iban paseando por la orilla cuando lo vieron atrapado bajo el hielo. Es una mujer joven.

—¿Ahogada? —preguntó Klaus, aunque ya sabía que no era tan simple.

—Eso pensaron al principio, pero hay algo raro. Estaba desnuda —respondió Eberhart, frunciendo el ceño—. Algo no encaja.

Klaus dejó el informe sobre la mesa y se levantó, ajustándose el cinturón del abrigo. Sus movimientos eran calculados, casi automáticos, pero sus pensamientos iban a mil por hora. Las circunstancias sonaban demasiado precisas, demasiado inquietantes. Había visto demasiados casos para ignorar lo obvio: aquello no era un accidente.

—Prepáralo todo. Vamos al lago.

Eberhart asintió, pero antes de salir del despacho, hizo una pausa, como si dudara en mencionar algo más.

—Todavía no hemos logrado contactar con el hijo de los Weiss —dijo algo preocupado—. La policía de Nueva York está intentando localizarlo. Parece que nadie sabe dónde está.

Klaus se detuvo por un momento, procesando la información. Había algo inquietante en la idea de que el único miembro vivo de la familia Weiss estuviera desaparecido.

—Déjame saber en cuanto tengas noticias —dijo con tono seco, saliendo del despacho. Su mirada estaba fija en algún punto lejano, más allá de los pasillos iluminados del edificio.

La comisaría estaba llena de un bullicio apagado, el tipo de ruido que acompaña a la rutina diaria. Pero algo en el ambiente era diferente. Los oficiales intercambiaban miradas de curiosidad y murmuraban sobre lo sucedido en el lago. Klaus y Eberhart atravesaron el pasillo con paso firme, ignorando las miradas que les seguían.

Al llegar al coche patrulla, Klaus se detuvo un instante para observar el cielo despejado. La claridad después de la tormenta siempre le había parecido engañosa. Sabía por experiencia que la calma sólo era una fachada.

—Vamos —dijo, subiéndose al coche mientras el motor rugía al encenderse.

El camino hacia el lago se extendía como una serpiente helada entre los bosques nevados,

sinuoso y traicionero bajo la capa de hielo que brillaba con la luz mortecina del sol invernal. Los árboles, cargados de nieve hasta el punto de que sus ramas parecían a punto de quebrarse, formaban un túnel blanco que absorbía todo sonido, dejando sólo el crujido ocasional de la carretera bajo las ruedas. Klaus miraba por la ventana, absorto en sus pensamientos, mientras el paisaje pasaba como un borrón de quietud glacial. Cada detalle, desde las sombras alargadas de los árboles hasta el susurro del viento, parecía presagiar algo ominoso. Eberhart, centrado en mantener el coche bajo control en el camino resbaladizo, guardaba un silencio que reflejaba la gravedad de lo que les esperaba.

—El Lago Achensee, ¿no había casos anteriores relacionados con este lugar? —preguntó Eberhart.

Klaus asintió, recordando un archivo que había revisado hacía años. No dijo nada, pero sabía que la conexión que ambos estaban temiendo era más que una coincidencia.

Al llegar, el lago se extendía ante ellos como un espejo helado. Las marcas de los rescatistas en la orilla aún eran visibles, huellas que interrumpían la perfección del paisaje nevado. Los destellos azules y rojos de los coches de la policía iluminaban el entorno con un parpadeo constante. Klaus descendió del coche con pasos firmes, mientras el aire frío le golpeaba el rostro.

Un oficial joven se acercó. Parecía nervioso. Su voz tembló un poco al hablar.

—Inspector, el cuerpo sigue en el lugar. Los rescatistas han asegurado la zona, pero decidimos no retirarlo hasta que usted lo vea.

Klaus asintió, dando unos pasos hacia la orilla. Allí, bajo la capa translúcida de hielo, podía verse el cuerpo de una joven, atrapado en una posición antinatural. Sus brazos y piernas estaban torcidos de una manera inquietante, pero no había signos de heridas visibles. La piel, pálida y azulada, reflejaba la luz que atravesaba el hielo, dándole una apariencia casi irreal. La postura rígida y la desnudez de la víctima hablaban de algo más oscuro que un accidente.

Se agachó un momento, observando los detalles a través del hielo. El cuerpo de la joven estaba atrapado bajo la capa congelada, flotando inmóvil como si el lago lo hubiera reclamado y luego lo hubiese devuelto al mundo. Su posición antinatural, con los brazos extendidos y las piernas dobladas, era inquietante, pero no había nada que sugiriera violencia directa. La piel, pálida y azulada, reflejaba la luz de manera espectral, dándole una apariencia casi de estatua sumergida. Era difícil determinar de dónde había venido o cuánto tiempo llevó allí. El hallazgo no tenía un sentido claro, sólo dejaba preguntas.

—Quiero que los forenses trabajen con cuidado extremo. Nada debe ser tocado hasta que tengamos fotografías detalladas —dijo, con un tono firme que no admitía discusión.

Eberhart, que permanecía a un lado, carraspeó antes de hablar.

—¿Qué cree que significa esto? —preguntó con cautela, como si temiera la respuesta.

Klaus no respondió de inmediato. Sus ojos seguían fijos en el lago, como si intentara descifrar un mensaje en las sombras inmóviles bajo el hielo.

—Significa que no sabemos nada aún —murmuró finalmente—. Esto está lleno de preguntas sin respuesta. Y esas preguntas son lo único que tenemos para empezar.

Klaus ajustó el abrigo y se acercó todo lo posible al hielo que cubría el cuerpo. Desde aquella distancia, la joven parecía dormida, como si el agua la hubiera abrazado en un sueño eterno. Sin embargo, al observar más de cerca, notó algo inquietante: restos de maquillaje congelados sobre su piel, delineando sus ojos y labios con un trazo perfecto, como si una mano experta hubiera intentado convertirla en una muñeca de porcelana. Ahora rota. Esa fragilidad contrastaba con la rigidez helada del cuerpo.

Dejó escapar un suspiro que formó una breve nube de vapor en el aire helado.

VIII - Depósito

El aspecto del depósito sea semejaba mucho con la blancura y el brillo del día afuera. Bajo la luz quirúrgica, el cuerpo de la joven descansaba sobre la mesa de metal, con su piel pálida casi translúcida reflejando el destello frío de las lámparas. Klaus y Eberhart permanecían al margen, ambos con las manos cruzadas frente a ellos, con expresiones impenetrables mientras observaban al forense trabajar.

El doctor Richter, un hombre de cabello entrecano y movimientos metódicos, preparaba sus instrumentos con una concentración casi reverencial. Con una grabadora a su lado, comenzó a hablar en voz alta para documentar cada paso del procedimiento.

—Autopsia de una mujer caucásica, yo diría que de unos 25 años. Longitud del cuerpo: un metro sesenta y cinco. Peso estimado: cincuenta kilogramos. Sin heridas externas visibles. Piel en buen estado, excepto por signos de congelación en las extremidades.

Richter ajustó la posición de la luz quirúrgica antes de tomar un escalpelo. Con movimientos precisos, realizó una incisión en forma de Y desde las clavículas hasta el abdomen. La hoja cortó sin esfuerzo la carne ahora menos helada, exponiendo el interior del cuerpo. Un leve vapor se elevó al abrir la cavidad torácica, un recordatorio de la transición entre el frío y la tibieza del depósito.

—Estructura interna sin anormalidades visibles en la primera inspección —continuó Richter, mientras retiraba el esternón para acceder a los órganos.

Eberhart, incapaz de ocultar cierta inquietud, desvió la mirada por un instante, enfocándose en las sombras de la habitación. Klaus, por el contrario, no apartaba los ojos del cuerpo. Había algo inquietante en la perfección de esa mujer, como si no perteneciera al caos que había presenciado tantas veces antes.

Richter comenzó a examinar los órganos uno por uno. Extrajo los pulmones y los colocó sobre una balanza para pesar y medir.

—Pulmones en buen estado. No hay signos de ahogamiento o inhalación de sustancias extrañas. Corazón de tamaño normal y sin cicatrices visibles. Continuamos con el hígado.

Al levantar el hígado, su ceño se frunció ligeramente. Con cuidado, lo giró bajo la luz, revelando manchas oscuras que parecían fuera de lugar.

—Manchas en el hígado —anunció—. Esto podría indicar la presencia de un tóxico. Al observar los pulmones nuevamente, descarto cualquier señal de daño por inhalación. Tampoco hay manchas en los dedos ni en los dientes que indiquen el uso de tabaco. Esto sugiere que la víctima no fumaba, lo que descarta una posible acumulación de toxinas por este medio. Específico o acumulativo, no lo sabremos hasta los análisis de sangre.

Dejó el órgano sobre la bandeja y se giró hacia Klaus, quien seguía observando impasible.

—Señor, necesitaré resultados de sangre y tejido para confirmar la causa de la muerte. Esto no es algo común.

Klaus asintió.

—Haga lo que tenga que hacer, doctor —dijo en un tono neutral.

Richter continuó su trabajo, examinando cada parte visible del cuerpo con una atención minuciosa. Tomó las manos de la víctima y observó con detenimiento las uñas: estaban limpias, bien cuidadas, sin rastros de tierra ni signos de esfuerzo físico reciente. Pasó los dedos por la piel de los brazos y piernas, buscando cualquier rasguño o hematoma que pudiera sugerir una lucha, pero todo era liso y pálido como el mármol.

Se inclinó hacia la boca y revisó los dientes.

—Dientes en buen estado, sin manchas de tabaco ni signos de desgaste excesivo. Esto refuerza la idea de que no fumaba.

Al inspeccionar los ojos, los párpados parecían casi delicadamente cerrados. Al levantarlos, los globos oculares mostraban un tinte levemente opaco, característico de las condiciones térmicas extremas, pero nada fuera de lo esperado.

Para terminar, observó los labios de la víctima, resecos por la congelación, pero sin grietas ni sangre. Había un rastro apenas visible de lo que parecía ser maquillaje congelado, una reminiscencia inquietante de una preparación deliberada. Cada detalle sugería una intención que iba más allá de un simple abandono.

Richter procedió a examinar el estómago y los intestinos en busca de rastros de sustancia ingerida. Cada paso era acompañado por el clic metódico de su grabadora.

—No hay signos de alimentos recientes en el estómago. Todo apunta a que llevó varias horas, quizá días, en las condiciones que la encontramos.

Eberhart, frotándose los ojos, se dio la vuelta mostrando signos de cansancio.

—¿Qué piensa, inspector? —preguntó, manteniendo la voz baja.

Klaus no respondió de inmediato. Su mirada estaba fija en el cuerpo, pero sus pensamientos parecían vagar por un camino más oscuro.

—Pienso que alguien se ha tomado muchas molestias para crear algo perfecto —aseveró—. Y que lo perfecto nunca es casualidad.

IX - Vigilando

El vaivén constante de la gente no le alteraba. Nada le alteraba. Con los cascos bien puestos y la música al máximo volumen, se dejaba llevar por los acordes de arias y sinfonías que lo aislaban del mundo. Cada nota era una muralla invisible que lo separaba de las multitudes que pasaban a su alrededor. Para la gente, él no existía. Nadie le miraba. Era un don nadie, una sombra que se deslizaba entre ellos, imperceptible.

Una preciosa joven pasó a su lado, con un aire despreocupado y una sonrisa que podría haber iluminado cualquier habitación. Su cabello recogido dejaba entrever la delicadeza de su cuello, pero al observarla más de cerca, notó las pequeñas imperfecciones en su piel. *No vale, tiene granos* —pensó con desprecio—. Su criterio era implacable, sus estándares inalcanzables. No bastaba con ser bonita; la perfección requería algo más.

Unos pasos más allá, una familia paseaba tranquila, irradiando una felicidad que le resultaba casi insultante. La madre reía por algo que el padre decía, mientras una niña los seguía con pasos ligeros. Ella. La princesa. Era perfecta: piel clara, ojos brillantes como gemas pulidas, y un cabello que caía como un río dorado sobre sus hombros. Su respiración se aceleró por un instante. Era como si el mundo se hubiera detenido al verla. Pero su mirada se cruzó con la del padre, una figura alta, de hombros anchos y un porte seguro. *Demasiado peligroso* — pensó—. Sus estándares incluían la seguridad. No podía permitirse riesgos innecesarios.

Siguió caminando, sincronizando sus pasos con el compás de la música que llenaba su mente. Las pantallas de los escaparates mostraban las noticias del día, pero para él eran un ruido lejano. En alguna de ellas hablaban sobre la chica encontrada en el lago, pero no prestó atención. Su rostro se mantenía sereno, ausente. Estaba demasiado seguro de lo perfecto que había sido su trabajo. Convencido de que no habría errores, caminaba entre la multitud como un espectador en un teatro, observando, analizando, pero siempre fuera de escena.

La música le transportaba a óperas lejanas, imaginando teatros en Viena, Praga, Milán. Visualizaba las luces tenues, los decorados exuberantes, los aplausos sordos que llenaban el aire tras cada acto. Cada nota le envolvía, alejándole más del ruido del mundo real. Era su santuario personal en medio del caos. El vaivén de las personas era una coreografía que no le concernía.

Pero entonces notó un cambio. Algo en el aire se tornó distinto. Las personas alrededor comenzaron a detenerse, dejando todo de lado para fijarse en una pantalla cercana. El murmullo creció, convirtiéndose en un zumbido de voces que rompió la burbuja de su música. Bajó el volumen lo suficiente para captar el ambiente y alzó la vista hacia la pantalla más cercana, siguiendo la dirección de las miradas.

La imagen en la pantalla era clara y perturbadora: el lago helado, los forenses retirando el cuerpo, y luego un primer plano de la joven. Su joven. Un rostro que él había inmortalizado, ahora expuesto al mundo como una simple víctima.

¡Qué demonios ha pasado! —pensó—, mientras el calor de la rabia le subía desde el estómago hasta las sienes. Su mandíbula se tensó y sus manos se cerraron en puños, transformando sus nudillos en puntos blancos a causa de la presión. Su pulso se aceleró, y por primera vez en mucho tiempo, sintió que su control se tambaleaba. La perfección que tanto se había esforzado en lograr estaba ahora expuesta, rota. El anonimato que había cultivado con tanto cuidado corría peligro.

Observó las reacciones de las personas a su alrededor. Algunas murmuraban entre ellas, otras parecían horrorizadas, y unas pocas fotografiaban la pantalla con sus teléfonos. Su piel ardía, pero por fuera su expresión seguía siendo la de un don nadie. Sabía que no podía permitirse

ningún error. Sus pasos se tornaron más rápidos, pero no lo suficiente para llamar la atención. Se mezcló con la multitud, alejándose de la escena mientras la furia bullía dentro de él.

Caminaba y sus pensamientos se arremolinaban como una tormenta. Había planeado todo con precisión, cada detalle cuidado al máximo. Pero algo había salido mal. Algún fallo que ahora amenazaba con derrumbar su obra maestra. No podía tolerarlo. No podía permitir que su legado quedara manchado por un descuido.

El zumbido de las voces se desvaneció poco a poco mientras se alejaba, y la música volvió a llenarle los oídos. Pero esta vez, las notas no le tranquilizaban. Cada acorde parecía un reproche, un recordatorio de que la perfección que tanto veneraba estaba ahora comprometida. Y eso era inaceptable.

—No volverá a pasar —murmuró para sí mismo, con un hilo de voz apenas audible bajo la música.

Quizás debería parar. ¿Tengo que parar? ¿De verdad tengo que parar? Las preguntas rebotaban en su mente como un eco persistente, acompasadas por las notas de la música que intentaba ahogar sus pensamientos. Pero, ¿cómo parar cuando la búsqueda de la perfección era lo único que le daba sentido a su existencia?

Ellos no entienden —pensó—. Mantenía los ojos fijos en el suelo mientras caminaba. La multitud era un mar indiferente, incapaz de comprender la magnitud de lo que él creaba. «No es crueldad. No es violencia. Es arte. Es orden en medio del caos».

Se detuvo un momento, dejando que la música se apoderara de él, con cada nota resonando como un latido. La perfección no era un capricho; era una necesidad, un deber autoimpuesto que le separaba de la mediocridad que lo rodeaba. «Pero si sigo, ¿dónde acabaré? ¿Qué sacrificaré para mantener el equilibrio?»

Sacudió la cabeza y avanzó de nuevo. Ahora seguía el ritmo del crescendo de la música. La perfección tenía un precio, lo sabía. Pero lo que no podía tolerar era el desorden, los errores, el fallo que ahora amenazaba con ensuciar su obra maestra. Sus pensamientos giraban como un torbellino, oscilando entre la duda y la justificación.

—Quizás no deba parar. Quizás solo deba ser más cuidadoso. Más preciso. Y entonces, nadie podrá arruinar lo que es perfecto —afirmó para sí mismo.

X - De vuelta al lago

El inspector Martín Klaus regresó al lago Achensee, movido por un impulso que no lograba explicar del todo. La nieve comenzaba a derretirse en algunos puntos, d

ejando al descubierto el suelo oscuro y húmedo del bosque circundante, pero seguía dominando el paisaje, cubriendo los picos y laderas como un manto invernal que se resistía a ceder. Raíces torcidas emergían entre la nieve y el barro, como dedos esqueléticos que trataban de alcanzar la superficie. Los picos montañosos que rodeaban el lago se alzaban majestuosos contra un cielo plomizo y sus cumbres, todavía envueltas en un polvo blanco que brillaba con un resplandor tenue, estaban posando de manera magistral, como si supieran que saldrían en alguna postal de viajes. Una bruma ligera flotaba sobre las aguas, oscilando entre la belleza y la amenaza, como un velo que intentaba ocultar los secretos que el lago había guardado.

Había una calma extraña en el aire, tan sólo rota por el crujir ocasional de la nieve bajo sus botas. Klaus sintió el contraste brutal entre la serenidad del paisaje y la tragedia reciente, como si el entorno quisiera borrar con su hermosura todo rastro del horror. Pero la nieve, aunque aún presente, llevaba también las marcas del pasado: pequeños agujeros donde las ramas caídas habían perforado su superficie y las huellas desordenadas que narraban la actividad frenética del día anterior. Era un escenario en el que la belleza y la desolación coexistían con inquietante naturalidad.

El agua del lago, helada y cristalina, reflejaba las tonalidades apagadas del invierno con una precisión casi hiriente. Pequeñas ondas rompían la superficie, distorsionando el espejo perfecto que duplicaba los árboles desnudos y las nubes pesadas. Klaus se detuvo un momento junto a la orilla, con las manos hundidas en los bolsillos de su abrigo. Había algo inquietante en la serenidad del lugar. *¿Cómo puede un lugar tan hermoso ser testigo de algo tan macabro?* —pensó—. Su pecho se llenó con una mezcla de asombro y desasosiego, como si la misma naturaleza se burlara de su impotencia.

Detrás de él, el subinspector Eberhart no dejaba de hablar. Su parloteo era un contraste vivo contra el silencio opresivo del paisaje. Relataba, con una mezcla de fastidio y resignación, los pormenores de una cena familiar reciente.

—…y entonces mi suegro comienza con sus historias de siempre, que si en su época todo era mejor, que si yo no sé lo que es un verdadero problema. Y claro, mi suegra no podía quedarse atrás, criticando el vino que llevé. La misma historia de cada Navidad, pero en marzo. ¡Imagínese!— dijo con una risita amarga.

Klaus asintió, aunque no escuchaba ni una palabra. Su mente estaba atrapada en los detalles del caso, en las preguntas que seguían sin respuesta, en el peso invisible que había llevado consigo desde que encontraron a la joven en el lago. No interrumpía a Eberhart, porque de alguna manera, su monólogo lleno de quejas cotidianas le proporcionaba un ancla a la realidad. Le hacía sentir más humano, incluso si sus pensamientos estaban años luz de distancia.

Poco después llegaron al lugar exacto donde había sido hallado el cuerpo. Las cintas de seguridad amarillas aún colgaban entre los árboles, movidas por una brisa ligera que parecía murmurar secretos. El suelo estaba marcado por las huellas desordenadas del equipo forense, la nieve endurecida deformada por el peso de botas apresuradas. Klaus se detuvo junto a la orilla, observando el agua con una intensidad casi reverencial. Luego se agachó sin prisas, como si buscara conectar con el momento en que el lago había devuelto su macabro hallazgo.

Metió la mano en el agua gélida. Una punzada de frío recorrió su brazo, pero no retiró la mano. Cerró los ojos por un instante, intentando imaginar lo que el lago había visto, lo que había

ocultado bajo su superficie durante días. Sus dedos rozaron la corriente, que fluía con una cadencia casi imperceptible desde el norte. Una chispa de intuición se encendió en su mente.

Eberhart, sin percatarse de la desconexión de Klaus, continuó su relato con un suspiro pesado.

—Y después vino la peor parte: mi cuñada se puso a hablar de sus nuevos planes de vida. Quiere abrir una tienda de «productos artesanales», pero claro, eso significa que todos tenemos que apoyarla. Y ahí estaba yo, atrapado entre el sermón de mi suegro, el juicio de mi suegra y los delirios de grandeza de mi cuñada. ¡Ni siquiera tuve tiempo de terminar el postre! —Eberhart sacudió la cabeza, como si reviviera el fastidio del momento—. Dígame, inspector, ¿usted también ha tenido cenas de esas que parecen durar una eternidad?

Klaus no respondió, su mente seguía atrapada en el caso, pero una leve curvatura en sus labios traicionó una sonrisa fugaz.

Se incorporó con cierta dificultad. Sus botas resbalaron en el barro húmedo y comenzó a caminar siguiendo el borde del lago. Cada paso era un desafío entre la maleza y la nieve que se aferraba a sus pantalones y el terreno desigual que parecía querer detenerlo. Pero Klaus avanzaba con determinación, guiado por algo que no podía definir, pero que sentía con una claridad insoportable. Su mirada estaba fija hacia el norte, donde las montañas se alzaban más imponentes y el bosque se volvía más denso. Había algo en esa dirección, algo que lo llamaba.

Mientras caminaba, las palabras de Eberhart se desvanecieron por completo. Sólo quedaban los sonidos de sus pasos, el crujido de sus pasos y el murmullo constante de la corriente. Klaus se detuvo de vez en cuando para observar los detalles del entorno: una rama rota aquí, un rastro de nieve derretida allá, cualquier cosa que pudiera sugerir una pista. El lago, mientras tanto, le observaba en silencio. Sin inmutarse. Continuando con su existencia sin que le importase nada más. Con la superficie tranquila escondiendo secretos insondables.

«¿Qué buscaba aquí?», se preguntó, no por primera vez. Y, sin embargo, la respuesta le pareció irrelevante. Había aprendido a confiar en su intuición, esa fuerza que lo había llevado a resolver los casos más oscuros de su carrera. Ahora, esa misma intuición le guiaba hacia algo que no podía ignorar. A medida que avanzaba, el paisaje cambiaba. Con las sombras de los árboles alargándose mientras el sol descendía en el horizonte.

Detuvo sus pasos junto a una curva del lago, donde la corriente se hacía más fuerte y el sonido del agua aumentaba por momentos. Se inclinó de nuevo, esta vez para observar una piedra cubierta de musgo que sobresalía parcialmente del agua. Algo en esa corriente, en ese flujo constante desde el norte, le atraía como un imán. Su pecho se apretó con una sensación que no logró identificar del todo: ¿era miedo? ¿Anticipación? No lo sabía. Pero siguió adelante.

XI - Obsesión

En la penumbra de una casa pequeña y humilde, el asesino preparaba sus herramientas con un ritual casi religioso. Sobre una vieja mesa de madera desgastada, alineaba con esmero los productos de limpieza: un cubo de agua caliente que desprendía un leve vapor, estropajos nuevos, y botellas de desinfectante ordenadas por tamaño. Cada objeto estaba colocado con una precisión obsesiva, como si de ello dependiera algo más que la simple limpieza. Su espacio era reducido, pero cada rincón estaba organizado al milímetro, un contraste evidente con el caos que habitaba su mente.

El barrio que rodeaba su casa era tranquilo y acogedor. Era un lugar de trabajadores, con casas modestas y jardines cuidados, donde los vecinos se conocían y se saludaban al cruzarse. La normalidad del entorno resultaba casi irónica frente a la oscuridad que él albergaba. Cuando salió al exterior, llevando el cubo y un par de trapos, se cruzó con un vecino que paseaba a su perro, un terrier pequeño que ladró al verle.

—¡Buenos días, Hans! ¿Cómo está su rodilla? —preguntó con una sonrisa amable y sincera, modulando su voz para sonar del todo natural.

—Mejor, gracias. El fisioterapeuta dice que pronto podré volver a correr. ¿Y usted? ¡Siempre tan trabajador! —respondió Hans, con una risa leve mientras sujetaba la correa del perro.

—Ya sabe cómo es —dijo riendo—. No puedo dejar que las tareas se acumulen.

Se despidieron con un gesto cordial, y él continuó hacia su coche, estacionado frente a la casa. Era un vehículo modesto, como todo lo demás en su vida: práctico, funcional y absolutamente impecable. Abrió las puertas y el maletero, dejando expuesto el interior brillante, que parecía recién salido de fábrica. Pero para él, esa limpieza nunca era suficiente.

No había ni rastro de sangre, ni pelos, ni manchas. Ningún indicio visible de nada. Sin embargo, una duda persistente le carcomía. *No se puede confiar en nada* —pensó mientras inspeccionaba cada rincón con ojos agudos—. La idea de que uno de sus «lienzos» hubiera sido descubierto lo llenaba de una furia silenciosa. *El destino me ha traicionado. Mi destino.*

Tomó un estropajo y comenzó a frotar los asientos con movimientos precisos y repetitivos. Cada rincón del maletero, cada esquina del salpicadero, cada centímetro de los suelos pasaba por su escrutinio implacable. Sus manos, protegidas por guantes de látex, se movían con una urgencia que delataba su estado mental. Había algo casi desesperado en la manera en que frotaba, como si intentara borrar no sólo cualquier evidencia, sino también la posibilidad misma de que existiera.

A medida que el tiempo pasaba, sus movimientos se tornaron más frenéticos. Frotó los asientos con tanta fuerza que sus uñas, a pesar de los guantes, comenzaron a dolerle. Una de las cerdas del estropajo se soltó, y él se detuvo por un instante para observarla caer al suelo del coche. Ese pequeño detalle, esa imperfección, le llenó de frustración. Se inclinó para recogerla con dedos temblorosos y la tiró al cubo con un gesto brusco.

—No tiene sentido —murmuró para sí mismo. Una mezcla de exasperación y resignación recorría su cuerpo. Y continuó limpiando. Cada fibra de su ser se negaba a aceptar el menor indicio de desorden, como si la limpieza fuera su única forma de control en un mundo que siempre amenazaba con desmoronarse.

La frialdad del agua empezaba a calar a través de los guantes, entumeciendo sus dedos, pero no se detuvo. Cada movimiento era una exorcización, un intento de purgar el fallo que sentía que había cometido, aunque no entendiera cuál había sido. Limpiaba y limpiaba, como si pudiera arrancar el descontento que anidaba en su pecho, como si pudiera borrar el eco de su fracaso.

Los minutos se convirtieron en horas. El sol, que al principio brillaba, comenzaba a descender, proyectando sombras largas sobre la acera. Las ventanas de las casas cercanas se encendían una por una, pero él seguía inmerso en su tarea, ajeno al paso del tiempo. Su mente no estaba en el reloj ni en los vecinos que podían mirarle desde sus cortinas. Su mente estaba en la perfección que siempre había perseguido y en cómo el mundo, una vez más, había osado desbaratarla.

Cuando terminó, el cubo de agua, ahora turbia y manchada de suciedad inexistente, se convirtió en un recordatorio del tiempo que había invertido en su ritual. Se detuvo por un momento, respirando con dificultad, y miró sus manos temblorosas a través de los guantes. El cansancio comenzaba a pesarle, pero su mente no encontraba descanso. En algún rincón de su ser, una voz insistente le susurraba que nunca sería suficiente.

Recogió todo con meticulosidad, asegurándose de que no quedara ningún rastro de su labor. Antes de entrar en casa, lanzó una última mirada al coche, inspeccionando cada rincón visible con una intensidad que rozaba la paranoia. Satisfecho a medias, cruzó la puerta de su hogar, pero no pasó mucho tiempo antes de que algo dentro de él comenzara a arder de nuevo. *¿Y si se me escapó algo?* —pensó.

Volvió a salir, cerrando la puerta tras de sí con un leve chirrido. Una vecina que pasaba por la acera le saludó con una sonrisa cálida, llevando una bolsa de la compra.

—Buenas tardes, Sepp. Siempre tan ocupado, ¿verdad?

—Buenas tardes, Frau Müller —respondió él, devolviéndole la sonrisa con amabilidad—. Ya sabe, un poco de orden nunca está de más.

Ella asintió y continuó su camino. Él se quedó de pie un momento, observando cómo se alejaba, antes de volver su atención al coche. Recorrió con la mirada cada detalle del vehículo, desde las ruedas hasta el techo, en busca de cualquier imperfección que pudiera delatarle. No encontró nada, pero, aun así, la incertidumbre seguía carcomiéndole.

Regresó a la casa, cerrando la puerta con más fuerza de la necesaria. Sin embargo, no se sentó ni intentó relajarse. En lugar de eso, permaneció junto a la ventana, con los brazos cruzados y los ojos fijos en el coche estacionado. Su mente giraba en espiral, intentando reconstruir cada paso de su proceso, cada movimiento, cada decisión. *¿Dónde cometí el fallo?* Esa pregunta resonaba como un eco, llenando cada rincón de su mente mientras el crepúsculo caía sobre el barrio.

XII - Princesa

El trabajo del asesino era perfecto para él. Limpiaba en un centro comercial, un lugar donde la multitud fluía sin pausa, y él se deslizaba como una sombra invisible entre los pasillos. Con sus auriculares puestos, la música lo aislaba del ruido del mundo, mientras limpiaba lo que los demás dejaban tras de sí. Algunos lo ignoraban por ser políticamente correctos de no mirar al personal de limpieza; otros, por un sentido de superioridad que les hacía ver a Sepp como algo menos que humano. Pero para él, el centro comercial era su dominio, su coto de caza privado.

Los pasillos estaban decorados con luces cálidas y brillantes que pendían de techos altos, diseñados para evocar una sensación de lujo y comodidad. Cada vitrina era un espectáculo en sí mismo: maniquíes vestidos con las últimas tendencias, relojes brillando bajo focos colocados pra resaltar el lujo de su exclusividad, y escaparates de cafeterías llenos de pasteles dispuestos de tal manera que llamaban a devorarlos. En un rincón del pasillo, una fuente moderna lanzaba chorros de agua sincronizados con un fondo musical suave, atrayendo a niños y adultos por igual. El suelo de mármol relucía bajo la luz artificial, reflejando los colores de la decoración estacional que pendía del techo.

Para Sepp, sin embargo, todos esos adornos eran irrelevantes. Sólo le importaban las personas que llenaban ese lugar. Eran ellas las que en realidad convertían el espacio en algo interesante, en algo que valía la pena observar. Él no estaba ahí para las luces ni para la música de fondo; estaba ahí para estudiar, analizar y, llegado el momento, elegir.

Mientras empujaba su carrito de limpieza por uno de los pasillos principales, un niño pequeño pasó corriendo frente a él, gritando mientras sujetaba una lata de refresco. La dejó caer al suelo con un golpe metálico antes de desaparecer entre la multitud, sin que sus padres dijeran una palabra. Sepp se detuvo, recogió la lata con movimientos calculados y serenos, y la arrojó al carrito. Pero su mente hervía.

Esta juventud está perdida —pensó—. *Criados sin respeto, sin disciplina. Los padres no son mejores. Todo es ruido, basura, decadencia. ¿Qué clase de mundo dejamos para los que realmente merecen existir?*

Inspiró resignado, dejando que la música en sus auriculares lo envolviera de nuevo, y continuó con su trabajo. Se movía como un fantasma entre los pasillos, observando sin ser observado. Pero no era sólo un ser pasivo. Sus ojos, entrenados y calculadores, examinaban a las personas que cruzaban su camino, evaluándolas, descartándolas o guardándolas en algún rincón de su mente.

Dos chicas jóvenes pasaron junto a él, riendo y hablando con sus amigas. Parecían tener unos veinte años, con ropa ajustada que marcaba sus figuras y una despreocupación que irradiaba felicidad. Sepp las estudió de arriba abajo, analizando cada detalle. Una de ellas captó su atención por un momento: cabello largo y oscuro, piel clara, una sonrisa casi perfecta. Había algo en su forma de caminar, en la manera en que inclinaba la cabeza al hablar, que despertaba su interés. Podría ser una candidata.

¿Cuándo? —pensó—. Esa pregunta se repetía en su mente como un mantra. Su paciencia era infinita; sabía que todo tenía su momento. Él era un perfeccionista, y la perfección requería tiempo.

Entonces, la vio.

Una joven bien vestida apareció al final del pasillo. Llevaba un abrigo beige que caía hasta sus rodillas, y sus tacones resonaban contra el suelo de mármol a pesar del ruido del bullicio. *Animales* —susurraba para los demás—. Ella caminaba distraída, con un móvil en la mano. Su

maquillaje era impecable: los labios pintados de un rojo intenso y los ojos delineados con precisión quirúrgica. Masticaba chicle con un ritmo lento y deliberado, que para Sepp parecía casi provocador. Había algo en su actitud que irradiaba una confianza arrogante, una certeza de que el mundo estaba a sus pies.

Cada detalle de ella parecía diseñado por un profesional, como si hubiera salido de una revista de moda. Pero no era sólo su apariencia lo que la hacía destacar para Sepp. Había algo más: un aire de superioridad, de intocabilidad, que la hacía única. Era como una muñeca perfectamente fabricada, un ideal hecho carne y hueso.

Era sublime. Preciosa.

Una princesa.

Sepp permaneció inmóvil por un instante, observándola con la intensidad de un cazador que encuentra a su presa. La música seguía sonando en sus auriculares, pero en su mente prevalecía el silencio. Un vacío lleno de posibilidades. La seguía con la mirada mientras ella continuaba caminando, ajena a su escrutinio. Cada paso que daba parecía confirmar lo que él ya sabía: ella era la elegida.

XIII - Informes y más informes

De vuelta a la comisaría, el inspector Martín Klaus se sentó en su escritorio, rodeado de papeles, carpetas y pantallas que proyectaban una luz fría y constante. El sonido distante del tictac de un reloj de pared marcaba el paso del tiempo, pero Klaus apenas lo notaba. Frente a él, el informe forense esperaba ser trasteado, dispuesto a mostrar más contenido de la atrocidad humana. Lo abrió con la meticulosidad de quien sabe que cada detalle puede ser crucial.

Había sido envenenada con cianuro. La confirmación le produjo una mezcla de alivio y desasosiego. Alivio porque al fin tenía una pista concreta, desasosiego porque el cianuro no era cualquier veneno. Indicaba una intencionalidad escalofriante. En las fotos forenses y las notas observó que el veneno había sido administrado entre los dedos de los pies. Klaus frunció el ceño ante este detalle. No era algo casual; sugería una especie de ritual, un acto cargado de simbolismo. *Esto no fue un acto impulsivo* —pensó—. *Fue calculado, planeado hasta el más mínimo detalle.*

—Pero está claro que te equivocaste en algo. De lo contrario yo no estaría leyendo esto ahora mismo —murmuró entre páginas.

El informe también revelaba otros hallazgos perturbadores. Restos de metanfetamina habían sido encontrados en el cuerpo de la víctima, lo que indicaba que había sido drogada. O que consumía drogas. Además, había rastros de cloroformo en menor dosis, lo que sugería que había sido sedada antes de administrarle el veneno. Sin embargo, no había signos de violación. El cuadro que se formaba era uno de control absoluto, de una mente que buscaba manipular cada elemento de la situación.

Klaus se inclinó hacia adelante, apoyando los codos en el escritorio y pasando una mano por su cabello. Había algo inquietante en este caso, algo que lo empujaba más allá de los límites normales de su intuición. Observó las fotos una vez más, como si estas pudieran hablarle, como si pudieran susurrarle lo que aún no había visto.

El sonido de pasos rápidos le sacó de sus pensamientos. El subinspector Eberhart entró en la oficina con un fajo de papeles en la mano y una expresión cansada, pero satisfecha.

—Inspector, hemos logrado contactar al hijo de los Weiss. Por fin —dijo, dejando los documentos sobre la mesa.

Klaus levantó la vista.

—¿Dónde estaba?

—En un retiro espiritual, completamente desconectado de todo. Apenas se enteró de lo sucedido cuando alguien logró contactarlo. Está profundamente consternado y, según sus propias palabras, no puede entender cómo todo ocurrió sin que él estuviera al tanto. Ha pedido coger un vuelo inmediato para venir a Austria y estar con sus padres. Además, mencionó que quiere colaborar en todo lo necesario para esclarecer el caso.

Klaus asintió, procesando la información. Ese detalle descartaba, con toda seguridad, la hipótesis de que el hijo estuviera involucrado en el crimen. Aun así, sabía que hablar con él sería crucial. No podía dejar cabos sueltos, y tal vez el hijo tuviera información que aún desconocía.

—Hablemos con él en cuanto llegue. Quiero su versión de los hechos —dijo Klaus, mientras su mirada volvía a posarse en las imágenes que tenía delante.

Se recostó en la silla, dejando caer las fotos sobre el escritorio y frotándose las sienes. Había algo en este caso que no dejaba de inquietarlo, un detalle esquivo que sentía justo fuera de su alcance. Miró por un momento el reloj en la pared. La jornada avanzaba, pero su instinto le decía que necesitaba moverse.

—Eberhart, encárgate del papeleo por hoy —dijo, levantándose y tomando su abrigo.

—¿A dónde va, inspector?

—Voy a casa de los Weiss otra vez. Quiero volver a echar un vistazo y de paso estirar las piernas.

Eberhart le miró con una mezcla de cansancio y admiración. Klaus era incansable cuando un caso le atrapaba, y este claramente lo había hecho. Sin decir más, Klaus salió de la oficina, con el abrigo balanceándose tras él.

El trayecto en coche fue silencioso, salvo por el suave murmullo del motor y el ocasional crujir del hielo bajo las ruedas. Las luces de las farolas proyectaban sombras largas sobre las calles, mientras Klaus repasaba en su cabeza los detalles de los casos: el lago, el cianuro, las drogas, la familia Weiss, las bolas de cristal. Esas malditas bolas de cristal que ahora veía por todas partes.

Mientras conducía, su mente vagaba entre posibilidades. El envenenamiento con cianuro no era común, ni tampoco el nivel de planificación que había en el caso. *¿Qué clase de persona toma estas decisiones?* —pensó. *No es sólo un asesino; es alguien que quiere controlar cada aspecto de lo que ocurre.*

Más tarde, la casa de los ancianos Weiss apareció por fin a la vista, su fachada precintada por la policía, las luces completamente apagadas. Klaus estacionó el coche justo fuera del cordón amarillo que delimitaba la escena del crimen y se quedó un momento en silencio, observando el lugar desde la distancia. Había algo inquietante en la quietud del entorno, acentuada por el eco de los pasos de los agentes que habían trabajado aquí días atrás. Era una casa humilde, pero su silencio ahora le pareció una grieta abierta hacia lo macabro. Algo en ella seguía llamándole, como si las respuestas estuvieran escondidas tras esas paredes vacías, esperando que alguien las desenterrara.

Respiró hondo, se ajustó el abrigo y salió del coche. La noche era densa y fría, y la casa de los Weiss se alzaba frente a él como un eco desolado en la ladera de la montaña. Rodeada de pinos altos y silenciosos, su fachada humilde parecía un testigo mudo del horror. En la distancia, las luces del pueblo de Mayrhofen apenas brillaban con timidez, como si quisieran mantenerse alejadas de aquel lugar.

El camino que llevaba a la casa estaba flanqueado por rocas cubiertas de musgo y retazos de nieve que se resistían a desaparecer. Klaus avanzó con cautela, observando los alrededores: un sendero que se perdía entre los árboles, una vieja cerca de madera carcomida por el tiempo, y un pequeño cobertizo al costado de la casa, donde el viento gimió al pasar entre las rendijas.

A su alrededor, la naturaleza parecía contener el aliento. Los árboles susurraban con el roce de la brisa, y el aire frío llevaba consigo un aroma terroso, mezclado con la humedad del deshielo. Era un lugar apartado, lo suficientemente solitario como para que cualquier cosa pudiera ocurrir sin que nadie lo notara.

Se detuvo frente al cordón policial que seguía marcando la escena. Miró la puerta cerrada de la casa y luego las ventanas oscuras que devolvían un reflejo pálido de la luna. Algo en esa quietud le hablaba, como si las paredes mismas susurraran los secretos que albergaban.

—Es hora de volver a ver esas malditas bolas de cristal —mencionó disgustado antes de abrir la puerta.

XIV - Bolas de cristal

Siempre era extraño regresar a la escena de un crimen. Cuando se descubre, el lugar está lleno de bullicio: agentes de policía corriendo de un lado a otro, cintas amarillas ondeando al viento, luces intermitentes iluminando la oscuridad y un murmullo constante de voces cargadas de tensión. Pero pasados unos días, todo cambia de manera drástica. La casa queda impregnada de una sensación de abandono, como si el tiempo mismo se detuviera dentro de esas paredes. Afuera, la vida sigue: personas que buscan justicia y miles de millones que continúan con sus rutinas, ignorantes de la tragedia que allí ocurrió.

El inspector Klaus cruzó el umbral de la puerta de los Weiss con paso firme, su aliento visible en el aire helado. El precinto policial seguía en su lugar, con cintas amarillas cruzadas como un aviso silencioso para mantener a raya a los curiosos. La nieve cercana estaba marcada por las huellas de botas y las rodadas del equipo forense, ahora endurecidas por el frío. Dentro de la casa, el ambiente era pesado y casi opresivo. El olor a madera vieja se mezclaba con el rastro de desinfectante y algo más tenue, más visceral: el recuerdo de la sangre.

Klaus observó los restos en el suelo, manchas marrones oscurecidas por el tiempo, que formaban un rastro irregular desde la sala principal hasta la cocina. Se detuvo un momento frente a una de las manchas más grandes, imaginando la escena en su mente: el cuerpo, el ángulo, el movimiento. Había algo en ese rastro que le perturbaba. Puede que fuera el hecho de la muerte en sí, o puede que algo más.

El interior de la casa era modesto, fiel al estilo de una pareja mayor que vivía de manera sencilla. Los muebles eran funcionales, desgastados por el uso pero bien cuidados. Una mesa con un mantel de encaje ocupaba el centro del salón, con un par de sillas desiguales a su alrededor. En una esquina, un viejo reloj de pie marcaba las horas con un tictac bajo y constante, como un eco del tiempo que no podía detenerse. Pero el elemento más llamativo era la estantería donde había visto bolas de nieve, cada una alineada con una precisión casi obsesiva, como si fueran reliquias sagradas.

Klaus se acercó al mueble. Fijó la mirada en un objeto que había captado su atención durante su primera visita: la bola de nieve de Nueva York. Era una pieza robusta, con un skyline en miniatura de Manhattan rodeado de una cúpula transparente. La tomó con cuidado, sintiendo su peso en la mano. Había algo hipnótico en ella, algo que no podía ignorar.

La agitó con suavidad, y la nieve artificial se levantó en el interior, danzando en una tormenta controlada antes de caer poco a poco sobre los edificios en miniatura. Era irónico, pensó Klaus. Nueva York, donde vivía el hijo de los Weiss, ahora aparecía bajo una tormenta de nieve simbólica, mientras aquí, en Austria, una tormenta real había cubierto todo con su frialdad. Por un momento, el inspector se perdió en el movimiento de los copos, intentando encontrar un significado oculto en aquella escena encapsulada.

Dejó la bola en su sitio con un cuidado casi reverencial y observó las demás. Cada bola era un mundo en miniatura, un fragmento de los viajes de la pareja. París, Tokio, Sídney... Todas parecían recuerdos inocentes, pero ahora tenían un peso macabro, como si fueran testigos mudos de lo ocurrido.

Mientras se alejaba de la estantería, su atención volvió a los detalles de la casa. Observó los pequeños signos de vida que habían quedado atrapados en el tiempo: una taza de té a medio vaciar en la cocina, un par de zapatillas colocadas junto a la puerta, una bufanda doblada con cuidado sobre un perchero. Todo hablaba de una vida interrumpida, de una rutina quebrada de forma brutal.

Klaus respiró con cierto aire de resignación y decidió que ya había pasado suficiente tiempo en ese lugar. Cerró la puerta tras de sí y se dirigió a su coche. Era hora de bajar al pueblo. Allí vivía su cuñada, a quien pensaba hacerle una visita cordial. Sólo quería saludarla ya que estaba por la zona y, de paso, retrasar el momento de regresar a casa con su mujer y los recuerdos que tanto le pesaban.

El trayecto a Mayrhofen fue tranquilo, con las montañas blancas sirviendo como telón de fondo. La carretera serpenteaba entre paisajes de ensueño, pero Klaus apenas les prestaba atención. Su mente activa repasaba los detalles del caso, intentando encajar las piezas de un rompecabezas que aún le resultaba incompleto. Las ruedas del coche crujían sobre la nieve, acompañando el ritmo de sus pensamientos.

Nada tenía sentido. De momento.

A veces, resolver un caso era sólo cuestión de tiempo, pero otras veces había que aceptar que podía quedar sin resolverse. Lo más inquietante de este caso era que los Weiss no parecían tener parientes cercanos, al menos que se supiera. Esto complicaba la investigación, ya que, en la mayoría de los crímenes, los autores solían ser familiares cercanos. Si este asesinato era un producto del azar, el trabajo sería mucho más difícil. Klaus sabía que un asesino aleatorio, sin conexión directa con las víctimas, era el más complicado de rastrear y atrapar. Y, sin embargo, había algo que lo empujaba a seguir, una intuición persistente que no podía ignorar.

Había algo en esas bolas de nieve, algo que seguía girando en su mente como los copos en el interior de una de ellas. Cada una era un reflejo de los Weiss, de sus vidas, de sus conexiones. Sabía que el próximo paso podría estar escondido en una conversación, en un recuerdo, o en un juego de la casualidad que actuaría en contra del asesino. Era una esperanza tenue, pero en casos como este, incluso el más débil de los hilos podía conducir a la verdad.

XV - Excusas

El inspector Klaus se detuvo frente a la casa de su cuñada, Emma, una vivienda modesta pero bien cuidada, rodeada de un pequeño jardín cubierto por la nieve. Dudó unos instantes antes de tocar la puerta. Sabía que no había una razón real para visitarla más que retrasar lo inevitable: regresar a casa y enfrentar los recuerdos que le esperaban junto a su mujer.

Emma abrió la puerta con una sonrisa amable.

—¡Martín! ¡Qué sorpresa! Pasa, hace frío afuera.

Él asintió y entró en silencio, quitándose el abrigo y dejando escapar un suspiro breve. La casa tenía un aroma acogedor, una mezcla de café reciente y madera vieja. Era un refugio tranquilo, muy diferente al ambiente pesado que había dejado en la casa de los Weiss.

—¿Quieres un café? —preguntó Emma mientras se dirigía a la cocina.

—Por favor —respondió Klaus, dejando que su mirada recorriera la sala. Había fotografías enmarcadas de tiempos más felices: Emma con su difunto esposo. Momentos familiares que ahora parecían de otro mundo.

Cuando regresó con dos tazas de café humeante, Emma tomó asiento frente a él en la mesa del comedor.

—Me enteré del caso de los Weiss —dijo, buscando una reacción en él.

Klaus no respondió. Dio un sorbo al café, dejando que el silencio llenara el espacio entre ellos. Emma estaba acostumbrada a su manera cortante y distante, pero no por eso dejaba de intentarlo.

—Siempre igual —murmuró ella, más para sí misma que para él. Luego cambió de tema, aunque su tono era más personal—. Martín, ¿por qué no vas a casa y hablas con mi hermana de una vez? O mejor, ¿por qué no dejas de evitarla y te separas de una puñetera vez?

El inspector no reaccionó de inmediato. Sabía que la pregunta estaba cargada de frustración y afecto, pero también de verdad. Asintió resignado, pero no dijo nada más. Emma le observó, esperando algo que nunca llegó. La conversación había terminado antes de empezar.

—Gracias por el café, Emma. Me alegro de verte —dijo Klaus al levantarse.

—Siempre tan elocuente —respondió ella con una sonrisa irónica, pero sin rastro de malicia. A pesar de todo, apreciaba su compañía, incluso si era tan breve y parca.

Klaus tomó su abrigo y salió de la casa, la nieve crujía bajo sus botas mientras caminaba hacia el coche. Se detuvo un instante antes de abrir la puerta, mirando hacia las luces del pueblo. Era tarde, y el camino a casa le esperaba, un trayecto que sentía tan pesado como los recuerdos que le aguardaban al llegar.

XVI - Te veo

El asesino observaba desde la distancia, como siempre. Había seguido a la chica en el centro comercial, moviéndose entre los pasillos como una sombra que pasaba desapercibida para todos excepto para su presa. La estudiaba con una meticulosidad casi quirúrgica: sus gestos, su forma de caminar, incluso la manera en que acomodaba el bolso en su hombro o giraba el cabello entre sus dedos de manera improvisada. Cada detalle era una pincelada más en el cuadro que construía en su mente. Todo formaba parte de un ritual privado que sólo él entendía, un preludio a lo que consideraba su próxima obra maestra.

La siguió cuidadosamente, manteniendo siempre una distancia segura mientras ella caminaba hacia el parking. Sus pasos eran precisos, sus movimientos medidos, como si cada acción formara parte de una coreografía que había ensayado mil veces. La vio acelerar el paso, ajustando su bolso mientras se acercaba a la zona donde estaban estacionados los coches. Era un momento clave: perderla ahora significaría empezar desde cero, algo que no estaba dispuesto a permitir.

Más tarde, en la penumbra del estacionamiento, se aseguró de que su coche estuviera listo para continuar. Siempre lo aparcaba cerca de la salida, en un rincón poco transitado y sin cámaras. Era parte de su metódico plan. Había perfeccionado este detalle a lo largo del tiempo; llegar temprano al trabajo le daba esa ventaja. Nadie reparaba en el vehículo gris sin distintivos, anodino y práctico. Era una herramienta más en su arsenal de anonimato, un camuflaje perfecto para un depredador que sabía cómo desaparecer entre la multitud.

La vio salir y arrancó.

Las calles de la ciudad se extendían ante él como un entramado de luces y sombras. Los semáforos cambiaban de color con un ritmo hipnótico, iluminando por breves instantes el asfalto mojado. Los escaparates vacíos proyectaban sombras alargadas que danzaban con el movimiento de los coches, y el leve resplandor de las farolas creaba un contraste etéreo con la oscuridad circundante. Desde su coche, la seguía a una distancia prudente, observando cómo las luces traseras de su vehículo se movían como un faro que guiaba su obsesión. Cada destello rojo intermitente alimentaba una mezcla de excitación y control que lo mantenía en alerta.

La ciudad tenía su propia música nocturna. Más coches, ruidos, frenazos, algún anuncio de escaparate y los transeúntes. Algunos más callados que otros. Todo ello componía una banda sonora perfecta para su ritual. La chica tomó varias curvas, y por un momento él estuvo a punto de perderla. *No vayas tan rápido, zorra* —maldijo un par de veces—. Con las manos apretando el volante con fuerza, luchaba por mantener el autocontrol, mientras su corazón se aceleraba. Pero entonces la vio de nuevo, detenida en un semáforo. El rojo intenso iluminaba su coche inmóvil, creando un halo que la destacaba en la penumbra. Respiró aliviado, como si el universo le recordara que el control aún estaba de su lado.

Y llegó a su destino. Ella se detuvo frente a una casa baja, discreta, pero adornada de manera extravagante. Desde su vehículo, estacionado a una distancia prudente, él la observó descender. Caminaba con prisa, sosteniendo una pequeña bolsa de compras contra su cuerpo, y se dirigía hacia la entrada de la casa. El jardín estaba decorado con una colección grotesca de enanos de jardín: figuras diminutas con sonrisas congeladas y colores chillones que parecían fuera de lugar en la oscuridad. Algo en esa imagen le perturbó y le excitó al mismo tiempo. *¡Qué curioso!* — pensó con una sonrisa torcida—. La contradicción entre la delicadeza de ella y la vulgaridad de su entorno le llenaba de una sensación inexplicable, una que le arrastraba en lo más profundo de su obsesión.

En la penumbra de su coche, el asesino se inclinó hacia adelante. Sacó un rollo de papel de cocina de la guantera y lo dejó a un lado. Su respiración se hacía más pesada mientras su mente recreaba la escena: la chica, la luz roja del semáforo, los grotescos enanitos que la rodeaban. Con movimientos mecánicos, se desabrochó el pantalón. No dejaba de mirar la casa mientras su mente viajaba a un mundo donde todo estaba bajo su control, donde ella era suya y nada más importaba.

El acto en sí no tenía placer verdadero; era una liberación perversa de tensión, una afirmación de su poder. Sacó su miembro y comenzó a darse con fuerza. Cada movimiento que realizaba estaba cargado de una intención oscura, como si ese momento fuera una reafirmación de su control absoluto sobre un mundo que de otra manera lo ignoraba. Era un narcisista perdido en una fantasía cuidadosamente construida, un universo donde su voluntad era ley y su poder era absoluto. Aquel instante, por retorcido que fuera, se sentía como un destello de «perfección», una desconexión temporal del vacío y el tedio que conformaban su vida cotidiana.

Mientras continuaba, las sombras en el interior de su coche parecían cobrar vida, alargándose y moviéndose en sincronía con sus gestos. Cada exhalación suya empañaba las ventanas, dejando huellas fugaces que parecían desaparecer con rapidez en la frialdad de la noche. En aquel espacio reducido, la oscuridad lo envolvía como una manta familiar, intensificando la sensación de aislamiento y alimentando sus delirios de grandeza.

Y ya está.

Cuando terminó, se recostó en el asiento. Cerró los ojos y se esforzó para controlar su respiración, como si el aire que exhalaba arrastrara consigo los últimos restos de tensión acumulada. Era un momento breve, una pausa en la que su mente comenzaba a recomponerse para regresar a la máscara de normalidad que llevaba ante el mundo. Con una meticulosidad obsesiva, se limpió las manos con gel hidroalcohólico que había guardado en la guantera. Cada movimiento era metódico, preciso, como si tratara de eliminar no sólo los rastros físicos, sino también cualquier vestigio de su acción en su mente. El papel usado fue envuelto y guardado con cuidado en una bolsa de plástico, que luego colocaría en un contenedor remoto, lejos de cualquier posible conexión con él.

Antes de arrancar, miró la casa una última vez. Los enanitos, inmóviles y absurdos, parecían observarle desde el jardín. Algo en ellos le produjo un escalofrío mezclado con una oscura satisfacción. Arrancó el coche y regresó al centro comercial sin prisa, como si nada hubiera pasado.

Nadie había notado su ausencia. Nadie le echaba de menos. Nadie sabía que existía.

XVII - En casa

Martín...

El inspector Klaus llegó a su casa pasadas las doce de la noche. El salón estaba a oscuras, pero una tenue luz escapaba por debajo de la puerta del dormitorio. Se quitó el abrigo con movimientos pesados y lo dejó caer sobre el respaldo de una silla. Apenas había dado dos pasos hacia la cocina cuando escuchó el crujir del suelo. Su esposa, Clara, apareció en el umbral, con una bata y el cabello despeinado.

—No me llamaste —dijo con un tono entre preocupado y cansado.

Klaus se detuvo y suspiró. No tenía ganas de hablar, como de costumbre.

—Estoy bien. Tenía trabajo en Mayrhofen y aproveché para visitar a tu hermana.

Clara asintió, cruzándose de brazos mientras le observaba. Su mirada buscaba algo, tal vez un resquicio de vulnerabilidad en la armadura que Klaus llevaba puesta desde hacía años. Sabía que él estaba huyendo de algo, pero nunca insistía demasiado. Aprendió con el tiempo que empujarlo no llevaba a ninguna parte.

—¿Y cómo está Emma? —preguntó ella.

—Está bien. Como siempre.

—¿Te ha preguntado algo sobre mí?

—No.

—¿Necesita algo?

—No creo, pero puedes llamarla y preguntárselo tú misma.

Clara se puso nerviosa.

—¿Hablasteis de nuestro hijo? —preguntó de repente, cambiando de tema, como si no pudiera contener más la necesidad de saber.

El rostro de Klaus se endureció al instante. Su mandíbula se tensó y su mirada se clavó en la mesa como si quisiera atravesarla.

—Él está muerto, Clara —respondió con frialdad, casi escupiendo las palabras—. No merece la pena hablar de él.

El aire entre ellos se congeló. Clara no dijo nada. Bajó la mirada, apretando la tela de su bata entre los dedos. Había aprendido a contener sus lágrimas en momentos como ese, a tragarse el nudo que se formaba en su garganta. Klaus pasó junto a ella sin una palabra más, directo al dormitorio. La puerta se cerró con un ruido seco, dejando a Clara sola en el pasillo, con la tenue luz del dormitorio como su única compañía.

Ella se quedó allí unos minutos, en silencio, mirando el abrigo de Klaus colgando en la silla. Parecía tan pesado como el hombre que lo llevaba. Con un suspiro, apagó la luz del salón y regresó a la cama, dejando que la oscuridad llenara los espacios vacíos entre ellos.

Sepp...

En la penumbra de su modesta vivienda, el asesino trabajaba en su zona de plásticos. El salón estaba cubierto con lonas translúcidas que protegían las paredes y el suelo, creando un espacio esterilizado que contrastaba con el resto de la casa. Con movimientos meticulosos, limpiaba y reorganizaba sus herramientas: cuchillas, jeringas, frascos de productos químicos, incluso un par de pinceles desgastados que utilizaba para detalles precisos. Todo debía estar en orden. La perfección no era opcional; era esencial.

Mientras frotaba una de las bandejas de metal con un paño, su mente comenzó a divagar. Visualizaba su próxima «obra», el lienzo que aún tenía que conseguir. Las imágenes fluían en su mente con una claridad perturbadora: la piel tersa, los ojos cerrados, los detalles perfectos. La

idea le emocionaba y le llenaba de ansiedad al mismo tiempo. Era un artesano atrapado en la frustración de no tener material con el que trabajar.

Se detuvo un momento, mirando el reloj que colgaba de la pared. Marcaba la una de la madrugada. Sus ojos se abrieron con sorpresa y una mueca de disgusto deformó su rostro.

—¡Es tarde! ¡Muy tarde! —dijo en voz alta, disgustado e irritado. Caminó en círculos, murmurando para sí mismo—. Tengo trabajo mañana. No puedo permitirme estar cansado. Pero... pero ¡esto es importante! Todo esto es importante. Si no está perfecto, todo saldrá mal. Y no puedo permitir eso, no puedo...

Su mente seguía girando, atrapada entre la compulsión y la lógica. Se detuvo frente a la mesa de trabajo y miró las herramientas ordenadas. Respiró. Intentó calmar el torbellino que giraba en su mente. Con movimientos tensos, comenzó a guardar sus herramientas, asegurándose de que cada objeto estuviera en su lugar. Pero cada vez que colocaba algo en su sitio, sentía la necesidad de volver a revisarlo, de asegurarse de que no había cometido un error.

Al cabo de unos minutos, el salón volvió a quedar ordenado, con las lonas impolutas y las herramientas guardadas en sus respectivos estuches. El asesino se quedó de pie en medio del salón, observando su trabajo. Un leve tic en la comisura de su labio delataba la tensión que aún lo consumía.

—Suficiente por hoy —murmuró para sí mismo, apagando la luz del salón y dejándolo en una oscuridad casi absoluta.

Se dirigió a su dormitorio, pasando por el pasillo en silencio. Mientras se metía en la cama, su mente seguía trabajando, imaginando, planificando. Cerró los ojos con esfuerzo, intentando apagar las ideas que no dejaban de acosarlo. Pero incluso en la oscuridad, las imágenes seguían viniendo a él, invadiendo su descanso. Decidió tomarse un calmante para relajarse. Mañana sería otro día, y tendría otra oportunidad para convertir sus pensamientos en acción. Mientras tanto, el reloj en la pared seguía marcando el tiempo, como un recordatorio constante de que su obsesión nunca descansaba.

XVIII - Secuestro

La noche estaba cerrada y el aire era denso, como si algo invisible presionara contra la atmósfera. Las dos farolas en la calle, justo frente a la casa de la chica, parpadeaban de manera errática, proyectando sombras danzantes sobre el jardín. Hasta que se apagaron por completo, sumiendo el lugar en una oscuridad inquietante, casi sobrenatural. Las sombras se alargaban, engullendo el espacio y ocultando los detalles del entorno.

Sepp estaba estacionado en su coche gris sin distintivos a pocos metros. La posición que había elegido le volvía invisible, una sombra más entre la noche. Desde su asiento, observaba cada movimiento con la atención de un cazador acechando a su presa. Había elegido con sumo cuidado este rincón de la calle: apartado, sin luces directas, lejos de cualquier mirada indiscreta. Dentro del coche, su respiración era lenta y controlada, pero su corazón latía con fuerza. Cada latido acompasaba el ritmo de su anticipación; cada segundo que pasaba le acercaba al momento de actuar.

El sonido de un motor que se apagaba lo hizo incorporarse un poco. La chica había llegado. Aparcó su coche frente a la casa y salió, cerrando la puerta con un gesto rápido. Al mirar hacia el jardín, frunció el ceño. Los enanitos que solía tener dispersos entre las flores y el césped estaban ahora apilados junto a la entrada, formando una torre absurda.

—¿Qué demonios...? —murmuró mientras se agachaba para recogerlos, desconcertada por el desorden.

Sepp la observaba desde el interior del coche. Sus dedos tamborileaban contra el volante con un ritmo irregular, como si marcase el ritmo de un reloj macabro. Ella había mordido el anzuelo. Pensaba que intentaría arreglar aquel caos, que se inclinaría para recoger las figuras. Y así fue. Todo estaba ocurriendo tal y como lo había planeado.

Entre las figuras de los enanitos había una que no era de cerámica ni de plástico. Su apariencia era convincente, pero estaba hecha de esponja y empapada con cloroformo. Cuando la chica la cogió, notó algo extraño al tacto: era blanda y ligeramente húmeda.

—¿Qué...? —murmuró, examinando el enanito con curiosidad.

Miró su mano, ahora mojada, y por instinto llevó los dedos a la nariz para olerlos. El olor no le resultó familiar, pero tampoco alarmante. Sin embargo, la curiosidad pudo más, y acercó el enanito a su rostro para olfatearlo directamente. El cloroformo comenzó a hacer efecto casi de inmediato.

El mareo la golpeó como una ola repentina. Parpadeó varias veces, intentando aclarar su visión, pero los bordes de su campo visual se oscurecían. Se tambaleó hacia un lado, apoyándose en la pared junto a la entrada, pero sus piernas pronto cedieron. Cayó de rodillas, desorientada y confundida, intentando respirar, mientras el mundo a su alrededor giraba.

Desde su coche, el asesino observó el momento exacto en que ella perdió el equilibrio. Era perfecto. Salió del vehículo con movimientos rápidos pero controlados, cruzando la distancia entre ellos en segundos. Su rostro mostraba una expresión de preocupación falsa mientras se inclinaba hacia ella.

—¿Estás bien? ¿Te ayudo? —preguntó con un tono amable, casi dulzón, mientras ella intentaba enfocar su mirada en él. Sus palabras eran una mera formalidad; ya había decidido lo que ocurriría a continuación.

La chica no pudo responder. Su cabeza se ladeó y su cuerpo flaqueó. Sepp la sostuvo con facilidad; era tan ligera como había imaginado. Sin esfuerzo, la levantó y la llevó hasta el maletero de su coche. Abrió la puerta y, con movimientos precisos, colocó su cuerpo en el

interior. Antes de cerrar, regresó al jardín y recogió el enanito esponja. No podía dejar ninguna evidencia.

Con cuidado, colocó el enanito junto a ella en el maletero y cerró con un suave clic. Permaneció un momento junto al coche, escuchando la noche. Todo estaba en silencio, excepto por el distante sonido de una televisión encendida en alguna casa cercana. Nadie había visto nada. Nadie sabía nada.

La primera parte de su plan estaba completa. Sepp se sentó al volante, encendiendo el motor con un susurro apenas audible. Mientras miraba el retrovisor, su rostro quedó iluminado durante un instante por el panel de control del coche. Una sonrisa torcida se dibujó en sus labios, una mezcla de satisfacción y anticipación.

—Ya tengo mi lienzo —murmuró para sí mismo, arrancando el coche y conduciendo hacia la oscuridad de la noche. Las luces traseras desaparecieron en la distancia, llevándose consigo un secreto que sólo él conocía.

XIX – El cuarto de los secretos

El interior de la casa del asesino era una mezcla de simplicidad y caos meticuloso, pero su habitación revelaba algo mucho más perturbador: un pequeño vestidor oculto tras una puerta entreabierta. Este espacio, aunque reducido, era un reflejo perfecto de su mente obsesiva y trastornada. La luz del techo desvelaba con vehemencia el interior, proyectando sombras erráticas sobre las paredes tapizadas con fotografías y recortes cuidadosamente colocados. Cada imagen había sido seleccionada con una atención enfermiza al detalle. El mosaico mostraba mujeres de piel blanca como la nieve: actrices de la época dorada de Hollywood, modelos anónimas de revistas de moda, figuras clásicas con rostros angelicales. Las miradas de estas mujeres parecían fijas en cualquier intruso, como si custodiaran el secreto que albergaba esa habitación.

Entre las fotografías, había posters y grabados inspirados en cuentos de hadas. Blancanieves ocupaba un lugar central, con varias ilustraciones del cuento colgadas como si fueran piezas de arte en una galería privada. Princesas rodeadas de bosques nevados, casitas de madera cubiertas de hielo y espejos dorados que reflejaban más de lo que revelaban componían un paisaje de fantasía gótica. La decoración era una mezcla inquietante de lo infantil y lo adulto, un universo donde lo inocente y lo perverso coexistían en un equilibrio perturbador. Había algo casi ceremonial en la forma en que estos objetos estaban dispuestos, como si representaran un altar a la pureza y la perfección.

En una esquina, una pequeña estantería contenía libros de cuentos infantiles y novelas de terror. Entre ellos, se veían objetos decorativos: pequeñas figuras de cristal que imitaban copos de nieve, coronas diminutas y frascos que parecían contener polvo de hadas. Había incluso un espejo pequeño con un marco dorado tallado que reflejaba la luz del techo, como si también formara parte de un juego simbólico. Todo estaba organizado con una precisión obsesiva, como si cada elemento tuviera un lugar predestinado en este santuario personal.

Pero lo más perturbador estaba oculto tras un respiradero modificado como escondite. Sepp se inclinó hacia él, retiró la rejilla con un movimiento casi reverente y sacó una caja de metal. La abrió con movimientos lentos y cuidadosos, como si contuviera el secreto de la vida eterna. Dentro, había un tesoro oscuro: fotografías de sus «obras de arte». Cada imagen mostraba cuerpos inmóviles, preparados a la perfección, con los rostros maquillados como si fueran piezas de porcelana. Los labios, de un rojo intenso, contrastaban con la palidez casi fantasmal de su piel. Estas fotografías eran más que recuerdos; eran trofeos, un testimonio de lo que consideraba su maestría artística.

Sus ojos se detuvieron en una foto en particular. La sostuvo entre sus dedos con cuidado, casi acariciándola, y una sonrisa ligera se dibujó en sus labios. *Era perfecta, un verdadero tributo a la pureza*. En su mente, estas mujeres no eran víctimas; eran princesas inmortalizadas, una reimaginación del ideal que había alimentado desde su infancia. Para él, cada imagen era una obra que trascendía la moral y lo colocaba por encima de los hombres comunes.

Cerró la caja con cuidado y la devolvió a su escondite. El ruido del metal contra el marco resonó en el vestidor, pero Sepp no pareció notarlo. Su mente seguía atrapada en las fantasías que lo habían dominado durante tantos años. En su mente, no había nada de macabro en todo esto. Era arte, su manera de trascender una existencia que consideraba mediocre y carente de significado.

De repente, un ruido suave rompió el silencio absoluto. Provenía del salón. Sepp giró la cabeza de inmediato. Sus sentidos habían sido agudizados con el paso del tiempo. El don del

cazador... o el instinto para evitar ser la presa. Cerró la puerta del vestidor con movimientos rápidos, pero silenciosos y salió al pasillo, caminando con cautela. El sonido se repitió: un leve gemido, seguido de algo golpeando el suelo con cierta timidez. Su ritmo cardíaco aumentó, pero no de miedo, sino de anticipación.

La chica estaba despierta.

Aunque desorientada y aturdida, había comenzado a moverse. Sepp sonrió para sí mismo, una sonrisa torcida cargada de anticipación y placer oscuro. Su obra aún estaba en proceso, y ahora tenía que terminar lo que había comenzado. Se deslizó por el pasillo. Cada paso que daba le conducía hasta su lienzo, mientras su sombra se proyectaba sobre las paredes. Oscura. La noche no había terminado; para él, apenas estaba comenzando.

XX - La manzana envenenada

El asesino se movía con una precisión mecánica. Sacó un traje blanco de cuerpo entero de laboratorio, lo desplegó con cuidado y comenzó a ponérselo. La tela crujía al ajustársela, cubriendo por completo su cuerpo, y cuando terminó, se colocó una máscara de gas. Quería ver sin ser visto, preservar su anonimato incluso ante su propia obra. Tampoco podía permitir que los productos químicos, que usaría durante el proceso, le afectaran. El espejo al lado de la puerta reflejaba su figura blanca y sin rostro, un espectro de intenciones oscuras.

La chica estaba tendida sobre una mesa quirúrgica en el centro del salón, rodeada por los plásticos que envolvían el espacio como un escenario médico improvisado. Inmóvil, apenas consciente, sus ojos intentaban moverse mientras luchaban contra la confusión y el miedo. Gemía en un intento fallido de hablar, pero su cuerpo no le correspondía. Un hilo de saliva caía de la comisura de sus labios mientras trataba de comprender dónde estaba y qué estaba pasando. La frialdad de la mesa de acero inoxidable contrastaba con el calor desesperado que sentía en su pecho.

Sepp se acercó a ella con pasos lentos, dejando que el sonido de sus botas resonara en la habitación. Se agachó a su lado y, con movimientos suaves, le acarició el pelo. Sa voz, distorsionada por la máscara de gas, sonó casi robótica cuando habló:

—Eres preciosa. Tan perfecta. No tienes la culpa de ser así.

Ella intentó moverse, pero el miedo y el efecto de las drogas la mantenían prisionera de su propio cuerpo. Las lágrimas comenzaron a brotar de sus ojos, resbalando por sus mejillas. Sepp enseguida cogió un pañuelo y se las limpió antes de continuar hablando, como si estuviera confesando algo que llevaba demasiado tiempo guardado.

—Yo sé que soy malo. Algún día seré castigado. ¡Oh, claro que lo seré! Pero también me adorarán. ¡Adorarán mi obra! Verán lo que he hecho, y entenderán que todo esto tenía un propósito.

La chica gimió con más fuerza. Deseaba suplicar ser liberada a un hombre que no podía oír nada más que su propia voz. Cada palabra que pronunciaba la sumergía más en una realidad aterradora. Sepp notó su nerviosismo y volvió a acariciar su pelo, intentando calmarla, pero en realidad buscaba consuelo para sí mismo.

—No te pongas nerviosa. Todo estará bien. Pero si no estás quieta, tendré que atarte. Y no quiero dañar tu piel perfecta.

Se levantó, caminó hasta la mesa y cogió un cuchillo. Lo sostuvo frente a ella, dejando que el brillo del metal se reflejara en sus ojos aterrorizados. El reflejo del acero parecía multiplicar su miedo. Su cuerpo se paralizó por completo. Sepp sonrió tras la máscara, satisfecho de su sumisión. Colocó el cuchillo sobre la mesa con un movimiento lento y deliberado, como si quisiera asegurarse de que ella entendiera que tenía el control.

—Así está mejor —dijo, con un tono casi afectuoso.

Luego cogió unas tijeras. Con una calma perturbadora, comenzó a cortar su ropa. El sonido del metal rasgando la tela llenó la habitación con un ruido que parecía amplificarse en el silencio absoluto. Cada corte era una declaración de su poder sobre ella. La chica temblaba, sus piernas y brazos apenas reaccionaban, pero su cuerpo mostraba un miedo palpable.

—¡Para! ¡Para de temblar! —gritó de repente. Estaba angustiado bajo la máscara. Tiró las tijeras al suelo con frustración y comenzó a gritarle—. Eres mala. ¡Muy mala! Todo esto es culpa tuya. Tienes lo que te mereces.

De repente, se golpeó la cabeza con ambas manos, murmurando para sí mismo.

—No, no, no. El malo soy yo. Siempre soy yo. Esto no debería ser así.

Con la respiración agitada, se giró, dándole la espalda a la chica. Su cuerpo temblaba de ira y desesperación, pero también de algo más oscuro, una batalla interna que no podía controlar. Mientras estaba distraído, la chica movió lentamente los ojos hacia el cuchillo que había dejado sobre la mesa. Era su única esperanza. Si pudiera encontrar la manera de alcanzarlo, tal vez podría defenderse, tal vez podría salir corriendo.

Sus pensamientos eran un torbellino de miedo y angustia. *¿Y si no lo logro? ¿Y si me atrapa? ¿Qué me va a hacer?* —pensó ella—. Cada posibilidad que cruzaba por su mente era peor que la anterior, pero sabía que quedarse quieta tampoco era una opción.

Antes de que pudiera intentar algo, Sepp se giró con rapidez, como si hubiera sentido su intención. En un movimiento fluido, sacó un trapo empapado en cloroformo y lo presionó contra su boca y nariz. Los gemidos de la chica se amortiguaron mientras intentaba luchar, pero su cuerpo se rindió con facilidad al efecto del químico.

—Mira lo que me has obligado a hacer —murmuró Sepp, con la voz quebrada y distorsionada por la máscara de gas. Permaneció inmóvil por un instante, mirando el trapo empapado que aún sostenía en su mano. Sus ojos, ocultos tras los lentes empañados de la máscara, vagaron por el rostro de la chica, ahora inmóvil. —No quería que fuera así… pero tú… ¡tú me obligaste!— gritó, golpeando el borde de la mesa con el puño antes de dejar caer el trapo al suelo. Su respiración se aceleró, resonando en la habitación como un eco mecánico, mientras volvía a componerse con movimientos tensos.

Cuando todo volvió al silencio, Sepp se quedó quieto, observándola con la cabeza ladeada, como si estuviera estudiando un cuadro. La levantó con cuidado y la colocó de nuevo sobre la mesa, asegurándose de que su postura fuera «perfecta». Se inclinó sobre ella por un momento, como si evaluara los detalles de su obra en proceso.

—Hay que ponerse manos a la obra. La princesa ya ha mordido la manzana. Ahora toca alejarla del príncipe... para siempre.

XXI - Transformación

Sepp escudriñaba cada centímetro de la piel pálida de la joven. Sus manos, enguantadas en látex, recorrieron el cuerpo inerte, deteniéndose en los detalles que le fascinaban: la curva de su cuello, la delgadez de sus dedos, el ritmo sutil de su respiración. Sentía cómo una tensión oscura y primitiva crecía en su interior. Cada caricia le electrizaba, empujándole hacia un abismo de deseo que apenas lograba controlar.

Observó detenidamente cómo el pecho de la chica se levantaba y bajaba con cada exhalación, tan leve que parecía un susurro de vida. Su mirada se fijó en los pezones endurecidos, y una ola de excitación le golpeó con tal fuerza que tuvo que retroceder. Su propio cuerpo le traicionaba; el calor dentro del traje lo sofocaba y comenzó a hiperventilar. Se detuvo un instante, cerrando los ojos bajo la máscara, pero sabía que no podía seguir así.

Dejó la sala de forma apresurada, abriéndose camino hacia la cocina. Ahí, con movimientos torpes y desesperados, se bajó el traje blanco hasta las rodillas, dejando su cuerpo expuesto. Se apoyó en el fregadero, jadeando, mientras intentaba aliviar la tensión que le consumía. Su rostro, deformado por la mezcla de placer y culpa, se torció en muecas que parecían cambiar entre el éxtasis y el desprecio hacia sí mismo. Las cejas fruncidas, los labios entreabiertos y la respiración entrecortada le hacían parecer una caricatura grotesca de sus fantasías.

Cada respiración era un sufrimiento constante, una lucha entre la repulsión y el placer que le atormentaba. Sus ojos, semiabiertos, reflejaban la intensidad del momento, y mientras su expresión alcanzaba un clímax retorcido, la tensión le dejó tambaleándose. El remordimiento comenzó a filtrarse en su mente mientras su rostro se relajaba, una mezcla de repugnancia y extraña satisfacción que le obligó a enfrentarse a su reflejo.

Cuando terminó, se quedó inmóvil durante un momento. Levantó la vista y se encontró con su reflejo en un espejo de la cocina. Al principio, la imagen le causó un profundo asco. Era grotesco, una figura patética y rota que le miraba con los ojos vacíos. Dio un paso atrás, tambaleándose, pero algo en él le hizo regresar. Volvió a mirar. Esta vez, la imagen le gustó. Había algo en esa monstruosidad que le pareció hermoso, un eco de la perfección que buscaba en sus obras.

Con un suspiro profundo, se colocó de nuevo el traje y la máscara. Todo debía seguir como estaba planeado. Regresó al salón, donde la chica yacía inerte sobre la mesa quirúrgica. A su lado, sobre una bandeja de metal pulido, estaba la jeringuilla. La tomó con cuidado, admirando el líquido transparente que contenía, un fluido letal que marcaba el punto de no retorno.

—Siempre entre los dedos de los pies. Como debe ser —dijo en voz baja, hablándose a sí mismo, siguiendo los pasos de su ritual.

Sostuvo el pie de la joven con una mano y, con la otra, inyectó el veneno. La reacción fue rápida: su cuerpo comenzó a convulsionar, pequeños espasmos que recorrían sus extremidades mientras la vida se deslizaba fuera de ella. Sepp la observó con fascinación casi clínica, inclinando la cabeza como un artista evaluando los trazos finales de su obra.

Cuando todo se detuvo, cuando el cuerpo quedó inmóvil y frío, Sepp se giró hacia una pequeña caja que había colocado con cuidado junto a la mesa. Su caja. La abrió con la reverencia de alguien que abre un tesoro, revelando el set completo de maquillaje: pintalabios, rímel, polvos y pinceles, todos organizados a la perfección.

—Ahora toca la intervención de Miguel Ángel —se dijo con una sonrisa torcida mientras se inclinaba sobre el cuerpo.

Con manos firmes, comenzó a aplicar el maquillaje, deteniéndose en cada movimiento con la

devoción de un pintor frente a su lienzo más preciado. Los labios de la chica se volvieron de un rojo intenso, brillante como la manzana de un cuento de hadas. Su cuento de hadas. El color perfecto que simbolizaba la vida que acababa de arrebatarle. Cada pincelada en los labios era meticulosa, como si estuviera escribiendo una historia secreta sobre su piel. Sus pestañas se alargaron con el rímel, creando una profundidad teatral que acentuaba la serenidad de sus ojos cerrados, ahora inalcanzables para el mundo.

Sobre su piel aplicó un polvo blanco pálido, que eliminaba cualquier rastro de humanidad y la transformaba en algo inhumano, casi etéreo, como si fuera una figura congelada en el tiempo. Trabajó con paciencia y atención al detalle, asegurándose de que cada centímetro de su rostro estuviera perfecto. El contorno de sus mejillas, el ligero rubor que daba vida a la frialdad de su piel, todo era tratado con cariño y esmero.

Cada pincelada era una declaración de su poder, una afirmación de su visión. Era más que maquillaje: era su manera de dotarla de un nuevo significado, de convertirla en una obra de arte que trascendiera lo humano. Se detuvo por un instante para observar su trabajo, inclinándose sobre ella, como un escultor evaluando las últimas correcciones en su obra maestra, antes de continuar con los detalles finales, asegurándose de que todo estuviera exactamente como lo había imaginado.

Cuando terminó, dio un paso atrás para admirar su trabajo. Era hermosa, perfecta. Idéntica a las muñecas de porcelana que regalaban a las princesas del siglo XVII. Sepp sintió una oleada de orgullo, un momento de euforia que le reconectó con su visión de grandeza. Por un instante, todo su sufrimiento, toda su frustración, parecían tener sentido.

Cogió su cámara y comenzó la sesión de fotos. Cada clic del obturador inmortalizaba su obra, congelando la imagen en el tiempo. Ajustó el enfoque, cuidó la luz y cambió los ángulos. Con cada fotografía, sentía que estaba un paso más cerca de la inmortalidad que tanto anhelaba. Para él, esta no era sólo una mujer; era su legado, una obra maestra en su galería de sombras.

XXII - Desaparecidas

La luz invernal entraba por la ventana del despacho del inspector Martín Klaus, iluminando los montones de documentos y carpetas apiladas en su escritorio. Los haces de luz dibujaban formas alargadas sobre las paredes grises, mientras una ligera capa de polvo flotaba en el aire, visible sólo bajo el resplandor. Por un instante, el inspector quedó absorto en el juego de sombras, navegando en un pensamiento en blanco, como si estuviera atrapado en un paréntesis del tiempo.

El sonido de la puerta al abrirse rompió el hechizo. Era el subinspector Eberhart, que entró con su característica energía tranquila, llevando en la mano una carpeta que parecía pesar más de lo que realmente era.

—¿Café? —preguntó Hans con una sonrisa ligera, intentando sacarlo de su ensimismamiento.

Klaus asintió y se levantó con un movimiento lento y mecánico, tomando su chaqueta del respaldo de la silla. Al salir del despacho, el eco de sus pasos llenó los pasillos vacíos de la comisaría, donde la luz amarillenta de las lámparas cargaba el ambiente, añadiendo un aire de abandono al entorno. El murmullo distante de una radio en otro departamento era el único sonido que rompía el silencio sepulcral, acompañando el ritmo metódico de sus zapatos contra el suelo de baldosas.

La cafetería cercana era un refugio habitual para los agentes, un lugar donde las conversaciones rutinarias se mezclaban con confidencias de casos y especulaciones. El aire estaba cargado con el aroma del café y el sonido de cucharillas golpeando tazas. Se sentaron en una mesa junto a la ventana, desde donde podían ver la calle cubierta de nieve reciente.

Ya en la mesa, Hans tomó un sorbo de su café antes de hablar:

—Ha pasado algo raro, inspector. La hija de un compañero ha desaparecido. Es la hija de Mayer, el agente de patrulla.

Klaus frunció el ceño, tratando de ubicar el nombre. Le sonaba, pero no recordaba haber hablado nunca con Mayer directamente. Bebiendo un sorbo de su café, dejó que Hans continuara.

—Mayer dice que no es habitual. Al parecer, la chica siempre avisa si llega tarde o si sale. Esta vez, no hay rastro. Está desesperado y ya ha salido a buscarla. Algunos compañeros de la comisaría también le están ayudando, pero hasta ahora, nada.

Klaus miró su taza, dejando que las palabras calaran en su mente. Sabía que los familiares de los agentes eran un tema delicado dentro del cuerpo policial. Las emociones personales siempre complicaban las investigaciones, pero también las hacían más urgentes. El subinspector prosiguió:

—Lo que me sorprende es que… bueno, es una chica guapísima. De revista, ya sabe. Una de esas chicas que todo el mundo voltea a ver.

Klaus levantó la mirada, con los ojos afilados mostrando un brillo de interés.

—Descríbela —pidió, con un tono firme que cortó la ligereza del comentario de Hans.

Él se inclinó un poco hacia adelante, eligiendo sus palabras con cuidado.

—Alta, cabello oscuro, piel muy blanca, como de porcelana. Ojos grandes, labios… bueno, llamativos. Tiene una presencia impresionante. Una de esas caras que no olvidas.

El inspector frunció el ceño. La descripción resonó en su memoria como un eco inquietante. Recordó las fotos forenses de la chica encontrada en el lago. Las similitudes eran demasiado evidentes como para ignorarlas. Se apoyó hacia adelante, clavando los ojos en Hans.

—Quiero hablar con Mayer cuanto antes —dijo Klaus, dejando la taza a un lado y mirando a

Hans con intensidad.

Él asintió, reconociendo el cambio en la actitud de su superior. Había algo más grande en juego, y aunque no entendía del todo la conexión, sabía que el instinto de Klaus rara vez fallaba.

Mientras se levantaban, Klaus lanzó unas monedas sobre la mesa para cubrir el café. Salieron de la cafetería en silencio, la nieve crujía bajo sus pies mientras una leve nevada comenzaba a caer, cubriendo la ciudad con una capa de blancura casi irreal.

Klaus caminaba con la mirada fija en el suelo, perdido en sus pensamientos. No sabía si estaban conectadas, pero podía que sí. La idea de levantar los casos de desapariciones de los últimos años le llegó de repente, como una chispa inesperada. Una desaparición no es un homicidio, pensó, pero puede llegar a serlo. Cada paso lo acercaba más a un presentimiento que no podía ignorar, un eco de advertencia que se afianzaba más con cada detalle que surgía.

Regresó a la comisaría y buscó a Mayer, pero no estaba. Había salido de patrulla, aunque Klaus sospechaba que su prioridad era buscar a su hija. O puede que fuera lo único que de verdad le importaba en ese momento. Normal. Él habría hecho los mismo. Klaus sintió un destello de empatía mezclado con frustración. Ordenó que lo contactaran de inmediato y que regresara a la comisaría tan pronto como fuera posible. Necesitaba respuestas y las necesitaba, ¡ya!

Mientras tanto, una idea empezó a tomar forma en su mente. Pidió los archivos de desapariciones de los últimos dos años y lo hizo con una determinación que no admitía objeciones.

—Quiero todo sobre mi mesa. Y lo quiero para ayer —ordenó con voz firme.

Los agentes no tardaron en llevarle un par de cajas llenas de expedientes. Klaus las miró un momento antes de abrirlas, como si fueran cofres que contenían secretos oscuros que estaba a punto de desenterrar.

Desparramó los documentos sobre su escritorio, pero pronto se dio cuenta de que necesitaba más espacio. Los expedientes comenzaron a cubrir también el sofá, las sillas y hasta el suelo de su despacho. Con movimientos rápidos, empezó a separar los casos en categorías. Uno a uno, descartó los que no encajaban hasta que formó un montón con los de jóvenes desaparecidas.

Cuando comenzó a leer los perfiles, su corazón se aceleró. Morenas, de piel clara, en su mayoría delgadas, todas con una belleza clásica que podía describirse como «de revista». Era como si cada archivo le devolviera una versión diferente de la misma figura. Se apoyó en el borde del escritorio, absorto en los patrones que emergían. El 99% tenía el mismo perfil. No podía ser una coincidencia. Las similitudes eran demasiado precisas, demasiado consistentes para ignorarlas. Una ola de tensión le recorrió la columna mientras se preguntaba cuánto tiempo había pasado sin que nadie lo notara.

Esto no es una desaparición aislada. Es un patrón —pensó. Y con esa realización, el despacho pareció enfriarse a su alrededor. Era como si las jóvenes de las fotos lo miraran desde las hojas, pidiendo justicia.

XXIII - De vuelta al lago

El agente Mayer regresó a la comisaría tras la última patrulla. Su rostro era un mapa de frustración y cansancio, incapaz de ocultar lo preocupad que estaba. Había pasado horas revisando caminos tortuosos y bosques densos, llamando su nombre hasta que su voz se quebró, pero su hija seguía desaparecida. Había inspeccionado cada rincón conocido, desde senderos estrechos hasta claros ocultos, deteniéndose en cada lugar donde el suelo parecía perturbado o donde las ramas rotas sugerían un paso reciente. Cada grieta en el terreno y cada tronco hueco eran una posibilidad, una promesa frágil de encontrar alguna señal. Pero la realidad superaba sus esfuerzos. Era imposible buscar toda la zona. El eco de su propia voz llamando a su hija retumbaba en los rincones vacíos, mientras la desesperanza creció como una sombra, acompañando cada paso de su búsqueda. Cada arbusto revuelto y cada persona con la que se cruzaba parecían ser trampas que alimentaban su frustración. Klaus le estaba esperando en la entrada, apoyado contra el marco de la puerta, con una expresión serena que contrastaba con la tormenta que parecía arremolinarse dentro de Mayer.

—Sé que estás agotado, Mayer —dijo Klaus, levantando una mano antes de que el agente pudiera protestar—. Sólo voy a quitarte un minuto.

—Klaus, no tengo tiempo para charlas. Mi hija está ahí fuera, y cada segundo, cuenta.

—Lo sé, y créeme, quiero encontrarla tanto como tú —replicó Klaus con firmeza—. Pero necesito que mires algo antes de que sigas.

Mayer le fulminó con la mirada, pero Klaus no retrocedió. Le llevó a su despacho y le mostró aquel aparente desorden. Seleccionó unas carpetas del montón que le interesaba y se las pasó al agente. En las portadas se distinguían etiquetas desgastadas con nombres y fechas, y al abrirse, revelaban fotografías de chicas jóvenes junto a informes breves y recortes de periódico. Algunos de los recortes hablaban de desapariciones inexplicables y rumores de encuentros extraños. Las notas a mano, escritas con caligrafía apresurada, conectaban nombres y lugares, subrayando palabras como «coincidencia», «víctima» y «otra ciudad». Todo ello parecía piezas de un puzle incompleto, un misterio que esperaban resolver. Algunos de los documentos contenían detalles perturbadores: descripciones de lugares donde fueron vistas por última vez, y notas a mano sobre la falta de información. Desaparecidas. Y nada más.

—Mira estas fotos. Quiero que me digas si estas chicas se parecen a tu hija.

Con un bufido, Mayer agarró la primera carpeta y comenzó a hojear. Luego otra. Y otra. Las imágenes eran de chicas jóvenes, todas con una apariencia inquietantemente similar: cabello oscuro, ojos claros y una expresión serena, casi etérea. Pasaron unos segundos antes de que levantara la vista hacia Klaus, incrédulo.

—¿De dónde sacaste esto? —preguntó, con el tono cargado de sospecha.

—De desapariciones —respondió Klaus, cruzando los brazos—. ¿Se parecen a tu hija?

—Sí, sí lo hacen —admitió Mayer a regañadientes, dejando caer la carpeta sobre la mesa—. Pero no entiendo qué tiene que ver esto con ella.

Klaus respiró hondo. Su mandíbula estaba tensada, y sus manos se aferraban al borde de la mesa, como si intentara contener una ola de emociones. Su voz se volvió más baja, cargada de una intensidad que reflejaba la vorágine de sus pensamientos. Bajó la voz antes de continuar.

—Mayer, no creo que esto sean simples desapariciones. Tengo una corazonada. Esto tiene un patrón. Y si estoy en lo cierto, no estamos lidiando con un secuestrador común. Puede que tengamos a un asesino en serie en nuestras manos.

El aire pareció congelarse entre ambos hombres. Mayer apretó los puños. Sus nudillos

comenzaron a blanquearse por la tensión, mientras Klaus mantenía una postura inmóvil, con la mirada fija como si tratara de penetrar las dudas de su interlocutor. Mayer le miró como si hubiera perdido la cabeza.

—¿Un asesino en serie? ¿Qué demonios estás diciendo, Klaus?

—Piensa en ello —insistió Klaus, señalando las carpetas—. Todas estas chicas desaparecieron en circunstancias similares. Todas tienen la misma edad aproximada, y físicamente muestran muchas similitudes. La chica que sacamos del lago el otro día, comparte las mismas características.

—¿El lago? —repitió Mayer, todavía incrédulo.

—Gracias por tu tiempo Mayer, eso es todo. Sal a buscar a tu hija. Yo seguiré con esta corazonada.

El agente abandonó el despacho lleno de dudas. Temblaba. Klaus no es que fuera un hombre muy sutil, pero cumplía. Si tenía razón, no volvería a ver a su hija con vida.

El inspector salió de su despacho y llamó a Hans.

—Necesito un equipo de buzos que registre cada rincón de ese lago, y a todos los agentes disponibles para peinar la zona. Me temo que la chica que apareció el otro día no será la única. Cada minuto cuenta. Si estoy equivocado, entonces hemos perdido algo de tiempo, pero si tengo razón, podríamos detener esto antes de que alguien más desaparezca.

—Eso está hecho —respondió el subinspector.

Sin perder más tiempo, Klaus tomó su radio y comenzó a dar órdenes claras y rápidas.

—Hans, tú te encargarás del operativo, necesito que coordines el despliegue en la zona norte del lago. Lleva a los nuevos reclutas y asegúrate de que cubran cada sendero. Esto no es una búsqueda cualquiera.

—Entendido. También enviaré un par de agentes para entrevistar a los pescadores locales. Quizás hayan visto algo que pueda ayudarnos.

Klaus asintió, confiando plenamente en la experiencia de Eberhart. La presencia del subinspector pareció infundir algo de orden en el caos que se avecinaba. Mayer, que no se había movido de la puerta del inspector, incapaz de digerir todo aquello, dijo:

—Me voy con el subinspector Eberhart.

—No creo que sea muy buena idea —comentó Klaus.

—No es una petición —sentenció Mayer—. Iré de una manera u otra.

Un leve movimiento de cabeza del inspector bastó para aceptar tal afirmación.

Y el operativo se puso en marcha para coordinar la búsqueda. Mientras tanto, el lago permaneció en su perpetuo silencio, reflejando el cielo como si ocultara un oscuro secreto bajo su superficie. El leve murmullo del agua, acompañado por sombras que parecían moverse bajo las olas, sugería que algo inquietante aguardaba en sus profundidades. Las aves que sobrevolaban el lugar parecían evitar el centro del lago, como si intuyeran un peligro invisible.

A medida que los agentes comenzaban a llegar con equipos y radios, el escenario cobraba vida con una mezcla de esperanza y temor. Los buzos, enfundados en sus trajes, se preparaban junto a la orilla, mientras otros agentes se dispersaban por los senderos circundantes. La tensión era palpable, y el susurro del agua se mezclaba con las voces apagadas de los hombres y mujeres que trabajaban contra el reloj, buscando respuestas en un abismo que prometía revelar más preguntas que soluciones.

XXIV - Buzos y batidas

El sol invernal se alzaba tímidamente sobre el Lago Achensee, iluminando con una luz pálida y fría el escenario de búsqueda que se extendía a su alrededor. El aire tenía un aroma fresco y cortante, impregnado de hum

edad, mientras un leve crujido provenía de las finas capas de hielo que bordeaban la orilla. A lo lejos, el susurro del agua moviéndose contrastaba con el silencio expectante de los bosques cercanos, añadiendo una inquietante serenidad al panorama. Una ligera niebla flotaba sobre las aguas, envolviendo el entorno en una atmósfera de tensión contenida. Los equipos de rescate, distribuidos de manera estratégica, se movían con una mezcla de determinación y cautela, conscientes de la importancia de cada segundo.

Los Buzos...

A la orilla del lago, los buzos se preparaban a conciencia para su descenso al agua helada. El equipo consistía en cuatro especialistas equipados con trajes secos de alta resistencia, diseñados para protegerles del frío extremo que penetraba incluso las capas más gruesas de material. Sus movimientos eran coordinados, muy bien ensayados en centenares de ocasiones, mientras revisaban cada elemento de su equipo: reguladores, aletas, linternas subacuáticas y cámaras portátiles. Cada gesto estaba cargado de concentración y profesionalismo: ajustaban con cuidado las correas de sus máscaras, probaban las linternas subacuáticas encendiéndolas y apagándolas varias veces, y verificaban el cierre hermético de sus trajes secos mientras intercambiaban breves asentimientos de confirmación. Cada acción era un paso más en su meticulosa rutina previa al descenso.

El líder del equipo, un hombre robusto y experimentado llamado Markus Gruber, daba las últimas instrucciones, con voz tan firme que cortaba el silencio matutino.

—El agua hoy está más turbia de lo que esperaba —dijo, observando las corrientes bajo la superficie—. Mantendremos la formación en abanico y nos comunicaremos cada tres minutos por las líneas de seguridad. Nada de improvisaciones. Si encuentran algo, lo reportan de inmediato.

Los demás buzos asintieron en silencio, ajustando sus máscaras y reguladores. Una de ellos, una mujer joven llamada Helene, miró hacia el lago con una mezcla de anticipación y aprensión. Había pasado un buen rato preocupada, imaginando lo que podrían encontrar bajo la superficie.

—Gruber, ¿crees que encontraremos algo? —preguntó, rompiendo el silencio con una voz cargada de duda.

Él la miró fijamente por un momento antes de responder. Su expresión era dura pero comprensiva.

—No lo sé, Helene. Pero no estamos aquí para especular. Estamos aquí para buscar. Cumpliremos las órdenes, como siempre. La verdad es que espero que no encontremos nada. Porque de lo contrario...

Con una señal de Gruber, el equipo se adentró en el agua. El sonido del lago al cerrarse sobre sus cuerpos fue absorbido por el silencio ominoso que envolvía el entorno. La niebla parecía engullirlos, dejando atrás a los observadores en tierra firme, que seguían su progreso a través de las líneas de seguridad. El frío calaba a través de sus trajes, pero los buzos avanzaban con movimientos calculados, conscientes de que cada metro recorrido podía ser crucial.

Bajo el agua, la visibilidad era limitada. Las linternas cortaban la penumbra, revelando un paisaje subacuático inquietante: ramas sumergidas que parecían garras extendidas, rocas cubiertas de algas de agua dulce y corrientes que arrastraban sedimentos. Helene sintió un leve

escalofrío que no tenía nada que ver con el frío del agua. Cada sombra que su linterna iluminaba parecía esconder un secreto, y la sensación de ser observada no la abandonaba. Markus, más curtido en estas expediciones, mantenía una expresión imperturbable, pero su respiración, controlada y profunda, revelaba su concentración extrema. Los otros buzos intercambiaban miradas ocasionales, como buscando una confirmación silenciosa de que no estaban solos en sus pensamientos. El silencio era absoluto, interrumpido sólo por el sonido de las burbujas de aire escapando de sus reguladores. Cada uno mantenía su posición en la formación, explorando con cuidado y registrando cada detalle. El lago era enorme. La tarea no era fácil.

Las batidas en tierra...

Mientras tanto, en los senderos circundantes, los equipos de búsqueda avanzaban con linternas y bastones de rastreo, explorando cada rincón del bosque cercano al lago. Los pasos de los agentes crujían sobre la nieve congelada, y sus voces se cruzaban con instrucciones cortas y llamadas para mantener la coordinación. La tensión en el aire era palpable; la esperanza se mezclaba con la incertidumbre en cada mirada que compartían.

El subinspector Hans Eberhart lideraba uno de los grupos. Estaba muy concentrado mientras revisaba un mapa que mostraba las áreas asignadas para la batida. Su experiencia era evidente en cada orden que daba, asegurándose de que todo rincón fuera inspeccionado minuciosamente.

—No quiero que nadie se desplace solo —ordenó con firmeza—. Si encuentran algo, por insignificante que parezca, reporten de inmediato.

A su lado, un joven recluta llamado Stefan caminaba con pasos apresurados, tratando de igualar el ritmo de su superior. No podía evitar sentirse intimidado por la presencia imponente de Eberhart.

—Subinspector, ¿cree que esta búsqueda nos llevará a algo concreto? —preguntó a la vez que su semblante transmitía una mezcla de curiosidad y nerviosismo.

Hans no desvió la mirada del mapa mientras respondía. Su tono era firme, pero calmado, un reflejo de su experiencia.

—No creo en corazonadas, Stefan. Pero sí creo en el trabajo metódico. Y hoy, cada detalle importa. La clave está en no pasar nada por alto.

Los agentes siguieron avanzando, peinando arbustos y revisando los recovecos de las formaciones rocosas. De vez en cuando, algún agente se detenía para examinar una rama rota o un rastro en la nieve, pero nada concreto emergía. Sin embargo, el equipo no perdía la concentración; sabían que incluso el más mínimo detalle podía ser significativo.

En una sección más densa del bosque, otro equipo encontró una zona donde la nieve estaba extrañamente compactada, como si algo pesado hubiera estado allí hace poco. Los agentes se agacharon para examinar la huella con detenimiento, usando sondas para medir la profundidad y determinar si había algo enterrado. Uno de ellos desplegó un detector de metales, cuya pantalla emitió un leve destello, pero sin señales claras de objetos metálicos. Con linternas enfocaron cada detalle, notando ligeros fragmentos de corteza en el suelo que no coincidían con los árboles circundantes. Uno de los agentes tomó fotografías detalladas mientras otro colocaba estacas para delimitar la zona y evitar que se alterara. La atmósfera se llenó de tensión, cada agente consciente de que podrían estar a punto de descubrir algo crucial. Eberhart fue llamado al lugar de inmediato, y tras una inspección minuciosa, ordenó que continuaran con el buen trabajo y con una revisión más exhaustiva. La posibilidad de una pista real encendió una chispa de energía en el equipo.

El centro de mando...

En un campamento improvisado junto a la orilla, el inspector Klaus supervisaba la operación

desde el centro de mando. Rodeado de mapas, radios y pantallas que transmitían las imágenes captadas por las cámaras de los buzos, su figura proyectaba una mezcla de autoridad y agotamiento. Cada decisión que tomaba era medida, consciente de que un error podría significar la pérdida de una oportunidad crucial.

—Equipo uno, informe de la exploración inicial —ordenó Klaus a través de la radio.

La voz de Gruber respondió, amortiguada por el ruido de las burbujas bajo el agua.

—Nada significativo hasta ahora, inspector. Continuamos explorando el sector cuatro. Las corrientes aquí son más fuertes de lo esperado.

Klaus asintió, aunque sabía que nadie podía verle. Su mirada se fijó en el monitor principal, donde las imágenes del fondo del lago aparecían en sombras confusas. Cada segundo que pasaba sin resultados aumentaba la tensión que cargaba sobre sus hombros. La incertidumbre era un mal consejero.

Detrás de él, otro agente se acercó con un informe preliminar de las batidas en tierra.

—Inspector, no hemos encontrado nada relevante en los sectores asignados. Los agentes están cubriendo el área norte.

Klaus tomó el informe sin apartar la vista de las pantallas.

—Que sigan buscando —dijo con un tono que no admitía objeciones—. No vamos a dejar ni un rincón sin explorar.

El aire en el centro de mando era denso, cargado de la anticipación de un hallazgo que parecía eludirles. Klaus intercambió una mirada con uno de los técnicos, que fruncía el ceño mientras ajustaba las imágenes en el monitor principal.

—¿Alguna mejora en la visibilidad del sector cinco? —preguntó el inspector.

El técnico negó con la cabeza.

—Nada aún, señor, pero las corrientes están afectando la transmisión. Gruber está tratando de ajustar la posición de la cámara.

Klaus asintió y luego se giró hacia un agente que entraba a toda prisa con un nuevo informe en la mano.

—¿Noticias de las batidas? —inquirió.

El agente tomó aire antes de responder.

—Un equipo encontró una zona compactada en el área norte, marcada para una revisión más profunda. Eberhart ya está allí supervisando.

—Bien —respondió Klaus, dejando escapar un leve suspiro.

Se acercó a la mesa central, apoyando las manos sobre el borde mientras sus ojos recorrían los mapas desplegados.

—Que todos sigan en alerta. Cada detalle cuenta.

Klaus respiró hondo y repasó en su cabeza las próximas acciones mientras el murmullo constante de las radios llenaba el espacio. Sabía que, aunque las probabilidades no estaban a su favor, la persistencia era su mejor herramienta. El lago y los bosques cercanos debían guardar las respuestas, y no descansaría hasta encontrarlas.

Un técnico, sentado frente a un monitor, señaló algo en la pantalla.

—Inspector, parece que hay un objeto metálico parcialmente enterrado en el sector cinco. Podría ser una pista.

Klaus se acercó de inmediato, observando la imagen con atención. Su mandíbula se tensó mientras evaluaba las posibilidades.

—Notifiquen a Gruber. Quiero confirmación visual antes de proceder —ordenó.

Mientras tanto, el ritmo frenético de las batidas en tierra continuaba. Los agentes sabían que el

tiempo era su mayor enemigo, y cada paso, cada revisión, era un intento de desafiarlo.

XXV - Thomas

El día avanzaba, y la búsqueda continuaba sin resultados. Los equipos en tierra y agua se movían con menos energía que al inicio, pero no podían permitirse bajar el ritmo. Las radios crepitaban con informes periódicos, y el murmullo constante de las voces llenaba el campamento improvisado. El inspector Klaus caminaba nervioso por el centro de mando, revisando mapas y comunicándose con los líderes de las partidas. Cada vez que intercambiaba palabras con ellos, sus respuestas oscilaban entre el respeto y la ansiedad contenida. Un técnico señaló un área en el mapa. No lograba evitar que sus manos temblasen al explicar la complejidad del terreno. Klaus asintió, manteniendo un tono calmado, aunque firme.

—Haz que el equipo de tierra cubra esa sección primero; no podemos dejar que pase desapercibido —ordenó, sin levantar la voz, pero lo suficiente para transmitir autoridad.

Al final de la sala, uno de los agentes susurró algo a otro, mirando de reojo al inspector. Klaus captó el gesto, pero lo ignoró; sabía que su agotamiento visible era un tema de conversación, aunque nadie se atreviera a mencionarlo en voz alta. Su rostro era una máscara de concentración y agotamiento, pero su postura rígida proyectaba una determinación inquebrantable.

Una llamada interrumpió el silencio del centro de mando. Era su superior. Klaus tomó la radio con un movimiento mecánico, consciente de la tensión que traería la conversación.

—Inspector, ¿algún avance? —preguntó una voz grave al otro lado de la línea.

Klaus se llevó la mano a la frente, apretándola mientras buscaba palabras que no sonaran vacías.

—Nada por el momento. Los equipos están explorando el área sur y las profundidades del lago, cerca de donde vimos el cuerpo de la joven, pero no hemos encontrado ninguna pista concluyente.

—¿Y la hija de Mayer? ¿Alguna señal?

—Ninguna. Seguimos buscándola.

El pesado silencio que siguió se sintió como una carga más sobre los hombros de Klaus antes de que su superior respondiera.

—Espero resultados pronto, inspector. Esta situación no puede prolongarse demasiado. Hay muchos recursos en juego basados en una de sus corazonadas.

Transcurrieron unos segundos de silencio hasta que el comisario volvió a hablar.

—Martín, respeto tu trabajo, pero espero que no la cagues en esto. El presidente está siguiendo el caso. ¿Lo entiendes? Te lo digo como amigo.
Y cortó la transmisión.

Klaus asintió, aunque nadie podía verlo. Bajó la radio y dejó escapar un suspiro largo. La presión sobre sus hombros era cada vez mayor. Caminó hasta la orilla del lago, justo al lugar donde habían encontrado el cuerpo de la chica unos días atrás. El agua, tranquila y reflectante, le devolvía su propio reflejo. Por un instante, se perdió en sus pensamientos.

El recuerdo llegó como una bofetada. La imagen de la joven, su cuerpo inerte y pálido, parecía superponerse con otra más dolorosa y arraigada en su memoria: el rostro de su hijo Thomas. Era como si el lago, con su quietud engañosa, se burlara de él al traer de vuelta un pasado que nunca logró superar. La forma en que la joven descansaba, abandonada por la vida, le recordó el día en que él mismo había tenido que enfrentarse a una pérdida similar. Su hijo, Thomas, le vino a la mente con una claridad casi cruel, como un eco del pasado llamándole desde las profundidades.

Era una mañana nublada cuando Klaus recibió la llamada. El oficial al otro lado de la línea

habló con cautela, pero las palabras «sobredosis» y «morgue» atravesaron la coraza de Klaus como balas. Recordó el día en que le mostraron el cuerpo de su hijo en el depósito. Cuando entró, sintió que el aire se volvía más pesado, casi irrespirable. Sus piernas temblaron, y tuvo que apoyarse en la pared para no caer. Allí estaba, con tan sólo 17 años. Un rostro sereno pero vacío. La vida apagada por una sobredosis. La visión le atravesó como un cuchillo; su pecho se contrajo, y sus manos, acostumbradas a la firmeza del trabajo policial, no podían dejar de temblar. Cada segundo en esa sala le pareció eterno, una condena que no podía eludir. Thomas había sido un buen chico, lleno de energía y risas que llenaban la casa. Pero, con el tiempo, las malas compañías y las decisiones equivocadas le llevaron por un camino oscuro.

Klaus había sido incapaz de manejar la situación. Fue duro y distante, pensando que el rigor podría salvar a su hijo. Pero ese rigor sólo había levantado muros entre ellos. Recordó las discusiones en la mesa del comedor, los portazos y las largas noches en las que Thomas no regresaba a casa. Pensó que estaba haciendo lo correcto, que ser severo le protegería. Pero el día que le vio en la morgue, con el rostro sereno y sin vida, comprendió que había fallado de la peor manera posible.

Se culpaba todos los días. Él, un inspector de policía, entrenado para proteger y salvar vidas, no había podido salvar ni siquiera a su propio hijo. La culpa le carcomía, y en el reflejo del lago vio no sólo su rostro, sino también la imagen de Thomas, con sus ojos cerrados y su semblante tranquilo, como si estuviera durmiendo. Pero era un sueño eterno, desprovisto de vida, y esa paz aparente lo atormentaba. Su cabello despeinado caía sobre la frente, y la línea de su boca, que alguna vez esbozó incontables sonrisas, ahora era un trazo sereno, pero inerte. Klaus no podía evitar imaginar los días felices en los que su hijo corría por la casa, sus risas llenando cada rincón. Ahora, todo lo que quedaba era un reflejo vago y roto que el lago devolvía con cruel nitidez. El sonido del agua parecía murmurar reproches que sólo él podía escuchar.

Un ruido en su radio interrumpió sus pensamientos. La voz del subinspector Hans Eberhart llenó el canal con un tono urgente.

—Inspector Klaus, hemos encontrado algo. Una vieja barca oculta entre la maleza, al norte del lago. Parece que fue escondida deliberadamente, pero es funcional.

Klaus tardó un momento en procesar la información antes de responder.

—¿Estás seguro de que fue intencional?

—Del todo, inspector. La maleza que la cubría es densa, pero alguien la apartó para asegurarse de que fuera accesible. Esto no es casualidad.

Klaus se enderezó. Miró hacia el campamento, donde los técnicos y agentes seguían sus tareas, y tomó la decisión.

—Ordena a todos los equipos que se concentren en esa zona. Abandonen las posiciones actuales y diríjanse al norte. Quiero un barrido completo: tierra y agua. ¡Ahora mismo!

—Entendido, inspector. Procederemos de inmediato.

La radio se apagó, dejando a Klaus sólo con el eco de sus órdenes y sus propios pensamientos. Volvió la mirada al lago, como si buscara respuestas bajo su superficie. La culpa de Thomas seguía latiendo en su pecho, pero ahora tenía algo más urgente en qué concentrarse. Con un último vistazo al agua, se dirigió al centro de mando para coordinar la nueva operación.

Este se transformó de nuevo en un hervidero de actividad. Dio instrucciones precisas a los líderes de los equipos, señalando áreas clave en los mapas y asegurándose de que todos entendieran la naturaleza de la nueva misión. Hans, que había regresado para proporcionar detalles sobre el hallazgo de la barca, describió la ubicación exacta y las condiciones del terreno.

—La barca estaba cubierta con ramas y hojas. Parece que alguien la usó hace poco, pero no

sabemos para qué. También encontramos ramas rotas, los remos protegidos y una parte del tronco marcado con un cuchillo —explicó Hans mientras señalaba una zona del mapa.

—¿Qué tipo de marca?

El subinspector le mostró unas fotos que había sacado con el móvil.

—No sabría decir. Puede que hubiera una cuerda y alguien la cortara, puede que no sea nada. Sólo que me pareció fuera de lugar.

Klaus asintió. Fijó la vista en el mapa como si pudiera desentrañar el misterio sólo con mirarlo.

—Quiero un equipo especializado analizando esa zona. Si hay algo que podamos rastrear, quiero saberlo de inmediato. Mientras tanto, los buzos deben centrarse en el área cercana a la barca. Si alguien la usó, es posible que haya algo en el agua.

Hans asintió y salió con premura para transmitir las órdenes. Klaus permaneció junto a la mesa central, con las manos apoyadas en el borde y la mirada perdida en los detalles del mapa. En su mente, las imágenes de Thomas y la joven encontrada en el lago se entrelazaban, recordándole que cada minuto perdido era una oportunidad menos para evitar otra tragedia.

Mientras el equipo se movía hacia el norte, el inspector salió del centro de mando y caminó hacia la orilla, donde el frío aire invernal le envolvió. Cerró los ojos por un momento, dejando que el sonido del agua y el crujir de la nieve bajo las botas de los agentes llenaran el vacío en su mente.

XXVI - Fuga

La noche había caído sobre el Lago Achensee, y el frío se intensificaba con cada hora que pasaba. Algunos equipos de búsqueda se rotaban, con sus miembros dirigiéndose hacia el campamento improvisado para buscar algo de calor y descanso, mientras otros se negaban a abandonar sus posiciones, tercos a pesar del agotamiento evidente. Las linternas seguían moviéndose como luciérnagas a lo largo de la orilla, cortando la oscuridad con haces de luz que exploraban cada rincón del terreno. En medio del esfuerzo colectivo, el bosque y el lago mantenían su impenetrable silencio, un testigo mudo del misterio que todos querían resolver.

Los buzos, tras horas en el agua helada, por fin salieron, obligados por el desgaste físico, más que otra cosa. Sus cuerpos sufrían el impacto de la temperatura y el esfuerzo continuo, y los superiores insistieron en que se detuvieran. A regañadientes, se quitaron los trajes mojados. Tenían la piel pálida y arrugada y sus manos temblorosas. No querían parar. Algunos se sentaron alrededor de improvisadas fogatas, intentando recuperar calor, mientras otros revisaban sus equipos con manos entumecidas. Sus rostros expresaban una mezcla de agotamiento y determinación. Había en sus miradas un rastro de incertidumbre, pero también de esperanza, como si cada pieza revisada representara un paso más hacia la solución del misterio que los mantenía allí, resistiendo el frío y la fatiga.

El murmullo de las radios llenaba el aire, entremezclándose con el crujir de las ramas bajo las botas de los agentes. Aunque los turnos cambiaban, la búsqueda no se detenía. El lago y el bosque circundante parecían guardar celosamente sus secretos, pero nadie estaba dispuesto a dejar que la noche se los llevara. En las sombras, la determinación de los agentes brillaba como las luces que portaban, avanzando paso a paso hacia una verdad esquiva.

*

En otro punto, lejos del bullicio del operativo, Sepp se encontraba en el interior de su pequeña y oscura vivienda. Con movimientos meticulosos, colocaba el cuerpo inerte de su más reciente víctima dentro de una gruesa bolsa de plástico. La tarea, que para otros podría ser monstruosa, para él era un acto cargado de precisión y significado. Cada pliegue de la bolsa, cada nudo que ataba, se realizaba con una obsesión casi reverencial. La bolsa, sellada a la perfección, contenía lo que él consideraba el punto final de esta obra. Sin vacilar, la cargó al maletero de su coche, asegurándose de que quedara oculta.

—Es la hora —murmuró para sí mismo, con una mezcla de euforia y ansiedad.

Su respiración era irregular, y sus manos, otrora firmes, temblaban al cerrar el maletero.

Encendió el motor de su vehículo y salió al camino. Mientras conducía por las serpenteantes carreteras hacia el lago, sintonizó una emisora de radio local. Una voz femenina, calmada pero firme, llenó el interior del coche.

—… y seguimos con nuestra programación habitual aquí en Radio Alpenklang. Ahora suena un clásico inolvidable de los años ochenta que, estoy segura, les traerá recuerdos maravillosos. Y no olviden enviarnos sus mensajes al programa para compartir sus historias o dedicatorias especiales. Disfruten de esta joya musical y sigan acompañándonos toda la noche.

Sepp apagó la radio con un gesto brusco. La despreocupación en la voz de la locutora chocaba con el peso de sus pensamientos, como si provinieran de mundos del todo opuestos. Mientras ella hablaba con entusiasmo sobre música y recuerdos felices, él se hundía más en la oscuridad de su realidad. Cada palabra ligera que escuchaba parecía acentuar el abismo que lo separaba de la normalidad. Era como si la voz despreocupada de la locutora burlara su desesperación, amplificando su paranoia y su sensación de estar desconectado del mundo cotidiano. Aunque la

música y las palabras no tenían conexión alguna con su situación, su mente, siempre alerta, comenzaba a llenarse de ruido: fragmentos de conversaciones pasadas, recuerdos borrosos de rostros desvanecidos, y la constante repetición de sus propios pensamientos, como un eco incesante que martillaba su conciencia. Este caos interno le envolvía, dificultándole enfocarse, mientras su paranoia crecía con cada kilómetro recorrido. Esa mezcla de paranoia y obsesión le impulsó a acelerar, como si pudiera escapar no sólo de sus perseguidores, sino de los ecos constantes de sus propios temores. A pesar de haber apagado la radio, el tono jovial de la locutora seguía resonando en su cabeza, un recordatorio cruel de una normalidad que él ya no conocía.

Al acercarse al lago, la tranquilidad que esperaba encontrar fue reemplazada por una escena completamente distinta. A lo lejos, pudo distinguir luces de linternas moviéndose entre los árboles, focos instalados cerca de la orilla y coches patrulla estacionados con sus distintivas luces apagadas, como predadores al acecho. Sepp, al ver todo aquello, redujo la velocidad. Su respiración se hizo más pesada, y el sudor frío comenzó a acumularse en su frente.

—Están buscándola… —susurró, con la mandíbula apretada.

Su respiración se volvió irregular, saliendo en jadeos cortos, mientras sus manos se aferraban con fuerza al volante. Los músculos de su cuello se tensaron, y un sudor frío comenzó a deslizarse por su sien. Sus ojos se movían con rapidez entre los espejos retrovisores y las luces a lo lejos, como si tratara de calcular todas las posibles salidas en un instante.

Su mente calculaba sus próximos pasos. No podía arriesgarse a que descubrieran lo que llevaba en el maletero. Antes de maniobrar para dar la vuelta, notó que un grupo de agentes había fijado la vista en su coche. La forma en que se detuvo había levantado sospechas. Uno de ellos se acercó a su radio y comenzó a hablar con urgencia.

—Vehículo detenido en las proximidades del sector norte. Observaremos su próxima acción.

La comunicación llegó de inmediato al inspector Klaus, quien analizaba las últimas actualizaciones en el centro de mando. Él estaba inclinado sobre un mapa, marcando áreas clave, cuando escuchó el reporte. Sus ojos se estrecharon y su mandíbula se tensó.

—Quiero que lo detengan de inmediato —ordenó Klaus, con la voz firme resonando entre los agentes presentes. Su tono no admitía dudas.

Los coches patrulla encendieron sus luces de emergencia y se lanzaron a toda velocidad hacia el vehículo sospechoso. El rugido de los motores rompió el silencio de la noche, acompañado por el eco de las sirenas que reverberaba entre los árboles. Las ruedas levantaban restos de nieve y hojas secas, mientras el destello intermitente de las luces teñía el bosque de rojo y azul, creando una escena de caos que contrastaba con la quietud que había reinado hasta ese momento. Sepp, ya con el coche en marcha y dando media vuelta, vio las luces acercándose en el retrovisor. Su corazón se disparó y, con las manos aferradas al volante, comenzaron a sudar. Aceleró todo lo que pudo. Sus neumáticos derraparon mientras tomaba una curva cerrada y se asustó, pero mantuvo el control. No podía permitirse fallar.

Por radio, los agentes informaron a Klaus del desarrollo.

—El vehículo está huyendo, inspector. Está aumentando la velocidad.

Klaus se levantó de su asiento. Entonces respondió con una certeza que heló el aire.

—Es él. Lo sé.

Los coches patrulla continuaron la persecución, con las luces iluminando el bosque como un enjambre de estrellas en movimiento. Mientras tanto, Sepp sentía el peso del momento aplastándole. Cada segundo que pasaba, cada metro que recorría, le acercaba a un desenlace que no podía controlar del todo. La caza había comenzado, y esta vez, el cazador sentía las garras del

peligro muy cerca.

XXVII - Perdido en la nieve

La noche era una cortina impenetrable que cubría las carreteras serpenteantes alrededor del Lago Achensee. Los coches patrulla avanzaban a toda velocidad, con sus luces giratorias y sirenas rompiendo el silencio del bosque. El aire frío se colaba por las ventanas entreabiertas de los vehículos policiales, mientras los agentes mantenían los ojos fijos en la carretera y sus manos tensas en los volantes. La nieve acumulada en los márgenes hacía que cada curva representara un desafío. Los conductores ajustaban sus movimientos con precisión casi instintiva. Aferraban las manos al volante mientras sus cuerpos se inclinaban con cada giro cerrado. Los rostros tensos y la mirada fija en el camino eran prueba del esfuerzo constante por mantener el control en condiciones traicioneras, mientras el bosque oscuro parecía estrecharse más alrededor de ellos, aumentando la sensación de claustrofobia y peligro.

*

Sepp conducía con los dientes apretados y las manos aferradas al volante. El sudor perlaba su frente a pesar del frío, y su respiración se había convertido en un jadeo irregular. Las curvas cerradas del camino le obligaban a reducir la velocidad, pero cada segundo perdido lo acercaba más a sus perseguidores. A través del retrovisor, las luces de los coches patrulla destellaban, pintando el interior de su vehículo con un rojo y azul intermitente que parecía burlarse de su desesperación.

Sólo un poco más —pensó, mientras giraba con brusquedad en una curva pronunciada. Las ruedas retumbaron, y sintió cómo el coche derrapaba sobre la superficie helada de la carretera. La nieve acumulada no ofrecía tracción, convirtiendo cada maniobra en un riesgo calculado. El motor rugía, mientras el eco de su aceleración resonaba entre los árboles como un grito de pánico. Sepp sintió cómo ese sonido amplificaba su ansiedad, un recordatorio constante de su huida desesperada. Cada rugido parecía retumbar en su cabeza, como si anunciara su presencia a todo el bosque. Su mandíbula se tensó aún más, mientras trataba de ignorar la sensación de que el eco lo perseguía junto con las luces de los coches patrulla.

*

En uno de los coches patrulla, el subinspector Hans Eberhart sostenía el volante con firmeza, sin apartar la vista del camino. A su lado, un agente monitoreaba la radio, transmitiendo actualizaciones al centro de mando.

—Inspector Klaus, el vehículo sospechoso acaba de tomar una curva cerrada hacia el oeste. La carretera está resbaladiza; estamos a menos de cien metros detrás.

La respuesta de Klaus llegó rápida y cortante.

—No le pierdan. Que los otros equipos bloqueen los desvíos. No puede escapar.

Eberhart asintió para sí mismo, aumentando la velocidad. Las luces de los coches patrulla se reflejaban en la nieve, proyectando sombras fugaces entre los árboles. Los agentes hablaban con rapidez por la radio, mientras sus voces parecían entrecortadas por la adrenalina.

—Sector oeste despejado, sin señales del objetivo. Continuamos en dirección norte —informó uno, a la vez que otro equipo respondía al instante:

—Recibido. Mantengan la formación; reduciremos las opciones de escape.

La tensión en las voces reflejaba la importancia de la operación, mientras el subinspector calculaba mentalmente cada curva y el tiempo que les quedaba para cerrar el cerco. El sonido de los motores y el crujir de la nieve bajo las ruedas rompían el silencio que reinaba en el bosque. Los agentes, con los nervios al límite, calculaban cada movimiento, sabiendo que un error podía significar el fracaso.

—El hielo está empezando a formar placas en el asfalto, Eberhart —advirtió el agente del asiento trasero.

—Lo sé. Mantén los ojos abiertos. No podemos darle un respiro —respondió el subinspector, mientras sus manos apretaban el volante con más fuerza.

*

Sepp sabía que no podía mantener ese ritmo por mucho más tiempo. Los destellos de las luces policiales parecían estar más cerca con cada segundo. La carretera serpenteante ofrecía pocas oportunidades para perderlos, pero entonces vio algo: un pequeño sendero que se adentraba en el bosque. Apenas visible y cubierto de ramas caídas, parecía ser su única opción.

Con un movimiento brusco, giró el volante y salió de la carretera. El coche se sacudió violentamente al entrar en el sendero. Era imposible evitar que las ramas arañaran la carrocería y que el chasis se golpeara con las raíces expuestas y con algunas piedras. Apagó las luces, confiando en la oscuridad para ocultarlo mientras maniobraba a ciegas entre los árboles. Cada metro avanzado era una batalla entre su instinto de supervivencia y el peligro constante de quedar atrapado o volcar.

Los coches patrulla continuaron por la carretera principal. Sus conductores, que luchaban contra la oscuridad y los elementos de la naturaleza, no notaron el abrupto desvío de Sepp. Uno de los agentes, sin embargo, empezó a sospechar.

—¿Viste eso? Pareció un destello entre los árboles —comentó el copiloto de uno de los patrulleros.

—Tal vez fue un reflejo de las luces. Mantén la comunicación con el resto —respondió el conductor, aunque su mirada también se dirigió durante un instante al bosque.

*

En el centro de mando, Klaus caminaba de un lado a otro frente a los equipos de comunicación que informaban en tiempo real del operativo. Su mandíbula estaba tensa, y sus manos se cerraban en puños mientras escuchaba los reportes de los agentes.

—Inspector, el vehículo ha desaparecido. Parece que hemos perdido el contacto visual —informó un agente por radio.

Klaus golpeó la mesa con el puño, embargado por la frustración. Mientras observaba los mapas, un pensamiento persistente lo asaltaba: este caso no sólo era una cacería, sino una lucha por recuperar el control y demostrar que no habría lugar para el fracaso. *No podemos permitir que se nos escape. Cada pista nos acerca al lago, y el lago guarda las respuestas* —reflexionó.

—¿Cómo es posible? Teníamos un perímetro cerrado. ¡Encuéntrenlo! —rugió, volviendo a inclinarse sobre los mapas.

Su respiración era pesada, pero su mente estaba alerta, evaluando los puntos ciegos en su estrategia.

Eberhart intentó calmar la situación desde su coche patrulla.

—Inspector, creo que tomó un desvío que no detectamos. La zona es demasiado amplia, pero podemos coordinar una búsqueda en los alrededores.

Klaus respiró hondo, tratando de recobrar la calma. Aunque la rabia seguía ardiendo en su interior, había algo que lo mantenía firme: la certeza de que el lago aún tenía secretos por revelar.

—Seguid buscando. Mandad patrullas a las carreteras principales —ordenó, aunque sabía que, con tantos hombres en el lago, disponía de pocos recursos para cubrir el área.

Lo más seguro era que ese malnacido había escapado.

*

Sepp encendió las luces del coche durante un segundo, asegurándose de que el sendero seguía

siendo transitable. Las ramas golpeaban los costados del vehículo, dejando pequeños abollones y rayones en la pintura. A medida que avanzaba, el sendero parecía estrecharse aún más, pero al final, después de lo que le parecieron horas, emergió en un diminuto camino que apenas podía sostener el peso de su coche.

El crujir de las ramas y el golpe sordo de las piedras bajo las ruedas creaban una sinfonía de tensión en la oscuridad. Para Sepp, esos sonidos parecían amplificados, reverberando en su mente como un coro de advertencias. Cada crujido y golpe era una señal que lo hacía sentir observado, como si el bosque mismo lo estuviera delatando. El eco de los ruidos le perseguía, mezclándose con su respiración agitada y el latido ensordecedor de su corazón, alimentando una paranoia que le mantenía al borde del pánico. Se detuvo por un momento, apagando el motor. Su pecho subía y bajaba con rapidez, y cada respiración parecía un eco en el silencio del bosque.

Cuando estuvo seguro de que los patrulleros no le habían seguido, encendió el motor de nuevo y condujo con cuidado entre los árboles. El coche raspó contra algunas ramas bajas, y el sonido del metal contra la corteza resonó en la quietud. Hasta que llegó a un diminuto camino que se extendía como una línea de escape hacia la seguridad.

Condujo despacio, cuidando cada maniobra, hasta que estuvo seguro de que había dejado atrás a sus perseguidores. Cuando llegó a la seguridad de su casa, detuvo el motor y se permitió un suspiro de alivio. Su cuerpo estaba agotado, pero su mente seguía corriendo, calculando los próximos pasos para evitar el desastre que sentía inminente.

En el centro de mando, Klaus seguía observando las radios. Su era frustración palpable, pero estaba decidido cobrar su presa.

—No importa cuánto corra. Encontraremos lo que buscamos en el lago. Es sólo cuestión de tiempo.

XXVIII - Dos vidas

Sepp...

La luz del día se filtraba a través de las cortinas gastadas de la pequeña casa de Sepp, proyectando débiles patrones sobre las paredes grises. El ambiente dentro era pesado, cargado de un silencio inquietante que parecía sofocar incluso sus pensamientos. Sentado en el borde de su cama, Sepp sostenía su teléfono con manos temblorosas. Tras unos segundos de duda, marcó el número de su trabajo.

—Hola, sólo llamo para avisar que hoy no iré. Tengo fiebre, creo que es algo fuerte —indicó con contenido nerviosismo. Al otro lado de la línea, apenas un murmullo de indiferencia le contestó.

—Vale, recupérate pronto —fue la respuesta desinteresada.

Colgó el teléfono y dejó escapar un suspiro. La noche anterior había sido un tormento interminable. Su mente había estado atrapada en un ciclo de reproches y desesperación, una espiral en la que cada pensamiento le arrastraba cada vez más hacia el desconcierto y la desesperación. Se reprochaba no sólo el fallo de la noche anterior, sino también la torpeza que, según él, había demostrado durante algún momento que no recordaba. *¿Cómo pude ser tan descuidado?* —se repetía. Las imágenes del lago y las luces de la policía le atormentaban, mezclándose con recuerdos de su primera víctima y el miedo paralizante que sintió entonces. Ahora, el miedo era diferente, más visceral. Era el miedo a haber perdido el control, a convertirse en alguien irrelevante incluso en su propia obra. Cada pensamiento era un cuchillo que giraba en su mente, haciendo imposible cualquier tregua. Había fallado, y ese único hecho lo consumía. El error de no haber completado su «obra» le hacía sentirse vulnerable, expuesto. El fracaso pesaba como una losa sobre su pecho, aplastando cualquier resquicio de serenidad.

Bajó al sótano. Cada paso resonaba como un eco de su frustración. Las escaleras crujían bajo su peso, y la atmósfera se volvía más densa con cada escalón. En el centro de la habitación, como un recordatorio macabro, estaba la bolsa de plástico que contenía el cadáver de la joven. El aire del sótano era denso, cargado con el olor a humedad y el leve rastro metálico que emanaba de las herramientas oxidadas alineadas contra la pared. El suelo de concreto estaba frío al tacto, con pequeñas grietas que parecían extenderse como cicatrices. Las sombras proyectadas por la tenue luz oscilaban un poco, dando al lugar una atmósfera de inquietud implacable. Y en medio de todo, la bolsa permanecía inmóvil, fría.

Se detuvo frente a ella, observándola con ojos vidriosos, como si esperara una respuesta que nunca llegaría. El silencio del sótano sólo acentuaba el caos en su mente.

—Es inútil… no tiene sentido… —susurró, apretando los puños hasta que sus uñas se clavaron en las palmas.

El impulso de detenerse, de abandonar todo, se había convertido en una certeza ineludible. Ya no podía seguir. La que había sido su razón de ser ahora era sólo un peso muerto.

*

Klaus...

Mientras tanto, al otro lugar, el inspector Klaus estacionó su coche frente a su casa. La luz de la mañana bañaba el vecindario con un brillo pálido, pero para él no era más que un fondo borroso. Había pasado dos días enteros sin dormir, y el peso del caso le arrastraba al borde del agotamiento. Se bajó del coche con movimientos lentos, siendo cada paso que daba una lucha contra la gravedad.

Abrió la puerta de su hogar y fue recibido por el aroma familiar del café que Katharina solía

preparar temprano en la mañana. Ella estaba en la cocina, sentada frente al piano que ocupaba el rincón del comedor. No estaba tocando, sólo pasaba los dedos por las teclas, como si buscara inspiración o consuelo.

—Klaus, ¿ya estás aquí? ¿Qué tal fue la noche? ¿Algo nuevo en el lago? —preguntó con cautela, dejando su mano descansar sobre el piano mientras le miraba.

Klaus no respondió. Cerró la puerta tras de sí y comenzó a desvestirse mientras caminaba hacia el dormitorio. Katharina le observó con una mezcla de preocupación y resignación, percibiendo en su andar la carga de un agotamiento que iba más allá de lo físico. La tensión en sus hombros, la rigidez de su mandíbula y la mirada perdida que evitaba cruzarse con la suya, hablaban de una tormenta interior que no lograba alcanzar. Quería tenderle una mano, pero cada gesto suyo la hacía sentir que un abismo invisible les separaba más con cada día que pasaba. Se levantó para seguirle intentando ser lo más discreta posible.

—¿Quieres que te prepare algo para comer? —ofreció, deteniéndose en el umbral de la habitación mientras Klaus sacaba ropa limpia del armario y la dejaba sobre la cama. El silencio de su esposo era abrumador, como si sus palabras chocaran contra una barrera invisible.

Klaus entró al baño sin decir una palabra. Katharina, incapaz de contener su ansiedad, se sentó en el borde de la cama, rodeándose con los brazos como si tratara de protegerse del vacío que sentía. Sus dedos jugaban con el dobladillo de su blusa mientras su mirada se clavaba en el suelo. Las lágrimas comenzaban a llenar sus ojos, pero se negaba a llorar.

Desde la ducha, el sonido del agua era lo único que rompía el silencio. Klaus, bajo el chorro caliente, cerró los ojos. La imagen de Thomas apareció en su mente, clara como el día. En sus pensamientos, el lago reflejaba no sólo su rostro, sino también el de su hijo, sereno y distante, como un eco del pasado que se negaba a desaparecer. El agua parecía murmurar su nombre, arrastrando consigo los recuerdos de risas perdidas y promesas que nunca se cumplieron. Para Klaus, el lago se había transformado en un abismo donde la memoria de Thomas permanecía atrapada, inalcanzable y eterna. Su hijo, aparecía sereno pero inalcanzable, como si el lago le hubiera reclamado también. El pensamiento le atravesó con una mezcla de dolor y resignación, una culpa que seguía creciendo cada vez que le recordaba. El agua caliente corría sobre su piel, pero no podía aliviar el frío interno que le consumía.

Cuando salió del baño, Katharina seguía en el mismo lugar, sentada en la cama y mirando al suelo. Sus hombros estaban tensos, y sus manos descansaban entrelazadas en su regazo, aferrándose a su propia fortaleza. Klaus se acostó junto a ella, sin siquiera cubrirse del todo con las mantas. Antes de que el sueño lo venciera, susurró con voz apenas audible:

—He visto a Thomas en el lago.

Katharina levantó la cabeza, sorprendida. Su expresión mezclaba incredulidad y angustia. Antes de que pudiera decir algo, Klaus ya se había quedado dormido. En su rostro aparecía marcado el cansancio y el peso de sus propios fantasmas. Las lágrimas que había contenido durante tanto tiempo comenzaron a deslizarse por sus mejillas mientras miraba a su esposo. Recordó los días en los que Klaus solía reír con Thomas en el parque, cuando su casa resonaba con vida y la música del piano. Ahora, todo eso parecía un eco lejano. El vacío en su mirada y el silencio de sus palabras eran reflejos del abismo que había crecido entre ellos, un dolor que compartían, pero no sabían cómo enfrentar juntos. Aunque su corazón estaba lleno de preguntas, sabía que la distancia entre ellos seguía creciendo como una herida abierta, imposible de cerrar.

XXIX - El fondo de las dormidas

El teléfono sonó en la mesilla de noche de Klaus, rompiendo el silencio pesado de la habitación. Con un movimiento torpe, lo tomó y atendió.

—Inspector Klaus, necesitamos que venga al lago de inmediato. Es urgente —dijo un agente al otro lado de la línea.

Klaus no esperó detalles. Se levantó deprisa, vistiendo la ropa que tenía preparada por si acaso, y salió de su casa en dirección al centro de mando. Apenas notaba el frío de la mañana; su mente estaba del todo enfocada en lo que le esperaba.

Al llegar, la tensión en el ambiente era palpable. Incluso el comisario estaba allí, un hecho que hablaba por sí mismo de la magnitud del descubrimiento. Los monitores del centro de mando mostraban imágenes en tiempo real desde las cámaras submarinas. Klaus habló por radio Markus Gruber, el jefe de los buzos que encabezaba el equipo de exploración.

—Inspector, creo que hemos encontrado lo que buscábamos —dijo con su voz grave y segura, distorsionada por la máscara de buceo. Su traje de neopreno le protegía de las frías aguas del lago, pero eran muchas las horas que permanecía allí abajo. Y su rostro estaba marcado por la concentración y la experiencia.

En las pantallas, la visibilidad no era óptima, pero los potentes focos submarinos y las cámaras de alta resolución hacían su trabajo. El fondo del lago, un paisaje inquietante de sedimentos y ramas sumergidas, se iluminaba parcialmente, revelando algo que hacía que todos los presentes contuvieran la respiración. Más de una decena de bolsas gruesas de plástico flotaban hacia arriba desde el fondo, ancladas con cables de acero y pesados lastres. Las bolsas, dispuestas en un patrón disperso, parecían seguir un orden caótico impuesto por las corrientes. Estas agitaban con suavidad los pliegues del plástico, creando la ilusión de que las bolsas respiraban bajo el agua, mientras sus sombras oscilaban en la penumbra, amplificando la sensación de inquietud. La escena era surrealista, como si los objetos estuvieran colgando desde un techo invertido. Cual candelabros que se mecen en un vaivén de misterio, testigos inertes de un macabro suceso.

Markus Gruber buceaba entre las bolsas con movimientos precisos y calculados. Sus manos enguantadas tocaban los cables de acero, asegurándose de que todo estaba bien sujeto antes de señalar a la superficie que comenzaran a levantar las bolsas. El agua alrededor de él era turbia, cargada de partículas que flotaban bajo el haz de los focos. Las sombras de las bolsas se alargaban en el fondo del lago, oscilando como si fueran espectros atrapados en un mundo suspendido.

Una de las bolsas estaba rota. La que contenía a la chica que habían encontrado días atrás. Gruber se detuvo frente a ella, fijando la mirada en los bordes desgarrados del plástico. Incluso bajo el agua, la visión de ese detalle era suficiente para hacer que su pecho se apretara. Las corrientes parecían jugar con los pliegues del plástico roto, como si intentaran revelar un secreto que el lago ya no podía guardar.

Desde la superficie, las voces en la radio eran tensas.

—Equipo de superficie, una de las bolsas está rota. Juraría que es la que corresponde al caso inicial.

—Recibido, Gruber. Continúa con la operación —respondió uno de los técnicos, esforzándose por mantener la mezcla de profesionalismo y ansiedad que compartían todos.

Gruber continuó inspeccionando las restantes, cada bolsa era una incógnita macabra. Sus movimientos eran metódicos, casi reverenciales, mientras se acercaba. Con sus manos

enguantadas, repasaba los cables que las sujetaban, asegurándose de que estuvieran en buen estado antes de proceder. Bajo el agua, donde el silencio era absoluto salvo por su propia respiración amplificada en el regulador, sentía una presión psicológica que le envolvía. Cada bolsa representaba una historia desconocida, y la certeza de lo que contenían pesaba en su mente. Una breve pausa entre inspecciones fue suficiente para que su mente le traicionara: imágenes de posibles víctimas se filtraban en su imaginación, rostros que nunca había visto, pero que ahora no podía evitar visualizar. Los haces de luz de los focos trazaban patrones inquietantes en las aguas, y cada movimiento del buzo añadía un nuevo elemento al escenario de la muerte submarina.

**

En la orilla, el agente Meyer estaba al borde del colapso. Su mirada, fija en las pantallas, no podía ocultar su desesperación. Apretaba los puños con tanta fuerza, mientras su respiración se volvía cada vez más rápida y superficial. Las imágenes de las bolsas bajo el agua parecían grabarse en su mente, alimentando un miedo visceral que no podía controlar. *¿Y si ella está ahí?* — pensaba una y otra vez, como un eco interminable. Dio un paso hacia adelante, con sus piernas temblando bajo el peso de la incertidumbre, y un leve murmullo escapó de sus labios, casi inaudible:

—Por favor... —logró murmurar a la vez que dio unos pasos hacia Klaus—. Inspector, ¿mi hija está en una de esas bolsas? Por favor, dígame algo...

Klaus le miró, pero no respondió de inmediato. Su rostro mostraba una calma controlada, pero sus ojos reflejaban otra cosa. El conocía muy bien el sentimiento de perder a un hijo. Sabía que cualquier palabra podía romper la delgada línea entre la esperanza y el abatimiento absoluto. En cambio, cogió al Meyer del hombre con firmeza sin responderle nada, y se volvió hacia el comisario, buscando aprobación antes de actuar.

El comisario, con los brazos cruzados y el ceño fruncido, asintió.

—Buen trabajo, Klaus. Ordene que saquen esas bolsas de inmediato.

Klaus tomó el radio y dio las instrucciones. En el fondo del lago, Gruber y su equipo comenzaron a coordinar el levantamiento de las bolsas. Una a una, las siniestras cargas comenzaron a emerger, rompiendo la superficie del agua como un recordatorio silencioso de los horrores que habían permanecido ocultos durante tanto tiempo.

*

La escena en la orilla era un caos contenido. Técnicos, agentes y especialistas se movían con rapidez, pero el ambiente estaba cargado de tensión y expectación. Los sonidos de las lanchas que iban y venían sin parar del lugar de la extracción, y los comandos entre los equipos, llenaban el aire, mientras las bolsas eran depositadas con sumo cuidado en la orilla, cada una de ellas un posible desenlace para las familias que esperaban respuestas.

Meyer no apartaba la vista, sus manos temblaban mientras las lágrimas comenzaban a llenar sus ojos. Dio un paso hacia adelante, como si quisiera acercarse a las bolsas, pero Klaus extendió un brazo, deteniéndolo con un gesto firme.

—Todavía no, Meyer. Necesitamos confirmación antes de que pueda acercarse.

—Inspector, no puedo esperar más. ¡Necesito saber si ella está ahí! —gritó Meyer, con un gesto quebrado por la desesperación.

Klaus, manteniendo la calma, volvió a mirar al comisario, mientras su mente procesaba cada detalle de la situación. Pensaba en la magnitud del hallazgo y en las familias que esperaban respuestas, incluyendo a Meyer. La autoridad del comisario le recordaba la presión constante de actuar con precisión, pero dentro de sí, luchaba contra el peso de la duda: *¿Y si esto no es*

suficiente? ¿Cuánto más puede ocultar este lago? —pensó. Klaus sabía que este momento sería decisivo, no sólo para el caso, sino para su propia lucha interna contra el fracaso. Con un leve asentimiento, el comisario autorizó a Klaus a proceder con las identificaciones preliminares.

En el fondo del lago, los buzos seguían trabajando con precisión. Gruber hizo una última inspección visual antes de emerger a la superficie. Con la respiración pesada mientras se quitaba la máscara, colocó su equipo en una de las lanchas y subió a bordo. Uno minutos después ya estaba en la orilla donde descansaban las bolsas que extrajeron de las entrañas del lago. Alzó la mirada y sus ojos se encontraron con los de Klaus.

—Inspector, cada una de estas bolsas contiene una víctima. Todo indica que se trata de asesinatos aislados que fueron ocultados de la misma manera —dijo con voz baja, pero firme.

Era lo que todos esperaban. Los técnicos se miraban entre sí, algunos con expresiones de incredulidad, mientras otros se apresuraban a revisar las imágenes y los reportes. Uno de los agentes más jóvenes, incapaz de contenerse, murmuró un «Dios mío» antes de volver a sus tareas. Las conversaciones en voz baja llenaron el aire, mezclándose con el zumbido constante de los monitores. Todo el espacio parecía contener la respiración, reflejando la magnitud del hallazgo. Klaus apretó los labios, consciente de que el caso acababa de tomar un giro aún más oscuro.

XXX - Prensa

Era inevitable. El hallazgo en el lago Achensee atrajo a la prensa como un imán. En cuestión de horas, las orillas se llenaron de equipos con cámaras para televisión, grabadoras de audio para la radio y fotógrafos que buscaban la mejor toma. Los agentes, al ver la llegada masiva de periodistas, intercambiaron miradas tensas, conscientes de que la situación sería casi imposible de controlar. Algunos comenzaron a levantar barreras improvisadas, mientras otros trataban de dirigir a la multitud creciente lejos de las zonas restringidas. El zumbido de los helicópteros resonaba sobre el agua, y los drones sobrevolaban la escena, ofreciendo imágenes aéreas que alimentaban los titulares de las noticias. Los periodistas gritaban preguntas, tratando de captar cualquier fragmento de información.

El comisario y Klaus, conscientes de la delicadeza del caso, caminaron con pasos firmes hacia el centro de mando. Las cámaras les seguían, y los micrófonos se extendían hacia ellos como brazos ansiosos. El comisario mantenía la mandíbula apretada, mientras Klaus miraba al frente, ignorando el caos que lo rodeaba.

—Comisario, ¿puede confirmar si se trata de un asesino en serie?

—Inspector Klaus, ¿las víctimas han sido identificadas?

—¿Se sabe cuántas bolsas fueron recuperadas del lago?

Ambos respondieron con la misma frase:

—Sin comentarios.

El comisario, con una expresión pétrea, siguió avanzando sin detenerse. Klaus, por su parte, apretaba los labios y mantenía la vista al frente, ignorando los destellos de los flashes que intentaban captar su reacción. Cada paso que daban era una lucha contra el ruido ensordecedor de las preguntas y los clics de las cámaras. A su alrededor, los agentes trataban de contener a la prensa, que se acercaba al perímetro establecido. Algunos intentaban calmar a los periodistas con explicaciones vagas, mientras otros levantaban las manos en un intento de frenar la avalancha de cámaras y micrófonos que se extendían como armas. Las voces de los agentes se mezclaban con las preguntas insistentes de los reporteros, creando un caos sonoro que dificultaba cualquier comunicación efectiva. Un agente incluso tuvo que apartar a un camarógrafo que cruzó la línea de seguridad, mientras otro gritaba órdenes para reforzar las barreras.

En el centro de mando, la tensión era palpable. Los técnicos y agentes trabajaban con rapidez para proteger la información sensible del caso. Las pantallas mostraban imágenes del fondo del lago, las bolsas y los avances en las identificaciones preliminares. Afuera, los helicópteros continuaban rondando, intentando captar imágenes desde el aire. Algunos periodistas lograron instalar equipos en embarcaciones cercanas, buscando una perspectiva más clara del área restringida.

—Necesitamos reforzar el perímetro. Esto es un circo —dijo un agente mientras observaba la escena desde la ventana del centro de mando.

—Hazlo ahora. No quiero que ninguna información sensible llegue a manos equivocadas —respondió Klaus, su voz firme pero cansada.

*

Sepp...

Mientras tanto, Sepp estaba en su pequeña sala de estar, observando las noticias en un televisor de pantalla pequeña. Las imágenes de las bolsas siendo extraídas del lago y los titulares en negrita le llenaban de una mezcla de ira y desesperación. Las tomas de los helicópteros y los drones sobrevolando el área mostraban la magnitud del operativo, amplificando su sensación de

pérdida. Sus manos temblaban mientras sostenía un vaso de agua que no recordaba haber llenado.

—Lo han destruido… —murmuró.

Para él, el lago era más que un lugar. Era el repositorio de su obra, un espacio donde cada bolsa representaba una pieza de su legado. Ver cómo todo aquello era desmantelado, expuesto a los ojos del público, lo hacía sentirse desnudo, vulnerable. Las palabras de los reporteros eran un recordatorio cruel de que todo había terminado.

—El hallazgo en el lago Achensee podría ser uno de los casos más oscuros en la historia del país.

—Las autoridades han recuperado múltiples cuerpos y están trabajando para identificarlos.

Sepp apagó el televisor con un gesto brusco, pero las imágenes permanecían en su mente. Visualizaba las bolsas siendo extraídas del lago, su plástico oscuro reflejando las luces de los focos, mientras los agentes las manipulaban con cuidado. Las tomas aéreas de los helicópteros mostraban las bolsas alineadas en la orilla, un espectáculo que para él era grotesco y humillante. En su mente, cada bolsa se transformaba en un trofeo que ya no le pertenecía, sino en un símbolo de su derrota expuesto al escrutinio de miles de ojos. Su mente estaba en caos. Cada palabra de los reporteros era como un clavo en el ataúd de su anonimato, un recordatorio de que su secreto había sido desenterrado. Se llevó las manos al rostro, respirando con dificultad. La rabia hervía bajo la superficie, mezclada con una sensación de derrota que nunca antes había experimentado.

Su mirada recorrió la habitación. Los muebles gastados, las cortinas descoloridas y el televisor apagado parecían formar parte de una jaula que le asfixiaba, reflejando la desolación de su propia mente. Cada objeto parecía un eco de su fracaso, una prueba tangible de cómo su mundo cuidadosamente construido se desmoronaba. En ese entorno sofocante, sentía que las paredes se cerraban a su alrededor, intensificando su impotencia. Pensó en el lago, en las noches silenciosas en las que su «obra» descansaba, invisible para todos. Ahora, todo estaba perdido.

—Malditos… lo han arruinado todo… —dijo mientras su mirada vagaba por todas partes.

Se levantó, dejando el vaso en la mesa, y comenzó a caminar de un lado a otro. Su mente no dejaba de proyectar imágenes de su legado siendo destruido, de las bolsas siendo abiertas, de los reporteros llenando sus transmisiones con detalles morbosos. Cada paso que daba era una lucha entre la ira y el miedo.

—No debí haber dejado que esto pasara… —murmuró para sí mismo, con los dientes apretados.

Un rato más tarde, se detuvo frente a la ventana. La luz del día apenas entraba en la habitación, pero para él, todo parecía envuelto en sombras. Su mente, atrapada entre la rabia y el miedo, trazaba posibles caminos. Pensaba en cómo recuperar lo que consideraba suyo, en cómo evitar que su legado se convirtiera en un espectáculo público. *No pueden destruirme así* —se repetía una y otra vez. Sus puños apretados temblaban, no solo por la ira, sino también por una determinación oscura que empezaba a tomar forma. Sabía que seguir sus impulsos podría ser su ruina, pero también que quedarse quieto era una condena. Mientras observaba por la ventana, el germen de una idea comenzó a crecer, un plan que aún no podía verbalizar, pero que latía con fuerza en su mente. Apretó los puños y respiró con la intención de sosegarse. De centrarse. De recuperar el control. En ese momento, supo que nada volvería a ser como antes. Pero también entendió algo más: aún no había terminado. Dentro de su mente, algo comenzaba a formarse, un pensamiento oscuro y persistente que se negaba a ser ignorado.

Mientras tanto, Sepp descendió al sótano, donde la penumbra y el aire viciado parecían reflejar su estado mental. Allí, en el centro de la habitación, estaba la bolsa con el cadáver de la

chica. Se quedó inmóvil por un momento, observándola como si esperara que le diera una respuesta. Su mente estaba atrapada entre el miedo y la frustración. ¿Debería deshacerse de ella de inmediato? ¿Podría encontrar un lugar donde esconderla lejos del lago? Pero cada plan que trazaba se desmoronaba ante el peso de su paranoia. El sótano, con sus sombras oscilantes y su atmósfera opresiva, se sentía más como una celda que como un refugio. Entre dudas, dio un paso hacia la bolsa y murmuró para sí mismo:

—Esto no puede seguir así...

XXXI - Leonard Weiss

Klaus llegó a la comisaría después de otra noche sin apenas descanso. Las luces fluorescentes le quemaban los ojos, y el zumbido constante de los teléfonos resonaba como un martillo en su mente. Sentía sus hombros pesados, cada paso un esfuerzo, mientras un dolor sordo le pulsaba en las sienes. La falta de sueño lo hacía más consciente del peso de su abrigo, del leve crujido de sus botas al avanzar por el pasillo y de la tensión que se acumulaba en su mandíbula. Leonard Weiss había llegado de Estados Unidos y esperaba en una de las oficinas, sentado con las manos entrelazadas sobre las rodillas. Era un hombre joven, de no más de treinta años, con un aire elegante que contrastaba con su expresión de angustia.

Klaus entró y cerró la puerta tras de sí. Leonard se levantó de inmediato, extendiendo una mano que el inspector tomó con firmeza. Su apretón era breve y nervioso, acompañado por una postura rígida que traicionaba su ansiedad. Klaus notó cómo los dedos de Leonard temblaban antes de soltarse, un reflejo de la preocupación que parecía consumirlo.

—Señor Weiss, gracias por venir de tan lejos —dijo Klaus, indicando con un gesto que se sentara de nuevo.

—Inspector, lo único que sé es que mis padres fueron asesinados. Por favor, dígame qué ocurrió —pidió Leonard.

Klaus se sentó frente a él, con una carpeta en la mano. La abrió con cuidado y sacó un par de fotografías. Las colocó sobre la mesa, girándolas para que Leonard pudiera verlas. En las imágenes, los cuerpos de sus padres estaban claramente decapitados, una visión brutal que le arrancó un jadeo. Su rostro perdió todo color, y sus manos se alzaron temblorosas hacia su boca como si intentaran contener un grito. Su respiración se volvió entrecortada, y su cuerpo se tensó como si esperara que las imágenes desaparecieran si las miraba lo suficiente. El horror en sus ojos era inconfundible, una mezcla de incredulidad y un dolor profundo que no podía procesar de inmediato.

Leonard llevó las manos a la boca, mientras horrorizado miraba las fotos.

—No... no puede ser —murmuró—. ¿Quién les hizo esto?

Klaus observó su reacción con atención. No había rastro de disimulo en su expresión; su consternación era genuina.

—Lo sentimos mucho, señor Weiss. Sabemos que esto es difícil de ver, pero necesitamos toda la información posible para encontrar al responsable.

Leonard respiró hondo.

—Yo... no sé qué decir. ¿Han encontrado algo? ¿Algún indicio? Mis padres no tenían enemigos, eran personas normales.

Klaus asintió, cerrando la carpeta y dejándola a un lado.

—Estamos explorando todas las posibilidades. Por el momento, su coartada está clara. Tenemos registros de su llegada y salida de Estados Unidos, y no hay evidencia que sugiera que estuvo aquí durante los incidentes. No creemos que esté relacionado con estos crímenes.

Leonard asintió a la vez que su mirada permanecía perdida en la mesa.

—Quiero ir a su casa. Necesito ver el lugar donde vivían, donde... donde ocurrió esto —solicitó Leonard.

Klaus negó con la cabeza.

—Hoy no será posible. La casa sigue siendo parte de la escena del crimen, y hay procesos que debemos completar antes de permitir el acceso. Mañana le acompañaré personalmente.

Leonard parecía querer protestar, pero asintió. Sus hombros se hundieron, y sus manos

cayeron inertes sobre su regazo. Su mirada evitaba la de Klaus, enfocándose en un punto indefinido en la mesa, como si buscara fuerzas en el vacío. Cada movimiento de su cuerpo reflejaba una resignación profunda, mientras su respiración pausada intentaba mantener el control sobre una tormenta emocional evidente.

—De momento, lo que puede hacer es ir a la morgue y firmar los papeles necesarios para proceder con el entierro o la incineración. Sé que esto es mucho para procesar, pero necesitamos cerrar estos procedimientos administrativos cuanto antes.

Leonard tragó saliva.

—Entendido... Lo haré.

Klaus se levantó, extendiendo una mano hacia Leonard, quien la tomó un tanto desorientado. Mientras lo hacía, Klaus no pudo evitar preguntarse cuánto dolor podía soportar alguien antes de quebrarse. *Este hombre ha perdido todo en un instante* —pensó. Y aunque sabía que Leonard no tenía relación con el crimen, la tragedia parecía haberlo envuelto de una manera que lo hacía parecer aún más frágil.

—Lamento mucho su pérdida, señor Weiss. Haremos todo lo posible por encontrar a los responsables.

Leonard asintió antes de salir de la oficina. Sus pasos resonaron en el pasillo mientras se dirigía a cumplir con las instrucciones de Klaus. El inspector observó cómo desaparecía, preguntándose cuánto más podía complicarse aquel caso.

XXXII - No puedo parar

Sepp estaba en su trabajo, limpiando y recogiendo como cualquier otro día. El centro comercial, bullicioso y lleno de vida, parecía un mundo alejado del caos interior que le consumía. Mientras las risas y las conversaciones llenaban el aire, él se movía en silencio, como un espectador invisible. Cada carcajada y cada sonido de bolsas al chocar lo apartaban más de la realidad compartida de los demás. Su calma superficial era un reflejo frágil, una fachada que ocultaba la tormenta que rugía bajo su apariencia tranquila. Pasaba la fregona sobre los azulejos del pasillo principal, sus movimientos mecánicos contrastando con la tormenta que rugía en su mente.

Los compradores iban y venían, cargando bolsas, deteniéndose frente a escaparates, hablando entre ellos o en sus teléfonos móviles. Las familias paseaban con sus hijos, y los adolescentes reían mientras se reunían en grupos cerca de las tiendas de ropa. Los aromas de comida rápida y café recién hecho flotaban en el aire, mezclándose con el sonido constante de las conversaciones y la música ambiental del centro comercial.

Sepp observaba todo en silencio. Intentaba ignorar las miradas fugaces que le lanzaban algunos compradores mientras trabajaba. Su mente, sin embargo, no estaba allí. Desde el hallazgo en el lago, había intentado convencerse de que debía parar. Las imágenes de las bolsas emergiendo del agua y los titulares de las noticias se repetían en su mente como un eco implacable. Había demasiado revuelo, demasiadas cámaras, demasiados ojos atentos. La idea de que su obra, su secreto más oscuro, fuera expuesto a la mirada pública lo atormentaba. Sabía que cualquier paso en falso lo podría llevar a su final. Sabía que cualquier paso en falso lo podría llevar a su final.

Ya no es seguro —pensaba, mientras pasaba la fregona por un rincón cerca de una tienda de electrónica. *Todo está bajo el foco. Si lo intento de nuevo, me atraparán.* Pero esa voz interna que le instaba a detenerse estaba siendo desafiada por otra, más persistente, más oscura.

—No necesitas hacerlo más —se decía a sí mismo—. Ya has hecho suficiente. Es peligroso, y lo sabes.

Pero al mismo tiempo, otra parte de su mente lo empujaba con fuerza.

—¿Suficiente? ¿Cómo puedes pensar que esto ha terminado? Es tu propósito, tu obra. No puedes abandonarla ahora.

Sepp se detuvo un momento, apoyándose en el mango de la fregona. Miró hacia el suelo, observando el reflejo borroso de las luces del techo sobre el azulejo húmedo. En ese instante, el contraste entre el brillo artificial y la opacidad de su interior se hizo evidente. Cada resplandor parecía burlarse de su incertidumbre, reflejando el conflicto que le paralizaba: una batalla constante entre la necesidad de detenerse y la imposibilidad de escapar de su propia oscuridad.

—Es estúpido —susurró entre dientes—. Si continúo, me atraparán. Todo está en mi contra.

—¿Y si lo haces de manera perfecta? Una última vez, como debe ser. Una princesa más. Una Blancanieves más.

El sonido de las risas de un grupo cercano lo sacó durante un momento de sus pensamientos. Miró hacia ellos, observando a tres chicas jóvenes que pasaban frente a una tienda de ropa. Llevaban bolsas grandes y hablaban entre ellas muy animadas. Una tenía el cabello oscuro y largo, y algo en su risa le resultó hipnotizante. Sepp apartó la mirada con premura, apretando los labios.

*

El centro comercial estaba lleno de vida. Las tiendas de ropa exhibían maniquíes con atuendos

de la temporada, y los escaparates brillaban bajo las luces blancas. Los niños correteaban por los pasillos mientras los padres trataban de mantenerlos bajo control. En el patio de comidas, la gente se sentaba a comer hamburguesas y pizzas, con el aroma de grasa y especias llenando el aire.

De vez en cuando los anuncios por los altavoces interrumpían la música ambiental, promocionando descuentos y nuevos productos. Para Sepp, esas voces parecían vacías, ajenas a la realidad que experimentaba. Cada frase publicitaria le sonaba distante, como si proviniera de un mundo al que ya no pertenecía, aumentando su sensación de desconexión y aislamiento en medio del bullicio. Una pareja mayor se tomaba de la mano mientras paseaba frente a una tienda de electrodomésticos. Una madre luchaba por meter a su hijo pequeño en un cochecito mientras este gritaba. Todo parecía tan ordinario, tan mundano, y sin embargo, Sepp se sentía como un espectador en un mundo al que no pertenecía.

Justo cuando pensaba que podría controlar sus impulsos, la vio. Era otra chica, de cabello oscuro y piel pálida. Caminaba sola, sosteniendo una bolsa pequeña de una tienda de cosméticos. Sus movimientos eran gráciles, y su expresión tranquila le recordó a las otras. Era, para él, otra princesa, otra Blancanieves.

Sepp sintió cómo su respiración se aceleraba. El sonido del centro comercial se desvaneció, reemplazado por un latido constante que retumbaba en sus oídos, como si el mundo se hubiera comprimido en el interior de su pecho. Cada aroma, cada movimiento a su alrededor se difuminaba, dejando sólo el eco persistente de sus propios pensamientos. Sentía el calor subir por su cuello y la tensión en sus músculos, mientras la imagen de la chica llenaba su mente con una claridad que le resultaba insoportable. La oscuridad dentro de él, que había intentado reprimir, se agitó con violencia, reclamando su atención.

Es ella —pensó—. *Otra pieza. Otra obra perfecta.*

Intentó apartar la mirada, intentó convencerse de que debía dejarla pasar, pero sus pies permanecieron anclados al suelo. Su obsesión, esa fuerza implacable que lo había gobernado por tanto tiempo, regresó con una intensidad que no podía ignorar.

El mango de la fregona crujió bajo la presión de sus manos. Sus labios murmuraron palabras ininteligibles mientras la seguía con la mirada, y en su mente, ya comenzaba a formar un plan.

XXXIII - La sala fría

La sala estaba impregnada de un frío penetrante que mordía la piel, incluso con las batas que llevaban los presentes. Era un espacio amplio, diseñado específicamente para este tipo de análisis forense, con una hilera de camas de metal alineadas a lo largo de las paredes, dispuestas de manera que permitieran a los forenses trabajar con comodidad alrededor de cada cuerpo. Las camas estaban separadas por suficiente espacio para colocar bandejas con herramientas y documentos de análisis, creando una distribución que optimizaba el flujo de trabajo mientras mantenía un orden casi quirúrgico. Cada sección parecía pensada para un propósito específico, reflejando la precisión y la gravedad de la tarea que allí se realizaba. Cada cama sostenía un cuerpo cubierto en parte con sábanas blancas, dejando al descubierto lo necesario para los análisis. Los aparatos de refrigeración emitían un zumbido constante, manteniendo la temperatura baja para preservar los restos. El vaho se condensaba en algunas superficies metálicas, un recordatorio tangible del ambiente gélido.

En las mesas de trabajo, los médicos forenses manipulaban muestras con precisión. Era un espectáculo digno de ver, aunque macabro, ver sus manos enguantadas moviéndose con eficiencia quirúrgica. Bandejas de instrumentos de todo tipo relucían bajo las luces intensas del techo, mientras pequeñas etiquetas marcadas con códigos identificaban las pertenencias y restos asociados a cada víctima. Todo estaba catalogado con detalle: desde las prendas desgastadas hasta fragmentos de objetos encontrados con los cuerpos.

El aire estaba cargado con el olor metálico del frío y la estéril fragancia de los productos desinfectantes. Los sonidos eran mínimos: el zumbido de las máquinas, el chasquido de guantes al ajustarse, el suave raspar de herramientas contra bandejas metálicas y el murmullo apagado de los forenses intercambiando notas. Las luces blancas del techo iluminaban cada detalle, desde los rostros serios de los forenses hasta los cuerpos inertes que contaban historias silenciadas por el tiempo y el agua.

*

En un rincón de la sala, el agente Meyer observaba el trabajo con una mezcla de preocupación y esperanza. Sus ojos, enrojecidos por la falta de sueño, se movían entre las camas como si buscaran una señal que confirmara sus peores temores o que le librara de ellos. Su postura era rígida, con los hombros encorvados hacia adelante, como si el peso de la incertidumbre fuera una carga física. Cada tanto, levantaba una mano para frotarse la nuca, un gesto automático que parecía intentar aliviar la presión acumulada en su cabeza. Su respiración era profunda, pero inestable, y sus labios apretados mostraban el esfuerzo por contener cualquier muestra de debilidad. Su hija no estaba entre las víctimas encontradas, pero eso no aliviaba del todo su angustia. Los dedos de una de sus manos tamborileaban sobre el borde de la mesa en la que estaba apoyado, mientras la otra se cerraba y abría con rapidez, como si buscara algo a qué aferrarse. Miraba los cuerpos cubiertos con sábanas, intentando no imaginar la peor posibilidad.

—Todavía puede estar viva —murmuró para sí mismo.

Estaba aliviado y desesperado a la vez.

Era un pensamiento que le mantenía en pie, pero que también le llenaba de un miedo constante. Cada cuerpo identificado era una respuesta para alguien, pero también una pregunta sin respuesta para él. En su mente, repasaba cada detalle del día en que su hija desapareció, buscando alguna señal que hubiera pasado por alto.

Un técnico pasó cerca de él llevando un informe y, por un momento, Meyer pensó en preguntar algo, cualquier cosa, para calmar la inquietud que le consumía. Pero no lo hizo.

Permaneció en silencio, atrapado entre la necesidad de saber y el terror a la verdad.

*

El subinspector Eberhart se acercó a Klaus, quien caminaba despacio por la sala, observando cada detalle con atención. Hans, con una carpeta en la mano, parecía preocupado, reflejando la frustración del equipo. Sostenía el documento con fuerza, como si quisiera descargar parte de su tensión en el papel. Dentro de la carpeta, los informes incompletos y fotografías se mezclaban con apresuradas notas escritas a mano, una evidencia de los esfuerzos que hasta ahora no habían dado frutos.

—Inspector, seguimos sin tener nada claro. Los médicos están avanzando en la identificación de las víctimas. Una vez que tengamos nombres, procederemos a contactar con las familias. Pero por ahora... —hizo una pausa, bajando la voz—. No tenemos nada.

Klaus asintió con un gesto breve, pero no contestó. Su mirada permanecía fija en las camas metálicas.

—Avísame en cuanto tengan algo —dijo sin titubear.

Hans asintió antes de alejarse para supervisar otros aspectos del operativo. Sus pasos resonaron en el suelo frío antes de perderse en el murmullo de la sala.

Klaus continuó caminando alrededor de las camas, deteniéndose frente a cada cuerpo. Había algo que no podía ignorar, algo que le perseguía desde que comenzaron a extraer los cuerpos del lago: las similitudes entre las víctimas. Todas ellas eran jóvenes, de rasgos delicados, piel pálida y cabello oscuro. Eran demasiado parecidas como para ser una coincidencia. La elección no parecía casual; había un patrón deliberado, un macabro criterio que conectaba a todas las chicas.

Se inclinó para observar más de cerca el rostro de una de las chicas. Restos de maquillaje aún eran visibles, detalles conservados por el frío del fondo del lago. Klaus notó cómo el rímel seguía delineando con precisión los ojos cerrados y el labial, aunque desvaído, aún marcaba un trazo tenue sobre los labios. Era un contraste perturbador, como si alguien hubiera querido congelar una apariencia idealizada en el tiempo. *Esto no es casual* —pensó Klaus. Analizando cómo esos restos podrían ser una clave más en el patrón orquestado del asesino. La delicadeza del delineador en los ojos y el rastro en los labios, le resultaban extrañamente perturbadores. Era como si alguien hubiera querido mantenerlas perfectas, incluso en la muerte. Algunas llevaban pequeños accesorios aún visibles: un anillo en un dedo hinchado, un broche en el cabello endurecido por el agua helada. Y diademas con un lazo. Todas llevaban una diadema roja con un lazo enorme.

El frío había jugado un papel inesperado, preservando detalles que de otro modo se habrían perdido. Algunas de las víctimas llevaban más de un año en el lago, y aun así, el tiempo no había borrado del todo las señales de su identidad.

El zumbido de las máquinas continuaba llenando el silencio, mientras seguía observando, buscando respuestas en el helado abismo de la sala fría. Pasó junto a una de las mesas donde un médico forense analizaba un fragmento de tela extraído de uno de los cuerpos.

—¿Algo significativo? —preguntó Klaus, deteniéndose durante un instante.

—Nada concluyente aún, inspector. Pero parece que la tela proviene de un vestido confeccionado a medida. Podría ser un detalle importante para identificar a una de las chicas —respondió el médico, sin apartar la vista del microscopio. —O puede que nada.

Klaus asintió y siguió caminando. En su mente, las similitudes entre las víctimas empezaban a tomar forma como un mensaje sin descifrar. *¿Quién haría esto? ¿Y por qué?* —pensaba. El ruido constante de las máquinas y las voces bajas de los forenses creaban una atmósfera casi irreal, como si la sala existiera en un espacio suspendido, ajeno al mundo exterior.

En un rincón, Meyer seguía en su lugar, ahora inmóvil, con los ojos cerrados y los labios moviéndose en un murmullo que nadie más podía escuchar.

—Por favor, que esté bien... que esté bien... —repetía en silencio, como un mantra dirigido al universo.

Su mente alternaba entre imágenes de su hija sonriente y el terror de imaginarla en una de esas camas, mientras una desesperada esperanza le mantenía de pie, luchando por no derrumbarse frente a todos. Klaus le observó por un momento antes de volver su atención a las camas. Había demasiadas preguntas y muy pocas respuestas, pero sabía que cada detalle era crucial. La verdad, por más oscura que fuera, estaba allí, esperando ser revelada en la sala fría.

De repente, un agenté entró y se acercó a Klaus.

—Inspector, fuera están esperando algunos periodistas. Están esperando una declaración.

Permaneció pensativo. Ahora no tenía tiempo para lidiar con los buitres de la información.

—Busca al subinspector y dile que quiero hablar con él.

El agente se fue y a los pocos minutos apareció Hans.

—¿Me has llamado?

—Quiero que vayas y que hables con los medios. Diles lo menos posible. Ya sabes como va esto —aseveró Klaus.

—¿Y quieres que vaya yo?

—Lo harás muy bien. Tienes mejor cara que yo.

—Como quieras —respondió Hans y se dirigió hacia la puerta.

XXXIV - Venganza

El centro comercial seguía tan bullicioso como siempre. El eco de las conversaciones, los pasos apresurados y la música ambiental llenaban el espacio con una energía constante que parecía no tener fin. Pero para Sepp, todo ese ruido era sólo un telón de fondo para su rabia creciente.

Desde la esquina donde trabajaba, fregando el suelo cerca de una tienda de ropa, lo vio. El subinspector Hans Eberhart estaba en el centro del atrio principal, rodeado de un pequeño grupo de personas que claramente eran de la comisaría. Había algo en su postura, en la manera en que hablaba con confianza, que hizo que la sangre de Sepp hirviera.

Hans sostenía una carpeta y hablaba en voz baja, pero su expresión era seria. Para Sepp, esa seriedad parecía una declaración silenciosa de autoridad, una actitud que le desafiaba. Cada movimiento del subinspector con la carpeta, cada gesto deliberado, le parecía cargado de intención, como si estuviera proclamando su control sobre lo que Sepp consideraba suyo. No podía escuchar lo que decía, pero sabía, con un instinto visceral, que estaba relacionado con él. Con su obra. Con lo que habían encontrado en el lago. Apretó el mango de su fregona. Sus dedos se clavaron en la madera mientras sus pensamientos se desbordaban.

Él fue quien lo destruyó todo —pensó, inundado por la ira—. *Él se lo llevó todo. Mi trabajo, mi legado. Lo convirtieron en un espectáculo para las cámaras.*

Sepp sentía que el ruido del centro comercial se desvanecía, quedando reducido a un zumbido distante que ya no significaba nada. Todo lo que podía ver era al subinspector, moviéndose entre sus colegas con una presencia que parecía dominar el espacio. Para él, el entorno comenzó a difuminarse, como si el mundo se concentrara en la figura de Hans. Las luces del centro comercial parecían más tenues, los colores más apagados, mientras su obsesión lo absorbía por completo. Cada gesto de Hans, cada leve movimiento, se magnificaba en su mente, como si fuera una provocación calculada. Cada gesto de Hans parecía una burla que hacía que el corazón de Sepp latiera con furia.

En su mente, la imagen de las bolsas siendo sacadas del lago se mezclaba con la escena frente a él. Recordaba los flashes de las cámaras, los titulares que habían invadido los noticieros. Ahora, ese hombre estaba allí, explicando algo sobre los hallazgos como si fuera el dueño de la verdad, como si lo comprendiera todo.

—No saben nada —murmuró Sepp entre dientes—. No saben lo que significa. No saben lo que he creado.

Su respiración se aceleró mientras seguía observando a Hans. La fregona en su mano se convirtió en un objeto olvidado, un peso que no notaba mientras su mente trabajaba ahogándose en el odio.

Por primera vez en días, Sepp sintió algo más allá de la desesperación y el vacío. Era una claridad inquietante, una chispa oscura que se encendió en su interior. Pensamientos fragmentados comenzaron a tomar forma, llenos de reproches hacia quienes habían arruinado su trabajo y un deseo ferviente de recuperar el control. *No puedo dejar que me roben esto* —pensó —. La claridad no era calma, sino un torrente de ideas caóticas que lo empujaban hacia un propósito renovado, una obsesión que no podía ignorar ni detener. Si ese hombre era quien había destruido su obra, entonces él se aseguraría de que pagara por ello.

XXXV - Dos casos

El sol de la mañana iluminaba con suavidad la fachada de la casa de los Weiss. Klaus estacionó el coche frente a la entrada y bajó junto a Leopold, quien caminaba con pasos inseguros hacia la puerta. La llave giró en la cerradura con un sonido seco, y ambos entraron en el interior de lo que alguna vez había sido un hogar lleno de vida.

Leopold miró a su alrededor. Con la mirada recorrió cada rincón de la sala. Había un silencio opresivo, roto sólo por el crujido ocasional de la madera bajo sus pies. Las fotos enmarcadas en las repisas mostraban sonrisas congeladas en el tiempo, recuerdos de días mejores. Cada objeto parecía estar en el mismo lugar donde sus padres lo habían dejado, como si el tiempo se hubiera detenido de repente.

No fue hacia las fotos hacia donde Leopold dirigió su atención, sino hacia una vitrina en la esquina de la sala. Dentro de la vitrina estaba la colección de bolas de cristal. Algunas contenían pequeñas escenas invernales, otras paisajes idílicos, todas brillando bajo el tenue rayo de luz que se filtraba por la ventana. Leopold se acercó a ellas, con la intención de tocar el frío cristal. Se detuvo frente a una bola en particular, que mostraba un castillo rodeado de copos de nieve que caían al agitarla. Un sollozo escapó de su garganta, y las lágrimas comenzaron a rodar por sus mejillas.

Klaus, de pie junto a la entrada, observaba con discreción. Leopold giró la cabeza de reojo, y por un instante, sus miradas casi se encontraron. Klaus apartó la vista, fingiendo examinar algo en la pared, pero no pudo evitar sentir una inquietud creciente. Había algo extraño en la manera en que Leopold miraba esas bolas de cristal, como si escondieran un significado que sólo él comprendía.

Después de unos minutos, Leopold limpió sus lágrimas y se giró hacia Klaus.

—Ya podemos irnos —dijo, con la voz rota.

Klaus asintió y ambos salieron en silencio, dejando atrás la casa que ahora parecía más vacía que nunca. Mientras caminaban hacia el coche, Klaus notó que Leopold se giraba hacia la casa, como si quisiera grabar cada detalle en su memoria.

—¿Está bien? —preguntó Klaus mientras subían al coche.

Leopold no respondió de inmediato. Sus ojos permanecían fijos en la ventana de la sala, donde la luz seguía iluminando las bolas de cristal. Hasta que, por fin, murmuró:

—Era su colección favorita... Cada vez que salían de viaje, traían una nueva. Nunca entendí por qué les importaban tanto.

Klaus no insistió, encendió el motor y condujo en silencio, dejando la casa de los Weiss atrás.

*

El subinspector Hans Eberhart salió de la comisaría, con el cansancio visible en su rostro. Los informes y el progreso del caso lo mantenían en vilo, pero tenía la intención de revisar de nuevo los cuerpos recuperados. Subió a su coche, encendió el motor y comenzó a conducir.

La carretera serpenteaba entre los bosques, y el sol que atravesaba las copas de los árboles proyectaba sombras en movimiento sobre el asfalto. Para Hans, el paisaje parecía un reflejo de su mente: fragmentado y cambiante. Las sombras lo distraían, acentuando el cansancio que pesaba en sus párpados. El aire fresco que entraba por la ventana ofrecía un alivio momentáneo, pero no lograba disipar la tensión que le mantenía en constante alerta. Cada curva del camino parecía un recordatorio de la complejidad del caso que lo perseguía incluso en momentos de aparente calma. El aire fresco que entraba por la ventana parecía insuficiente para despejar su mente saturada de pensamientos. Hans tenía la radio encendida, pero apenas prestaba atención a la música que

sonaba.

De repente, sintió un movimiento detrás de él.

—No te muevas —susurró una voz, fría y contenida.

Hans giró un poco la cabeza, lo suficiente para ver el reflejo en el espejo retrovisor. Allí estaba Sepp, en el asiento trasero, con un cuchillo presionado contra su cuello. La hoja brillaba con un destello que coincidía con la amenaza en los ojos de su agresor. Su ropa estaba arrugada y manchada, y su rostro tenía una expresión de calma inquietante.

—Detén el coche —ordenó Sepp.

Hans respiró hondo. Intentó mantener la calma mientras analizaba sus opciones.

—No voy a detenerme. Si crees que puedes salir de esto, estás... —comenzó a decir, pero no terminó la frase.

El cuchillo se hundió en su cuello con una velocidad brutal. Una, dos, tres veces. La sangre brotó, manchando el asiento y el volante, mientras Hans soltaba un jadeo ahogado. Intentó frenar, pero el coche, sin control, se salió de la carretera, golpeando un árbol con un impacto seco que resonó entre los árboles.

Sepp salió del coche tambaleándose, con cortes menores y magulladuras en los brazos y el rostro. Su respiración era entrecortada, y sentía un dolor punzante en el costado donde había golpeado contra el asiento. Las piernas le temblaban con cada paso, y un hilo de sangre bajaba por su frente, escurriéndose hasta la comisura de su labio. Sus manos temblaban al intentar limpiarse la sangre de la cara, pero la sensación pegajosa sólo aumentaba su frustración. Cada movimiento parecía recordarle el impacto, y un leve zumbido en sus oídos le mantenía desorientado mientras buscaba. El humo comenzaba a salir del capó del vehículo, pero él no se detuvo a mirar atrás. Se apoyó contra un árbol, recuperando el aliento, y luego se adentró en el bosque. Cada paso era lento y torpe al principio, pero pronto aceleró, hasta que al final se alejó de la escena del crimen.

Mientras caminaba entre los árboles, Sepp miró sus manos ensangrentadas. Por un instante, una mezcla de satisfacción y confusión cruzó por su mente. *Lo hice* — pensó, pero el alivio que esperaba no llegó—. En cambio, un torbellino de emociones se apoderó de él: la adrenalina aún corría por sus venas, alimentando una sensación de control efímero, mientras la culpa y el vacío comenzaban a instalarse, recordándole que ni siquiera la venganza podía llenar el abismo dentro de él. Se detuvo un momento, respirando con dificultad, como si intentara encontrar sentido a lo que acababa de hacer, pero todo lo que sentía era un eco ensordecedor de su propia soledad. Había logrado vengarse. Y también se había expuesto demasiado.

En el interior del coche, Hans permanecía inmóvil. La sangre goteaba lentamente al suelo. Su teléfono, que había caído en el impacto, mostraba una llamada perdida de un colega que le esperaba. El bosque volvía a sumirse en su calma habitual, como si nada hubiera pasado, mientras el humo del capó seguía elevándose hacia el cielo.

XXXVI - Precipitarse

Sepp se sentó en el borde de su cama, con la cabeza entre las manos. Su respiración era irregular, y su mente no dejaba de reprocharle sus errores. Había cometido demasiados fallos. Cada uno de ellos pesaba sobre sus hombros como una losa que no podía quitarse. Podía oír la voz de su padre resonando en su memoria: *Nunca harás nada bien. Siempre lo arruinas todo.*

El eco de esas palabras le hacía apretar los dientes. Había tenido todo a su favor, todo planeado. Pero ahora, en lugar de lograr su propósito, sólo quedaban caos y actos que le acercaban al borde del fracaso. La rabia que sentía hacia sí mismo era insoportable, y su mente se llenaba de imágenes de lo que debía haber sido su obra perfecta.

La noche estaba cayendo. Las sombras comenzaban a extenderse por su pequeña habitación, donde cada rincón parecía acusarlo en silencio. Decidido a recuperar el control, se levantó de golpe. No podía detenerse ahora; no después de lo que había pasado. Necesitaba actuar, redimir su fracaso.

Sepp caminó hacia el baño. Abrió el grifo y dejó correr el agua caliente, llenando la habitación de vapor. Se desvistió con movimientos rápidos y se lavó a fondo, quitando cada rastro de sangre y suciedad de su piel. Frotó sus manos hasta que quedaron enrojecidas, como si quisiera borrar algo más profundo que la sangre: el recuerdo de lo que había hecho.

Se afeitó con cuidado, observando su reflejo en el espejo empañado. Su rostro estaba marcado por el cansancio y las líneas de tensión que le hacían parecer más viejo de lo que era. Sepp desvió la mirada, incapaz de sostener su propia vista por mucho tiempo.

Cuando terminó de asearse, buscó ropa limpia y se vistió con premura. Eligió prendas oscuras y discretas, que le permitieran pasar desapercibido. Guardó un cuchillo en el interior de su chaqueta, asegurándose de que estuviera bien escondido, pero al alcance de su mano.

Tomó su teléfono y llamó a un taxi. La espera fue breve, pero cada minuto parecía interminable. Al llegar, subió al coche sin decir una palabra al conductor, limitándose a dar la dirección cerca de la comisaría. El trayecto fue silencioso, con Sepp mirando por la ventana mientras las luces de la ciudad se reflejaban en sus ojos.

Cuando llegaron a su destino, pagó al conductor y bajó a toda prisa. Caminó por las calles oscuras hasta donde había aparcado el coche antes de encontrarse con el subinspector. El vehículo seguía allí, tal y como lo había dejado. Sepp abrió la puerta y se sentó en el asiento del conductor, dejando escapar un suspiro breve antes de encender el motor.

Comenzó a conducir por la ciudad, sin un rumbo claro, dejando que las calles le guiaran. Las luces de los semáforos y los escaparates pasaban como un desfile de colores, pero Sepp no prestaba atención a nada de eso. Su mente estaba enfocada en un solo objetivo: encontrar a una «princesa».

Sabía que debía calmar la voz en su cabeza, esa voz interior que no dejaba de acosarlo, que le recordaba sus fracasos. Era una necesidad tan primaria como respirar, un impulso que no podía ignorar. Miraba a través del parabrisas, recorriendo las aceras con la mirada, examinando los grupos de personas caminando y las sombras que se movían bajo la tenue luz de las farolas.

Pasó por una parada de autobús donde un grupo de jóvenes charlaba. Durante un instante su mirada se detuvo en una de las chicas, pero rápidamente desechó la idea. *No, no aquí* —pensó. Necesitaba el lugar y el momento adecuados. Siguió conduciendo, con el corazón latiendo con fuerza y la tensión acumulándose en sus manos mientras apretaba el volante.

La noche se hacía más oscura, y las calles comenzaban a vaciarse. Para Sepp, la ciudad se convertía en un tablero donde cada movimiento debía ser calculado con precisión. No podía

fallar esta vez. No podía permitirse otro error. Y tampoco lograba parar. No lograba contenerse.

XXXVII - Ira

El coche avanzaba por las calles de la ciudad cuando Klaus recibió la llamada. Al otro lado de la línea, un agente hablaba conteniendo sus emociones, intentando disimular los nervios.

—Inspector Klaus, tenemos un problema grave. Y... no sé cómo decirlo.

Klaus apretó los labios y respondió con cierta impaciencia.

—Dímelo sin rodeos —dijo como si de una orden se tratara.

—El subinspector Hans Eberhart ha sido asesinado. Su cuerpo fue encontrado junto a la escena donde están las chicas recuperadas del lago.

Klaus apretó el volante con tanta fuerza que se hizo daño. Su respiración pasó a ser más pesada, más agobiante, y su mente se llenó de una furia que apenas podía contener.

—¿Qué demonios estás diciendo? —gruñó Klaus, lleno de incredulidad y rabia.

—Le encontraron hace una hora. Es... es brutal. Parece que fue atacado mientras conducía. Estamos seguros de que fue el mismo asesino que buscamos, inspector. Es probable que le matara porque le vio en la televisión. Una especie de venganza o un ataque de ira.

Las palabras del agente resonaron en la mente de Klaus como un tambor. *Podría haber sido yo* —pensó. El asesino no sólo le desafiaba, sino que parecía actuar con una confianza que le llenaba de rabia.

—Le vio en la televisión, le reconoció, y decidió eliminarle para enviar un mensaje —razonó —. Aunque también puede que hay actuado por un estado de locura.

La idea de que alguien pudiera actuar con tanta arrogancia, tan seguro de su capacidad para evadir la justicia, intensificaba su determinación. Esto ya era personal.

—Ese maldito asesino se atreve a actuar así, a arrebatarle la vida a uno de los nuestros —dijo antes de colgar.

*

Klaus llegó a la sala fría en menos de media hora. Entró con pasos rápidos, casi atropellados. Los agentes y forenses en la sala se apartaron instintivamente al verle, reconociendo la tormenta que traía consigo.

El frío de la sala parecía intensificar su estado de ánimo. Cruzó el espacio hasta la mesa donde descansaba el cuerpo del subinspector. El rostro de Hans estaba cubierto por una sábana blanca, pero el rastro de sangre y las marcas en su cuello hablaban de una violencia que Klaus no podía ignorar. El contraste entre la quietud del cuerpo y la brutalidad del ataque llenó su mente de imágenes que le atormentaban.

—Maldita sea, Hans... —murmuró, mientras observaba el rostro inerte de su amigo.

Sus puños se cerraron y, por un momento, se permitió sentir el peso de la pérdida. Golpeó la mesa, inundado de frustración, y un grito gutural nació de sus entrañas. Recordó las incontables veces que habían trabajado juntos, los momentos compartidos en casos difíciles y la confianza que siempre había depositado en él.

Después de unos segundos, se enderezó y giró hacia los presentes. Su mirada era dura, cortante.

—¿Tenemos algo? ¿Algún rastro? ¿Algo que nos lleve a ese bastardo? —preguntó con tono cortante y exigente.

Los forenses intercambiaron miradas incómodas antes de que uno de ellos, un hombre mayor con gafas y una voz temblorosa, hablara.

—Inspector, aún no hemos encontrado nada concluyente. Pero hay algo que hemos notado... es sobre el maquillaje de algunas de las chicas. Hay una cubierta blanca que es muy inusual.

Parece un producto importado. No es algo que se vea por aquí.

Klaus frunció el ceño, procesando la información. Su mente ya trabajaba a marcha forzada, conectando este detalle con el perfil del asesino que buscaban.

—¿Estás diciendo que este maquillaje podría llevarnos a nuestro asesino? —preguntó, dando un paso hacia el forense.

—Es una posibilidad, inspector. Si identificamos dónde se vende o se distribuye, podríamos obtener un nuevo ángulo para investigar.

Otro agente intervino, levantando una carpeta.

—Inspector, también encontramos residuos de lo que parece ser un conservante químico en las telas de algunas de las víctimas. Estamos analizando si puede estar relacionado con el almacenamiento prolongado en el lago.

Klaus asintió.

—Bien. Busquen todo lo que puedan sobre ese maquillaje y el conservante. Dónde se compra, quién lo distribuye, quién podría usarlo. No quiero excusas, lo quiero ahora mismo. ¿Entendido?

Los agentes y forenses asintieron, sintiendo la furia en su voz. Klaus volvió su mirada al cuerpo de Hans. En sus ojos había algo más que rabia: una promesa silenciosa de justicia.

Entonces se acercó a uno de los agentes que supervisaba el equipo de análisis.

—Quiero un informe completo en mi escritorio en dos horas. Revisen cada muestra, cada detalle. Ha llegado el momento de acabar con todo esto.

El agente asintió, tomando nota mientras Klaus caminaba de nuevo hacia la mesa de Hans. Sus dedos rozaron el borde metálico de la cama donde descansaba el cuerpo y, por un instante, bajó la cabeza.

—Te encontraremos, maldito —murmuró para sí mismo, mientras la sala fría seguía trabajando en su búsqueda de respuestas.

El ambiente en la sala era pesado, pero también cargado de una premura colectiva. Los forenses intercambiaban miradas rápidas, conscientes de la presión que Klaus proyectaba sobre ellos. Algunos ajustaban sus guantes con movimientos nerviosos, mientras otros anotaban detalles con manos temblorosas. Los murmullos del personal y el sonido de los instrumentos trabajando en silencio parecían ser el único eco de la resolución que ardía en el corazón de Klaus. Cada gesto parecía medir el tiempo que corría en su contra, amplificando la atmósfera opresiva del lugar.

XXXVIII - Obsesión

La noche era oscura, y las farolas apenas iluminaban las calles menos transitadas de la ciudad. Sepp había estado conduciendo sin rumbo fijo durante horas, recorriendo con la mirada cada rostro, cada movimiento en las aceras. Su mente estaba fija en un único objetivo: encontrar a la próxima «princesa».

Hasta que por fin la vio. Una joven con cabello oscuro y rasgos delicados caminaba sola, sosteniendo un bolso pequeño contra su costado. Su andar era rápido, como si quisiera llegar pronto a casa, pero sin levantar sospechas. Estaba en una zona apartada, donde las sombras dominaban los rincones y apenas había luz. Para Sepp, era perfecta.

Detuvo el coche al otro lado de la calle, observándola mientras caminaba. Su respiración se aceleraba, y su obsesión nublaba cualquier rastro de juicio. Bajó del coche y cruzó la calle, ajustándose la chaqueta mientras se acercaba a ella.

—Disculpa, ¿tienes la hora? —preguntó incapaz de ocultar su nerviosismo.

La chica no respondió. Miró hacia adelante, acelerando el paso. Sus dedos apretaron el bolso con más fuerza, y su cuerpo mostró una rigidez evidente. Esa indiferencia le cabreó aún más de lo que estaba. Corrió hacia su coche y decidió seguirla conduciendo a su lado.

—No tienes por qué tener miedo —dijo Sepp con la ventanilla bajada.

La joven, ahora muy asustada, comenzó a correr. El sonido de sus pasos resonaba en la calle vacía. Sepp apretó el acelerador, adelantándola y situando el coche frente a ella. Salió a toda prisa del vehículo, impulsado por una mezcla de obsesión y desesperación.

—Por favor, no lo hagas más difícil —dijo, mientras extendía una mano hacia ella.

La chica gritó y trató de escapar, pero Sepp la agarró del brazo. Forcejearon durante unos segundos que parecieron eternos, hasta que sacó un pañuelo empapado en cloroformo y lo presionó contra su rostro. La joven pataleó y trató de liberarse, pero sus movimientos se hicieron más débiles hasta que se desplomó en sus brazos.

Sepp la levantó con torpeza y la metió en el maletero de su coche, cerrándolo con un golpe seco. Su respiración era rápida y descontrolada mientras miraba a su alrededor, buscando signos de testigos. La calle estaba en penumbra, y no parecía haber nadie cerca, pero algo en su interior le decía que había sido descuidado.

—Buen trabajo, lo has conseguido —murmuró para sí mismo, mientras un escalofrío de satisfacción recorría su cuerpo.

—¿Buen trabajo? ¿Estás bromeando? Has sido un idiota. ¡Un patán descuidado! —replicó otra voz en su mente, alimentada por la paranoia.

—¡Cállense los dos! —murmuró entre dientes, mientras se subía al coche y encendía el motor.

No hay tiempo para esto. Tenemos que recuperar el tiempo que esos malditos policías nos han robado —pensó, mientras sus manos temblaban sobre el volante.

*****

En uno de los edificios cercanos, una vecina miraba por la ventana de su apartamento. Había escuchado algo extraño: un forcejeo, un ruido seco y luego el sonido de un coche alejándose. Miró hacia abajo, pero la oscuridad y las sombras dificultaban distinguir detalles. Sólo alcanzó a ver movimientos borrosos antes de que el coche desapareciera en la distancia.

Preocupada, cogió el teléfono y marcó el número de la policía.

—Creo que vi algo sospechoso... un forcejeo entre dos personas. No estoy segura, pero creo que algo no está bien —dijo con la voz temblorosa.

Cuando le preguntaron por detalles, negó con la cabeza, frustrada.

—No vi mucho, estaba muy oscuro. No puedo darles una descripción ni la matrícula del coche. Solo vi sombras. Pero... pero algo no estaba bien. Creo que deberían investigar.

La operadora tomó nota, asegurándole que enviarían a alguien a revisar la zona. Mientras tanto, Sepp conducía hacia la noche, cegado por su obsesión y deseoso de ponerse manos a la obra.

XXXIX - Alerta

Por norma general, la policía no investiga cualquier sospecha de secuestro a menos que pasen como mínimo unas 48 horas, pero esta vez fue diferente. La llamada de la señora había puesto en alerta a los agentes. Desde la comisaría, un oficial no tardó en llamar a Klaus para informarle.

—Inspector, hemos recibido una llamada sobre un posible forcejeo con secuestro en una calle oscura. No hay detalles claros, pero podría ser importante. La razón por la que estamos priorizando esta llamada es que la zona no suele ser problemática, y la descripción encaja con el perfil de lo que estamos buscando. Los agentes creen que, aunque no haya muchos detalles, el contexto es lo suficientemente sospechoso como para investigarlo de inmediato.

Klaus, que ya estaba al límite por los recientes eventos, no lo dudó ni un segundo.

—Puede que sea él —dijo con voz grave.

Su intuición le decía que el hombre estaba alterado, descuidado, y que podría haber vuelto a actuar. Klaus puso en aviso a toda la comisaría.

—Quiero a todo quien esté disponible en las calles ahora mismo. Si esto es lo que pienso, no podemos perder tiempo. Si otra chica ha sido secuestrada, cada segundo cuenta.

Minutos después, el teléfono de Klaus volvió a sonar. Esta vez era el comisario.

—Klaus, ¿estás seguro de esto? —preguntó con tono serio, pero con un matiz de duda.

—No, no estoy seguro. Pero lo presiento —respondió Klaus lleno de determinación.

El comisario guardó silencio por un momento antes de responder.

—De acuerdo, tienes mi apoyo. Si no estás en lo cierto, ya veremos cómo salimos de esta. Buena suerte.

Klaus asintió para sí mismo antes de colgar. Sabía que estaba siguiendo su intuición más que las pruebas concretas, pero en ese momento, no podía ignorar el impulso de actuar.

Mientras se dirigía al lugar donde se había reportado el incidente, su teléfono sonó de nuevo. Esta vez era uno de los forenses.

—Inspector, hemos avanzado con el análisis del maquillaje blanco encontrado en algunas de las víctimas. Es muy especial. Esa composición sólo se fabrica en un lugar: Japón. Es una fórmula antigua, utilizada por las geishas de los señores feudales. Hoy en día pertenece a la gama más alta de este tipo de cosmética.

Klaus frunció el ceño mientras procesaba la información.

—¿Quieres decir que alguien tuvo que importar este producto para usarlo aquí?

—Exacto, inspector. Vamos a rastrear quién podría haber comprado este producto en nuestra zona.

—Hazlo. Quiero respuestas lo antes posible —ordenó Klaus antes de colgar. Ahora tenía dos pistas que podían llevarle al asesino, pero nada concreto.

Mientras conducía, las palabras del forense resonaban en su mente. Si el asesino estaba usando algo tan exclusivo, eso significaba que había un rastro. Klaus comenzó a imaginar cómo usar esa información: buscar registros de importaciones en la zona, contactar con distribuidores de cosméticos especializados y cruzar datos con tiendas locales. *Esto no es algo que cualquiera compraría* —pensó. *Debe haber un registro, una lista limitada de clientes. Si lo seguimos, podría ser la clave que nos lleve directamente a él*. Klaus apretó el volante, fijándose en la carretera, mientras las luces de la ciudad pasaban a toda velocidad.

Cuando llegó al lugar señalado por la llamada, varios agentes ya habían interrogado a la vecina que había reportado el incidente. Klaus, sin embargo, decidió acercarse en persona. Sabía que un enfoque diferente podría hacerla recordar algo importante.

—Buenas noches, señora. Soy el inspector Klaus. Entiendo que ya le han hecho preguntas, pero necesito que intente recordar cualquier detalle, por pequeño que sea. Esto podría ser crucial.

La mujer, que estaba muy nerviosa, negó con la cabeza al principio. Sus manos temblaban mientras se las entrelazaba, y sus ojos se movían de un lado a otro, como buscando algo que pudiera ayudarla a recordar. Sus hombros se encorvaban, reflejando el peso de la presión que sentía al intentar reconstruir lo que había visto.

—No recuerdo mucho... Estaba muy oscuro. Sólo vi sombras y movimientos... Pero... —se detuvo un momento, como si algo comenzara a tomar forma en su memoria—. Creo que oí un golpe fuerte, como de un coche, justo antes de que saliera a toda prisa. No es algo normal por aquí.

Klaus asintió agradecido, registrando cada palabra. No era mucho, pero era algo. Señaló a uno de los agentes cercanos para que revisara el área con más detalle.

Poco después, encontraron marcas de neumáticos recientes en el asfalto. Un indicio claro de una salida apresurada. Las líneas negras eran profundas y estaban inclinadas hacia un lado, como si el conductor hubiera girado con brusquedad. Las marcas se extendían hacia el callejón más cercano, sugiriendo que el coche había arrancado con fuerza, casi derrapando en su prisa por escapar. Klaus se inclinó sobre las marcas, observándolas con atención.

—¿Por qué tanta prisa? —murmuró para sí mismo. La pregunta que le atormentaba era: ¿Qué había hecho que el conductor actuara así?

Mientras los agentes seguían revisando el área, Klaus llamó a la comisaría para asegurarse de que los esfuerzos en las calles estuvieran coordinados. Ordenó que las patrullas revisaran cualquier vehículo sospechoso en los alrededores y que verificaran cámaras de seguridad cercanas. Cada detalle, por pequeño que fuera, debía ser analizado.

El ambiente en la escena era tenso. Los agentes trabajaban en silencio, sabiendo que cualquier error podría costarles la oportunidad de detener al asesino. Klaus observaba todo con atención, su mente dividida entre las pistas que tenía y las que aún necesitaba descubrir. Las marcas de neumáticos, el golpe reportado por la vecina, el maquillaje exclusivo; cada pieza parecía un paso más hacia la resolución, pero la falta de una conexión clara le frustraba.

Un agente se le acercó con una libreta en la mano.

—Inspector, hemos hablado con algunos vecinos más, pero nadie vio nada concreto. Sin embargo, uno mencionó que un coche pasó a gran velocidad cerca de aquí hace unos minutos. No tienen la matrícula ni el modelo, pero creen que era gris.

Klaus asintió. Miró de nuevo las marcas de neumáticos en el suelo y luego al callejón cercano. *Si el asesino estaba aquí, sabía exactamente lo que hacía* —pensó. *Pero esta vez, cometió un error.*

Mientras el viento frío de la noche soplaba a través de la calle desierta, Klaus se giró hacia sus agentes. *No podemos dejar que se nos escape* —pensó, con la determinación ardiendo en sus ojos. Su mente repasaba cada pista, cada detalle que faltaba encajar. La frustración era palpable, pero también lo era su convicción de que estaban más cerca que nunca.

—Este es su error, y vamos a aprovecharlo —se dijo mientras su voz rompía el silencio para dar nuevas órdenes.

Alzó la cabeza y observó a los agentes.

—Sigamos revisando. Quiero resultados antes de que amanezca. Este maldito está alterado, y esa puede ser nuestra ventaja.

El equipo continuó trabajando bajo la dirección de Klaus, quien sabía que el reloj no estaba de su lado. Cada segundo que pasaba era una oportunidad para el asesino de desaparecer de nuevo.

Pero esta vez, Klaus estaba decidido a no permitirlo.

XXXX - Alterado

Sepp caminaba de un lado a otro en su pequeña sala de estar, atrapado en un torbellino de pensamientos caóticos. Sus pasos eran rápidos, irregulares, mientras murmuraba palabras ininteligibles para sí mismo. Su respiración era pesada, y el sudor le perlaba la frente, cayendo en pequeñas gotas que marcaban el suelo. Todo su cuerpo parecía estar en constante nerviosismo, como si estuviera a punto de estallar.

La sala estaba en penumbras, iluminada sólo por la tenue luz de una lámpara que oscilaba con cada movimiento de Sepp. Las sombras proyectadas bailaban en las paredes, alargándose y contrayéndose como si fueran una extensión de su mente inquieta. Cada parpadeo de la luz parecía amplificar su sensación de claustrofobia, haciendo que el espacio, ya pequeño, se sintiera opresivo y asfixiante. Los reflejos en los plásticos que cubrían la mesa añadían un destello frío y mecánico, intensificando la atmósfera de inquietud que llenaba la habitación. En el centro del salón, la mesa metálica estaba preparada, recubierta por plásticos que brillaban con un destello inquietante. Sobre ella, la chica yacía dormida, inmóvil, su respiración apenas perceptible. El cloroformo había hecho su trabajo, sumiéndola en un sueño profundo. Pero Sepp no estaba en condiciones de empezar. Miraba la escena frente a él con una mezcla de frustración y desesperación.

—No puedo... no puedo hacerlo así —murmuró, apretando los puños con fuerza.

Sabía que necesitaba estar concentrado, pero su mente estaba en guerra consigo misma. *Esto no es un acto vulgar. Esto es un arte* —pensó, tratando de aferrarse a lo que le había dado sentido en medio de su caos. Pero el caos esta vez parecía más fuerte, devorando cualquier intento de orden.

Decidido a recuperar el control, Sepp se dirigió a un pequeño armario en la esquina de la sala. Abrió la puerta con movimientos torpes, revelando un par de trajes de plástico blancos colgados junto a su máscara de gas. Todo estaba dispuesto con precisión, como si ese pequeño armario fuera un santuario de su obsesión. Sacó uno de los trajes y la máscara, colocándolos con cuidado sobre una silla cercana. Cada movimiento era metódico, como si ese acto pudiera calmar el tumulto dentro de él. Pero en realidad, no era suficiente. Mientras se colocaba el traje y alineaba las herramientas, una parte de él encontraba un tenue consuelo en la repetición, como si el orden externo pudiera compensar el caos interno. Era un equilibrio frágil, donde cada acción parecía estar al borde de romperse, alimentando tanto su obsesión como su desesperación.

Se ajustó los guantes de látex que cubrían sus temblorosas manos, y se colocó la máscara sobre el rostro. La sensación del plástico pegándose a su piel le daba una extraña sensación de seguridad, como si pudiera protegerlo del caos que lo rodeaba. Respiró profundamente. Cada inhalación sonara pesada y mecánica tras la máscara.

En una mesa auxiliar, sus herramientas estaban alineadas: tijeras, bisturís, pinzas y su caja de maquillajes. Todo estaba en orden, como siempre, pero sus manos seguían temblando. Miró sus dedos con frustración, cerrando los puños para intentar detener los espasmos.

—Esto tiene que ser perfecto —se dijo, mientras tomaba las tijeras y las giraba en sus manos, sintiendo el frío del metal contra los guantes.

Sepp se acercó a la mesa metálica, observando a la chica con una intensidad inquietante. Su pecho subía y bajaba con suavidad, una señal de que aún estaba bajo los efectos del cloroformo. Sepp levantó las tijeras. El destello en el metal parecía un filo brillante que oscilaba entre el control y el caos, como si representara la frágil línea que cruzaba en su mente. Para Sepp, el reflejo era un recordatorio tanto de su propósito como de su vulnerabilidad, una obsesión que le

impulsaba y le consumía al mismo tiempo. Se inclinó hacia ella, y con movimientos torpes, comenzó a cortar la tela de su ropa.

No lograba concentrarse del todo.

El sonido de las tijeras al rasgar la tela llenaba el silencio de la sala, mezclándose con su respiración pesada. Cada corte parecía un desafío para sus manos temblorosas, que luchaban por mantener el control. Sentía la tensión en cada músculo de su cuerpo, como si estuviera librando una batalla interna para mantener la calma.

Pero no se excitaba. Algo no iba bien.

Mientras trabajaba, un pensamiento oscuro lo atravesó. *¿Y si todo esto se desmorona? ¿Y si me atrapan?* La voz en su cabeza era un susurro persistente que aumentaba la presión en su pecho. Sentía el sudor acumulándose en su espalda, empapando la parte inferior del traje de plástico. Su respiración, ahora irregular, resonaba con un eco opresivo en el interior de la máscara. Cada inhalación parecía más pesada, como si estuviera aspirando más dudas que aire. Su pulso martillaba en sus sienes, y las tijeras en su mano temblaban, reflejando la creciente desconexión entre su voluntad y su cuerpo. Trató de apartar esos pensamientos, pero estaban incrustados en su mente como espinas.

—Concéntrate... —murmuró entre dientes, apretando las tijeras con más fuerza.

Pero cuanto más intentaba controlarse, más notaba cómo el temblor en sus manos aumentaba. Sus dedos se deslizaron, cortando más profundo en la tela de lo planeado. El sonido de la tijera al chocar contra la mesa resonó, haciéndolo detenerse en seco.

Se detuvo un momento, soltando las tijeras sobre la mesa con un ruido metálico. Se llevó las manos a la cabeza, cerrando los ojos mientras trataba de calmarse. La habitación parecía cerrarse a su alrededor, y su propia respiración resonaba en el interior de la máscara como un eco ensordecedor. Sentía el sudor acumularse en su frente, resbalando bajo el borde de la máscara.

—Esto no puede salir mal... no otra vez —susurró, mientras volvía a tomar las tijeras.

Pero en el fondo de su mente, una pequeña voz le decía que ya había perdido el control.

Mientras levantaba otra vez las tijeras, las voces en su mente comenzaron a intensificarse. Una parte de él intentaba calmarle, diciéndole que podía recuperar el control, que todo lo que necesitaba era concentración. Pero otra voz, más fuerte, le insultaba, recordándole sus errores, sus fracasos.

—Eres un inútil... siempre lo arruinas —susurró esa voz, burlándose.

—No... no lo arruinaré esta vez —respondió en voz baja, como si pudiera silenciarla.

Otra voz, más pragmática, surgió de repente.

—Tienes que darte prisa. El tiempo corre, y no puedes permitirte un error ahora. Hazlo rápido, antes de que alguien lo note.

Sepp cerró los ojos con fuerza, intentando apagar el ruido que llenaba su mente. Era un zumbido constante, como si miles de voces susurraran al unísono, creciendo en intensidad con cada segundo. El sonido reverberaba en su cabeza. Transformado en un eco ensordecedor que se sentía más real que el ambiente opresivo de la habitación. Era como si el ruido tuviera peso, presionando su cráneo desde dentro, haciéndole apretar los dientes mientras sus manos temblaban con frustración. Su respiración se volvió más rápida, más frenética. Al abrir los ojos, miró a la chica dormida. Su rostro sereno contrastaba con el caos que lo consumía.

—Tengo que hacerlo bien... —murmuró, mientras sus manos temblorosas se acercaban de nuevo a la tela.

XXXXI - Dos direcciones

No había pasado mucho tiempo desde que Klaus llegó a la comisaría cuando recibió la llamada que llevaba esperando.

—Inspector, tenemos dos direcciones confirmadas —dijo un agente al otro lado de la línea, sin ocultar una sensación de satisfacción.

Klaus se detuvo de golpe, mientras su mente procesaba la noticia. Sus dedos apretaron el borde del escritorio, y sintió un breve escalofrío recorriéndole la espalda, mezcla de emoción y presión. El corazón le latía con fuerza, y una chispa de esperanza comenzaba a arder en su interior, pero también el peso de la posible decepción se instalaba en su pecho: la responsabilidad de actuar rápido y no fallar.

—¿Están seguros? —preguntó deteniéndose en seco mientras revisaba un informe en su despacho.

—Sí, inspector. La empresa en Japón respondió muy rápido. Confirmaron que se hicieron envíos de ese maquillaje a dos direcciones en nuestra área.

Klaus respiró hondo, sintiendo cómo una chispa de esperanza se encendía en medio del caso que lo había consumido durante largos días. Por fin, tenían algo tangible, algo que podía llevarlos al asesino o, al menos, a alguien relacionado.

—Buen trabajo. ¿Cuáles son las direcciones? —preguntó mientras tomaba una libreta para anotar.

El oficial al otro lado del teléfono enumeró las ubicaciones. Una era un pequeño apartamento en el centro de la ciudad, mientras que la otra correspondía a una casa en las afueras, situada en una urbanización tranquila y humilde.

—Entendido. Quiero dos equipos de intervención preparados en menos de diez minutos. Cada equipo investigará una dirección diferente. Nada de demoras —ordenó Klaus y se levantó de su despacho.

En la sala de operaciones, el ambiente era opaco, pero eficiente. Los agentes revisaban mapas y coordinaban los detalles del despliegue. Klaus entró con pasos firmes, dirigiéndose al grupo que ya se encontraba reunido.

—Escuchen, tenemos dos direcciones que podrían llevarnos a nuestro objetivo. No sabemos cuál es la correcta, así que ambos equipos deben estar preparados para actuar con precisión y cautela. No quiero que nadie se precipite. Si encontramos algo, informen de inmediato. ¿Entendido? Yo iré con el segundo equipo.

Los agentes asintieron, recogiendo su equipo mientras Klaus repasaba los planes de intervención con los líderes de cada grupo. Sabía que el margen de error era mínimo. Si esta pista no los llevaba a nada, el caso podía volver a enfriarse, y cada minuto perdido significaba más riesgo para la vida de la chica que posiblemente había sido secuestrada.

Poco después, los vehículos de intervención salieron de la comisaría, cada uno con un equipo de agentes equipados y listos para actuar. Llevaban chalecos antibalas, radios de alta frecuencia, y equipos tácticos completos que incluían cámaras portátiles para documentar la operación en tiempo real. La intensidad en sus rostros reflejaba su preocupación, conscientes de que cada detalle podría marcar la diferencia. Klaus observó cómo los coches desaparecían en la distancia, a la vez que su mente estaba dividida entre ambas direcciones.

Espero que una la correcta —pensó. Pero mientras no lo supiera, debía confiar en la experiencia de sus equipos y en su instinto. Si algo había aprendido en su carrera era que la paciencia podía ser tan crucial como la rapidez.

Se subió a su propio coche y siguió el primer dispositivo de intervención. Apretó el volante con fuerza mientras sus pensamientos se enfocaban en lo que encontrarían en esas direcciones.

Puede que a un monstruo.

XXXXII - El apartamento

El primer equipo llegó al apartamento con rapidez, dado que estaba más cerca de la comisaría. El edificio era antiguo, con escaleras estrechas que retumbaban bajo los pasos de los agentes mientras subían hasta la puerta correspondiente. Cada paso resonaba en el pasillo vacío, amplificando la sensación de vigilancia y peligro. Los agentes intercambiaban miradas rápidas, atentos a cualquier sonido adicional, mientras el ambiente sombrío parecía oprimir el aire que respiraban.

Frente a la entrada, dos agentes se posicionaron. Tocaron la puerta con fuerza. El sonido resonó por el pasillo como un golpe seco que rompía la calma del edificio.

—¡Policía! ¡Abra la puerta de inmediato! —solicitó uno de ellos, con tono firme, pero sin elevar la voz más de lo necesario.

Tras ellos, la unidad de intervención rápida estaba lista para actuar. Vestidos con chalecos antibalas y armados, se mantenían en alerta máxima, preparados para cualquier eventualidad. Los agentes intercambiaban miradas rápidas, ajustando sus posiciones mientras escuchaban con atención cualquier ruido que pudiera indicar peligro. Cada segundo de espera tensaba sus músculos, mezclando una concentración fría con la anticipación latente de que algo podía salir mal. El ambiente era opresivo, cada segundo parecía estirarse de manera interminable hasta que por fin escucharon el ruido de un cerrojo girando.

La puerta se abrió, revelando a una mujer mayor, de cabello canoso y expresión preocupada. Miró a los agentes con confusión evidente, y sus manos temblaban ligeramente mientras sostenía el borde de la puerta.

—¿Qué sucede? —preguntó preocupada.

—Señora, estamos investigando un posible secuestro. Necesitamos entrar y registrar su vivienda —respondió uno de los agentes, con una mezcla de autoridad y calma.

La mujer parpadeó aturdida.

—¿Un secuestro? No entiendo... pero claro, pasen. No tengo nada que ocultar.

Los agentes asintieron y comenzaron a entrar uno a uno, registrando cada rincón del apartamento. Era un espacio modesto, decorado con un estilo clásico que reflejaba la edad de su propietaria. Sobre una mesa de madera había un florero con rosas frescas, cuyo color vibrante contrastaba con la presión palpable en el ambiente. Cada rincón parecía arreglado con esmero, como si buscara transmitir calma en medio de la intrusión repentina. Había fotografías antiguas en las paredes y muebles de madera oscura, desgastados por los años. Un aroma leve a lavanda flotaba en el aire, añadiendo una sensación de calma que contrastaba con la tensión del operativo.

Los agentes revisaron cada habitación con rapidez, pero sin descuidar ningún detalle. Abrían cajones, revisaban armarios y miraban debajo de los muebles, comunicándose en voz baja para coordinarse. Uno llamaba la atención del equipo si encontraba algo fuera de lo común, mientras otro anotaba cada hallazgo, asegurándose de documentar todo. La precisión en sus movimientos reflejaba su experiencia, y la manera en que se desplazaban de una habitación a otra parecía coreografiada, mostrando una profesionalidad casi quirúrgica. Mientras tanto, uno de ellos se quedó con la señora, haciéndole preguntas básicas.

—¿Vive sola, señora? —preguntó el agente, observando su lenguaje corporal.

—Sí, vivo sola desde hace años. No entiendo por qué están aquí. No he visto nada extraño, se lo aseguro.

El agente asintió, anotando la información mientras los demás continuaban revisando el lugar. En una de las habitaciones, uno de los agentes encontró un pequeño maletín de maquillaje.

Llamó al líder del equipo para que revisara el contenido.

—Señora, ¿puede explicarnos por qué tiene este maquillaje? —preguntó el agente, sosteniendo una pequeña caja que contenía el característico polvo blanco.

La mujer miró la caja y asintió sin dudarlo.

—Oh, eso. Soy actriz en un teatro local. Hace poco representé el papel de una geisha muy conocida. Acompañante de emperadores y ladrona de corazones. Quería lo mejor para el personaje, así que lo compré. No sabía que esto podría ser un problema.

El agente la observó mientras hablaba, buscando señales de mentira, pero todo en su tono y comportamiento parecía auténtico. Sus palabras eran coherentes, y la historia cuadraba con el hallazgo. Incluso mostró fotografías de sus presentaciones teatrales en un álbum que tenía en el salón, lo que reforzó aún más su explicación.

Mientras tanto, los agentes continuaban revisando. Uno de ellos encontró en un cajón un recibo reciente del maquillaje, confirmando la compra por internet. Esta evidencia terminó de disipar cualquier duda sobre la veracidad de la historia de la mujer.

Tras finalizar el registro y no encontrar nada sospechoso, los agentes informaron por radio a la comisaría.

—Aquí equipo uno. La residente ha colaborado en todo. Vive sola y tiene una explicación plausible para el maquillaje. Procedemos a retirarnos.

Mientras tanto, Klaus, que seguía al segundo equipo en dirección a la casa en las afueras, escuchó el informe. Apretó el volante con fuerza y fijó la mirada en la carretera.

—Es aquí. Estoy seguro de que lo tenemos —murmuró para sí mismo, mientras la sensación de ansia le empujaba a acelerar.

XXXXIII - La casa

El equipo llegó a la casa en las afueras, rodeada de un terreno boscoso que parecía absorber todo sonido, dejando una sensación de quietud opresiva en el aire. Klaus bajó del coche, con el rostro tenso y la mirada fija en el edificio. La casa era modesta, con una fachada deteriorada y ventanas oscuras que parecían ojos ciegos observando el vacío. Los árboles alrededor proyectaban sombras alargadas bajo la tenue luz de la luna, como dedos que intentaban alcanzar la casa. El silencio del lugar era denso, como si la naturaleza misma contuviera la respiración, intensificando la sensación de inquietud que se apoderaba de Klaus. Cada detalle del entorno parecía susurrar que algo estaba fuera de lugar, acentuando su determinación mientras avanzaba. Nada indicaba, a primera vista, la presencia de un psicópata. Pero algo llamó de inmediato su atención: un coche aparcado frente a la entrada, lleno de abollones y arañazos.

—Es aquí. Lo sé —dijo Klaus cargado de convicción.

Todos los destrozos del coche serían por huir en el lago. Esta vez, estaba seguro.

*

El equipo de intervención se desplegó con rapidez. Cada agente ocupaba su posición. Dos de ellos se acercaron a la puerta principal y golpearon con fuerza.

—¡Policía! ¡Abra la puerta de inmediato! —gritaron, esperando una respuesta.

En el interior, una luz débil se filtraba por las cortinas, pero no hubo movimiento ni sonido. Klaus, que observaba desde unos metros atrás, dio un paso adelante. La paciencia se le había agotado.

—Tiren la puerta —ordenó, con una voz que no admitía discusión.

Con un golpe preciso, los agentes rompieron la puerta, entrando rápidamente con las armas en alto. El interior de la casa estaba en penumbras, pero el salón central revelaba una escena que nadie estaba preparado para ver.

En el centro de la sala, una carpa de plástico transparente dominaba el espacio. Bajo la luz artificial, el plástico brillaba, proyectando reflejos distorsionados que se movían como sombras vivas en las paredes. El brillo del plástico daba una sensación irreal, como si la escena existiera en un mundo aparte, suspendido en el tiempo. Cada destello parecía acentuar la precisión inquietante con la que todo estaba dispuesto. Un ritual macabro planeado con sumo cuidado.

Dentro de la carpa estaba Sepp, vestido con un traje de plástico blanco y una máscara de gas que cubría completamente su rostro. Frente a él, la joven desaparecida estaba tendida sobre una mesa metálica. Tenía parte de la ropa cortada. Sostenía unas tijeras en la mano, trabajando con movimientos meticulosos mientras la música clásica resonaba en sus auriculares.

Los agentes se detuvieron un instante, perplejos por la escena dantesca. Klaus fue el primero en reaccionar.

—¡Bajen las armas y actúen! —ordenó, rompiendo el silencio que había congelado al equipo.

Uno de los agentes golpeó la carpa con el cañón de su arma, haciendo que Sepp levantara la cabeza sorprendido. Por un segundo, no comprendió lo que estaba pasando. Sus manos se detuvieron, y sus ojos, ocultos tras la máscara, buscaron a los intrusos. Aún no podía escuchar nada; la música seguía inundando sus sentidos.

El interior de la carpa parecía una cápsula de un mundo diferente, un lugar donde el tiempo se había detenido. Cada objeto estaba dispuesto con una precisión inquietante: las tijeras relucientes, el bisturí alineado y los frascos ordenados en una pequeña mesa auxiliar.

—¡De rodillas! ¡Ahora! —gritaron los agentes.

Pero Sepp no respondía. Miró a los agentes y luego a la joven, como si tratara de procesar la

situación. Sabía que le habían encontrado, pero no podía oír nada. La confusión en su rostro era evidente, incluso con la máscara puesta.

La tensión creció hasta que uno de los agentes, sin esperar más, le empujó al suelo. Con movimientos rápidos y precisos, le quitaron la máscara, revelando su rostro pálido y sudoroso. Su respiración era agitada, pero en su mente, todo seguía siendo un caos. La música clásica continuaba resonando en sus oídos, aislándole del ruido exterior.

Mientras los agentes le esposaban, Sepp parecía atrapado entre dos emociones opuestas. Por un lado, la frustración de haber sido detenido; sus manos temblaban mientras los grilletes se cerraban sobre sus muñecas, y sus labios se apretaban en una línea fina, conteniendo un grito que no se atrevía a liberar. Por otro lado, un extraño alivio le llenaba al saber que su obsesión había llegado a su fin. Su respiración se volvió más profunda, casi como si intentara absorber el último fragmento de control que le quedaba. Movía los dedos con lentitud, como si estuviera comprobando que aún podía sentir algo en medio del caos que lo consumía. Observó el techo de la carpa mientras lo inmovilizaban, mareado por sus pensamientos que giraban en círculos. La escena era tan dantesca como irreal, como si fuera el clímax de una obra macabra que él mismo había dirigido.

En el salón, los agentes aseguraban la escena. Uno de ellos se acercó a la joven, verificando su pulso y confirmando que estaba viva, pero inconsciente. La combinación de luces y sombras que inundaban la sala intensificaba el surrealismo del momento. Cada agente fuera de lugar. Perdidos entre lo real y la ficción. Un abismo entre lo que esperaban encontrar y lo que realmente habían descubierto.

Klaus entró en la carpa, observando al hombre que había estado persiguiendo. Sus ojos se encontraron por un instante, y Klaus pudo ver algo más allá del miedo en la mirada de Sepp: resignación.

—Es el final para ti —murmuró Klaus, mientras los agentes se llevaban al hombre fuera de la casa. Sepp no opuso resistencia. Permaneció esposado y de rodillas, mientras la música seguía resonando en su cabeza.

La sala quedó en silencio, excepto por el tenue eco de la música clásica que aún resonaba desde los auriculares caídos en el suelo. La melodía, delicada y etérea, contrastaba de manera desgarradora con la brutalidad de lo que acababa de ocurrir. Cada nota parecía flotar en el aire, acariciando el plástico transparente de la carpa y las herramientas metálicas, como si intentara suavizar una escena que era todo menos pacífica. Klaus cerró los ojos por un momento, dejando que la música llenara el vacío, un recordatorio cruel de la dualidad entre el orden aparente y el caos subyacente que había presenciado. Se detuvo junto a la mesa metálica, observando las herramientas cuidadosamente dispuestas. Sentía una mezcla de triunfo y amargura. Habían detenido al asesino, pero las cicatrices de sus crímenes permanecerían imborrables.

XXXXIV - Meyer

El ambiente en la casa era tenso mientras los agentes continuaban revisando cada rincón, buscando cualquier evidencia que ayudara a entender la magnitud de los crímenes de Sepp. Un olor metálico y a acre impregnaba el aire, mezclándose con el aroma tenue del plástico que cubría la escena principal. En el fondo, el sonido de los pasos de los agentes y el eco lejano de las órdenes murmuradas añadían una capa de inquietud al silencio que reinaba en el lugar. El asesino seguía de rodillas en el suelo del salón, esposado, con su máscara de gas a un lado. En el exterior, una ambulancia había llegado para llevarse a la joven que yacía inconsciente, pero viva sobre la mesa metálica.

De repente, un grito visceral rompió el ambiente contenido. Provenía del sótano. Todos los agentes se giraron hacia el origen del sonido. Era Meyer, que había bajado con otros agentes para revisar la parte inferior de la casa. Su voz desgarrada era inconfundible, un lamento de dolor y furia que resonó por toda la vivienda.

Klaus se tensó de inmediato.

—¡Meyer! —gritó, avanzando hacia la puerta del sótano con pasos rápidos.

Pero antes de que pudiera llegar, Meyer apareció en el salón. Sus pasos eran rápidos y desiguales, su rostro desencajado por la ira y el dolor. En sus manos sostenía su pistola reglamentaria con un agarre firme, pero sus dedos temblaban. Su mirada estaba fija en Sepp, quien seguía inmóvil en el suelo, con los ojos entrecerrados como si no comprendiera del todo lo que estaba ocurriendo.

—¡Este bastardo mató a mi hija! —vociferó Meyer furioso.

Klaus levantó una mano en un intento de calmarlo.

—Meyer, cálmate. No es el momento... —dijo, pero sus palabras quedaron cortadas por el sonido seco de un disparo.

La bala impactó en la cabeza de Sepp, quien cayó hacia un lado, muerto al instante. El salón se inundó en un completo silencio, y todos los agentes quedaron paralizados por lo que acababan de presenciar. Los segundos se alargaron como si el tiempo mismo se hubiera detenido, cada uno procesando la escena ante ellos.

Klaus fue el primero en reaccionar. Avanzó hacia Meyer, con los hombros rígidos y el rostro lleno de una mezcla de consternación y resolución. Sus pasos eran deliberados, su mirada fija en Meyer mientras apretaba los labios en una línea delgada. Extendió la mano con firmeza, pero sin brusquedad, como si cada movimiento buscara transmitir calma en medio del caos que los rodeaba. Su respiración era controlada. Fingía. Luchaba contra sus emociones. Con calma, tomó el arma de las manos temblorosas de Meyer y, sin dudar, disparó tres veces al cuerpo inerte de Sepp. Los disparos resonaron en el salón como un martillo que sellaba la situación.

Luego, desenfundó su propia pistola y la colocó en la mano del cadáver.

—Este hombre me quitó la pistola, amenazó con matarme y Meyer me salvó la vida —dijo Klaus, como si estuviera declarando un hecho irrefutable.

Miró a los agentes que lo rodeaban. Sus rostros mostraban una mezcla de sorpresa y entendimiento. Uno a uno, asintieron sin mediar palabra. Sabían que era la única forma de proteger a Meyer y cerrar este caso de la manera menos destructiva posible.

Klaus se giró hacia Meyer y le tomó del brazo con firmeza, pero con un toque de compasión.

—Vamos, tienes que salir de aquí —dijo, guiándole hacia la salida. Meyer, en silencio, dejó que le acompañaran. Tenía los ojos vidriosos y la respiración entrecortada. Por fin había encontrado a su hija, pero estaba muerta.

*

Después de que Meyer fue escoltado fuera de la casa, Klaus regresó al salón. Sus pasos resonaron sobre el suelo de madera mientras pasaba junto al cadáver de Sepp. Lo miró por un instante con desprecio antes de avanzar hacia el agente que le llamaba desde una habitación cercana.

—Inspector, tiene que ver esto —dijo el agente, señalando hacia una puerta entreabierta.

Klaus entró en la habitación y se detuvo en seco. Era el cuarto de trofeos de Sepp. Las paredes estaban cubiertas con estanterías llenas de objetos: pequeños recuerdos, trozos de ropa y fotografías de las víctimas, organizadas como si fueran parte de una exposición. Pero lo que más llamaba la atención eran los carteles, figuras y decoraciones relacionadas con «Blancanieves y los siete enanitos». Había una perturbadora cantidad de material que reflejaba una obsesión enfermiza.

Klaus recorrió la habitación, pasando la vista por cada detalle. En una esquina había un maniquí vestido como Blancanieves, con la ropa descolorida y llena de manchas. En otra, un tablón con recortes de noticias y notas garabateadas a mano, conectadas con líneas rojas. Cada objeto parecía ser un eco de la mente perturbada de Sepp, una ventana al caos que le consumía.

—Este tipo estaba enfermo —murmuró Klaus, rompiendo el silencio.

El agente que lo acompañaba asintió, señalando hacia uno de los estantes.

—Parece que sufría el síndrome de Blancanieves —comentó, señalando los objetos con una mezcla de asombro y repulsión.

Klaus le miró, levantando una ceja.

—¿Eso existe?

El agente se encogió de hombros.

—¿Quién sabe? Pero si no existía, creo que ahora sí.

Klaus dejó escapar una leve risa amarga antes de girarse hacia la puerta.

—Que alguien lo documente todo. Quiero un informe completo antes de que esto salga a la luz —dijo mientras salía del cuarto, dejando atrás el último vestigio de la mente perturbada que habían estado persiguiendo.

Mientras regresaba al salón, Klaus miró por última vez a la escena que había quedado atrás. Los agentes continuaban asegurando la casa, y el cadáver de Sepp seguía en el suelo, ahora envuelto en una quietud definitiva. En su mente, Klaus sabía que este caso dejaría cicatrices profundas, no sólo en las familias de las víctimas, sino también en todos los que estuvieron involucrados en la cacería de un monstruo.

XXXXV - Mayrhofen

La noche había sido larga, pero Klaus no sentía ninguna victoria. Habían atrapado al asesino, sí, pero en su interior sólo había tristeza y aislamiento. La carga emocional era demasiado pesada, y la idea de regresar a casa le resultaba insoportable. Sin un rumbo claro, tomó el coche y comenzó a conducir. Cuando se dio cuenta, estaba en camino hacia Mayrhofen, el lugar donde vivía su cuñada Emma.

Era muy tarde cuando llegó, pero Emma le abrió la puerta de inmediato. Su rostro mostraba sorpresa y preocupación.

—¿Klaus? ¿Qué haces aquí a estas horas? —preguntó mientras le dejaba pasar.

Sabía, como todos, que Klaus había estado trabajando en el caso del lago. Las noticias habían sido claras y los rumores no tardaron en extenderse.

—Lo cerré. El caso del lago —respondió él de manera escueta.

Emma le miró en silencio durante un momento, asimilando sus palabras. Luego, con un tono cálido pero práctico, le preguntó:

—¿Quieres un café o algo?

Klaus asintió sin decir nada. Se sentó en la pequeña mesa de la cocina mientras Emma preparaba el café. El aroma llenó la habitación, despertando recuerdos que Klaus no pudo evitar. La casa de Emma siempre había sido un refugio cálido, un lugar lleno de risas y momentos felices. Recordó las veces que había visitado con su esposa y Thomas, cuando todo era diferente, cuando todavía había esperanza.

Emma colocó una taza frente a él. Klaus tomó un sorbo, sintiendo cómo el calor del líquido le espabilaba. Pero el pesar en su pecho no desapareció. Miró alrededor de la cocina, notando los pequeños detalles que hacían que este lugar se sintiera tan diferente de su hogar: el mantel de flores descolorido, las cortinas con pequeños bordados y las fotografías familiares que decoraban las paredes.

—¿Cómo está Katharina? —preguntó Emma de repente, rompiendo el silencio.

Klaus se quedó en silencio por un momento, luego apartó la mirada.

—No lo sé. No hablamos mucho estos días —respondió con franqueza.

Emma le miró con una mezcla de compasión y firmeza.

—Klaus, libera a mi hermana —dijo.

Sus palabras eran cortantes, pero cargadas de preocupación.

—Divorciaos. Ambos merecen vivir la vida... de alguna manera.

Klaus se detuvo por un momento. Rodeo con los dedos la taza de café como si buscara algo tangible a lo que aferrarse. Pero no respondió. Simplemente asintió, se levantó y se despidió con su habitual tono brusco.

—Gracias, Emma —dijo antes de salir al frío de la noche.

Emma permaneció en la puerta, viéndole alejarse. Y suspiró antes de cerrar la puerta, sabiendo que Klaus llevaba una carga que no podía compartir con nadie.

*****

De vuelta en el coche, Klaus decidió dirigirse a la casa de los Weiss. Había algo que le atormentaba, algo que no podía dejar de pensar: las bolas de cristal. La forma en que el hijo las había mirado aún le causaba una inquietud que no lograba comprender.

Cuando llegó a la casa, el lugar estaba oscuro y en completo caos. Los muebles seguían desordenados tras las búsquedas de los agentes, y la atmósfera cargada parecía reflejar el estado mental de Klaus. Avanzó hacia el armario donde se encontraban las bolas de cristal, las malditas

bolas que no lograban salir de su cabeza.

Encendió la lámpara del salón, iluminando las bolas que aún estaban en su lugar. Las miró por un momento, sintiendo cómo una mezcla de rabia y desesperación se apoderaba de él. Los reflejos de las luces en el cristal parecían burlarse de él, como si esos objetos decorativos ocultaran secretos que se negaban a revelar.

De repente, un grito ahogado salió de su pecho mientras tomaba el armario con ambas manos y lo levantaba con un esfuerzo desesperado. El mueble crujió antes de estrellarse contra el suelo con un estruendo que reverberó en toda la casa, como si el propio edificio compartiera su furia. Fragmentos de madera y vidrio volaron en todas direcciones, chocando contra las paredes y el suelo con un sonido agudo y estridente. Klaus se quedó unos segundos inmóvil, respirando con dificultad, mientras el eco del impacto seguía resonando en sus oídos. El estruendo llenó la casa, y algunas bolas se rompieron mientras otras rodaban por el suelo. Klaus comenzó a pisarlas con furia, su mente consumida por la necesidad de destruirlas. El sonido del vidrio rompiéndose bajo sus pies resonaba como un eco de su propia frustración.

Gritaba, lloraba y maldecía. Tanta muerte. Tanto sufrimiento.

Pero en medio del caos, algo llamó su atención. Dentro de una de las bolas rotas, algo brillaba bajo los fragmentos de vidrio. Klaus se detuvo, agachándose para examinarlo. Era un pendrive, pequeño y discreto. Lo sostuvo en su mano, con la respiración aún agitada. Miró el objeto por unos segundos, tratando de entender qué significaba.

Entonces revisó las demás bolas. Una tras otra, las inspeccionó, encontrando en cada una de ellas un pendrive oculto. La furia inicial se transformó en una calma inquietante mientras recogía todos los dispositivos. Los colocó con cuidado sobre la mesa sin saber muy bien qué significaba todo eso.

Se sentó por un momento, pasando la mano por su rostro mientras trataba de calmarse. La casa estaba en completo silencio ahora, salvo por el leve crujir de los cristales bajo sus zapatos cuando se movía.

Con los pendrives en el bolsillo, salió de la casa y se dirigió a la comisaría. Había algo más en este caso, algo que aún no comprendía del todo. Pero estaba decidido a descubrirlo.

XXXXVI - Un punto sin final

Klaus estaba exhausto. La adrenalina de las últimas horas se desvanecía, dejando un peso abrumador en su cuerpo. Pero sabía que no podía detenerse, no todavía. Tenía que saber qué contenían los pendrives que había encontrado en la casa de los Weiss. Con pasos lentos y un rostro marcado por el cansancio, se dirigió a su despacho en la comisaría y encendió su ordenador.

Uno por uno, comenzó a abrir los archivos. Los datos que aparecieron en la pantalla le dejaron sin aliento. Eran registros de transacciones bancarias, movimientos de grandes sumas de dinero distribuidas en cuentas alrededor del mundo. Millones de euros, cifras que parecían imposibles para unos ancianos que llevaban una vida sencilla.

Klaus frunció el ceño mientras revisaba los detalles. Las cuentas estaban vinculadas a nombres y entidades sospechosas, un entramado que se extendía más allá de lo que podía haber imaginado. Había nombres que no reconocía, pero otros le sonaban familiares de los informes de narcotráfico que había leído años atrás.

—Esto no es sólo dinero... —murmuró, apoyando los codos sobre la mesa y pasando las manos por su rostro.

Sin duda, se trataba de tráfico de drogas o de algún otro tipo de actividad ilícita. Los Weiss no eran simples víctimas; estaban involucrados en algo mucho más grande.

La decapitación cobraba sentido. Era un modus operandi típico de los carteles de drogas, un mensaje brutal que advertía sobre traiciones o deudas no saldadas. Klaus no pudo evitar conectar estas piezas con su propia tragedia.

—Puede que sean los malditos bastardos que trajeron la droga que mató a Thomas —sentenció en voz baja, con una mezcla de rabia y determinación.

Klaus tomó el teléfono.

—Quiero que detengan a Leopold Weiss de inmediato. Necesitamos interrogarlo sobre las transacciones en los pendrives.

La orden quedó registrada, y Klaus sintió que, al menos, había dado un paso más en una dirección que podría resolver otro de sus casos. Sin embargo, su cuerpo ya no podía más. La extenuación le golpeaba como una ola implacable. Cerró el ordenador, recogió sus cosas y salió de la comisaría, dejando instrucciones para que lo mantuvieran informado de cualquier avance.

*

Cuando llegó a su casa, Katharina estaba despierta, esperándole. Desde el marco de la puerta, le observó entrar con pasos lentos y hombros caídos. Su figura proyectaba un cansancio que iba más allá de lo físico. Sus ojos, sombreados por la falta de sueño, evitaban mirarla, y la ligera irregularidad en su respiración revelaba el pesar invisible que le oprimía. Katharina, percibiendo su agotamiento, dejó que el silencio hablara por un instante antes de dar un paso hacia él. Al escucharlo entrar, se levantó del sofá y fue a recibirlo al pasillo.

—¿Estás bien? —preguntó con suavidad.

Klaus no contestó de inmediato. Se quedó mirándola por un momento antes de responder con un tono neutral:

—El caso del lago está resuelto. Ese psicópata no volverá a hacer daño a nadie.

Sin decir más, se dirigió al dormitorio. Comenzó a quitarse la ropa con movimientos lentos, dejando caer cada prenda en el suelo mientras el peso de todo lo que había vivido le aplastaba. El aire de la habitación parecía más pesado de lo habitual, cargado de un silencio que hablaba de años de emociones reprimidas. Se metió en la cama, cerrando los ojos por un instante, intentando

encontrar algo de paz en la oscuridad.

Katharina le siguió poco después, acomodándose a su lado. Se mantuvo inmóvil durante unos minutos, como si intentara descifrar el estado mental de Klaus antes de hablar. El silencio entre ellos era pesado, cargado de palabras no dichas y emociones reprimidas. Entonces, Klaus habló.

—He vengado en parte la muerte de Thomas —aseguró con voz baja, como si confesara algo que había estado guardando por años—. He descubierto una pista sobre narcotráfico.

Katharina no respondió de inmediato. Cerró los ojos, asimilando lo que acababa de escuchar. Sus dedos acariciaron la sábana, un gesto casi inconsciente mientras trataba de procesar lo que Klaus le había dicho.

—Bien —respondió con un tono neutro, aunque había un leve temblor en su voz. No preguntó más, sabiendo que Klaus no estaba listo para profundizar en esa conversación.

Klaus giró la cabeza hacia ella, observándola en la penumbra. Sus ojos, aunque cansados, buscaban algo, quizás comprensión o un vestigio de la conexión que alguna vez compartieron.

—Katharina, ¿quieres el divorcio? —preguntó sin titubear.

Ella permaneció en silencio por un minuto que pareció eterno. Su respiración era tranquila, pero sus ojos estaban cerrados, como si buscara la respuesta en lo más profundo de su ser. Hasta que, por fin, respondió:

—No.

FIN